
PECADOS
DEL
IMPERIO
O'ROURKE
EL PRECIO DEL DIABLO
ARIANA COOPER

EL PRECIO DEL DIABLO

ARIANA COOPER

Copyright © 2025 por Ariana Cooper

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Arreglos ejecutivos Serie

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Pecados del Imperio O'Rourke Serie

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo

ÍNDICE

Blurb

1. Siobhan
2. Finn
3. Siobhan
4. Finn
5. Siobhan
6. Finn
7. Siobhan
8. Finn
9. Siobhan
10. Finn
11. Siobhan
12. Finn
13. Siobhan
14. Finn
15. Siobhan
16. Finn
17. Siobhan
18. Finn
19. Siobhan
20. Finn
21. Siobhan
22. Finn
23. Siobhan
24. Finn
25. Siobhan
26. Finn
27. Siobhan
28. Finn
29. Siobhan
30. Finn
31. Siobhan
32. Epílogo: Finn

BLURB

Me entrenaron para luchar por la justicia.

Para poner de rodillas a criminales como Finn O'Rourke.

Pero nada me preparó para él.

Pecado envuelto en un traje a medida.

Poder entretejido en cada palabra.

Un hombre tan peligroso que debería haber sido mi ruina.

En cambio, me convertí en su obsesión. Su adicción.

Un roce y las líneas se difuminaron.

Una noche y estaba perdida.

Ahora, cargo con el secreto que podría destruirlo todo.

Antes de poder huir, me secuestran.

Un peón en una guerra brutal.

Un premio para hombres sin piedad.

Pero no se dan cuenta de que el mismo diablo está en camino.

Y Finn O'Rourke no juega solo para ganar, juega para destruir.

Nota de la autora: *El precio del diablo es un romance mafioso oscuro, pecaminoso y* ***abrasadoramente caliente*** *protagonizado por un antihéroe obsesivo, una heroína de voluntad férrea y un amor que arde entre enemigos. Si te encantan los* ***secuestros, la venganza, los embarazos secretos y hombres despiadados dispuestos a incendiar el mundo por su mujer****, este libro es para ti. ¡Prepárate para un viaje* ***angustioso, adictivo y deliciosamente retorcido****!*

SIOBHAN

—Señorita Gallagher, vaya al grano. —Miro fijamente a los ojos enrojecidos del Sr. Patrick Quinn, abogado de la defensa. Su postura sobre la larga y estrecha mesa de la declaración es amenazadora, intimidante. Une las puntas de sus dedos a ambos lados de sus expedientes, mientras la grabadora entre nosotros parpadea con una luz roja que indica que está captando todo. Las grabaciones —junto con copias de todos los archivos y pruebas— se compartirán después de esta reunión, y estoy deseando alejarme de él.

—Señor Quinn, le aseguro que no hay necesidad de ponerse tan quisquilloso. Quéjese en su tiempo libre y no consuma el tiempo del tribunal con ello. —El juez Brendan Callahan me hace un gesto afirmativo con la cabeza mientras trago saliva. La calidez en sus ojos cuando me mira no es ningún error. Ha sido mi mentor durante estos últimos años mientras terminaba mi carrera de Derecho y obtenía este puesto como fiscal. —Señora Fiscal Adjunta Gallagher, puede continuar.

Mis ojos repasan los archivos frente a mí, pruebas para el primer juicio público por asesinato que he llevado sola como fiscal. Mick O'Connor, antiguo jefe de su propia organización y ahora aliado de uno de los sindicatos criminales más infames del país —los O'Rourke —, está sentado al otro lado de la mesa junto a su abogado, acusado de asesinato con agravantes. Es mi trabajo demostrar que

lo hizo, y todas las pruebas que tengo aquí apuntan precisamente a eso.

—Señoría, la fiscalía pretende probar que el Sr. O'Connor es culpable de asesinato con agravantes basándose en el conjunto de pruebas de nuestro expediente. Demostraremos que falsificó su coartada, robó un arma registrada, planeó perseguir a la víctima, Aiden Hughes, y finalmente, la noche del 20 de abril alrededor de las once y media, disparó a la víctima a sangre fría. —Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo pulsando en mi cuello.

Sé a qué me enfrento y contra quién estoy luchando. Los hombres sentados frente a mí son unos sacos de mentiras y ladrones, iguales a los que mataron a mi primo Trevor. Harán cosas sucias y verdaderamente malvadas para conseguir lo que quieren y proteger a los suyos. No soy ingenua respecto al peligro al que me expongo al aceptar este caso, pero ¿cómo puedo hacer la vista gorda? Este hombre merece ir a prisión, aunque la víctima fuera otro hombre como él. Lo pillaron con las manos en la masa.

—Muy bien, señorita Gallagher, puede descansar. —El juez Callahan, como me he entrenado a llamarlo siempre a pesar de nuestra amistad, asiente con la cabeza, y por fin dejo que mis temblorosas rodillas descansen. Bajándome lentamente al chirriante sillón de cuero, jugueteo con el dobladillo de la chaqueta de mi traje.

Mick O'Connor me mira con ojos oscuros y afligidos. Si lo miro demasiado tiempo, me siento tentada a creer sus afirmaciones de inocencia. Solo he hablado con él una vez, tomando las entrevistas que los oficiales de la Garda local me enviaron según llegaban, pero parece un hombre sincero. Aun así, las pruebas no mienten. Son empíricas, como la gravedad y la inercia: comprobadas, indudables.

—Señor Quinn, ¿tiene algo que añadir? —El juez dirige su mirada hacia el acusado y su abogado, y me preparo para más hostilidad, más vitriolo. Son monstruos y salvajes, buscando cualquier manera de colarse hacia la luz y traer sus mentiras con ellos, esperando que

seamos lo bastante tontos como para creer lo que dicen a primera vista.

Quinn sigue de pie sobre la mesa, pero se endereza y se mete la corbata dentro de la parte delantera de su voluminosa chaqueta. Su abdomen rotundo sobresale, haciendo que los botones se tensen por toda la parte delantera. Tiene ojos pequeños, oscuros de pecado, y una cabeza calva por la que peina toscamente mechones de pelo en un intento de aferrarse vanamente a alguna apariencia de juventud o virilidad. Me asquea su postura, tan arrogante y prepotente.

—Señoría, con todo respeto, esto es una pérdida de tiempo para el tribunal. Tenemos una coartada sólida y la palabra de una docena de hombres de que el Sr. O'Connor estaba en el pub familiar la noche del asesinato durante horas antes y después. Los testigos lo sitúan allí todo el tiempo. —El abogado me mira con una mirada furiosa—. La fiscalía está fuera de lugar. Estamos desperdiciando su tiempo y el nuestro, y manteniendo a un destacado miembro de esta comunidad lejos de su esposa e hijos. Además, acaba de convertirse en abuelo.

—Como si ser abuelo le impidiera la capacidad de asesinar —digo, levantándome de un salto de mi silla.

—Protesto, señoría —espeta Quinn, y le lanzo una mirada fulminante.

—Está usted hablando de uno de los jefes criminales más notorios de la historia sentado junto a usted. Si no es culpable de este crimen, es culpable de otros mil. Demostraré...

El mazo golpea sonoramente en el bloque, y me sobresalto. No me gusta enfadar al juez Callahan, pero me está costando controlar mi temperamento... y mi miedo. Parece manifestarse como un desagradable arrebato de palabras airadas, pero por dentro estoy temblando.

—Señorita Gallagher, permita al Sr. Quinn el respeto de expresar sus argumentos, por favor. —Le miro y asiento.

—Mis disculpas, Señoría. —Me vuelvo a sentar, agarrando ambos brazos de la silla para mantenerme anclada en mi sitio mientras me veo obligada a escuchar a ese descarado continuar.

—Señor Quinn —dice el juez.

—Como iba diciendo, Señoría, el Sr. O'Connor es inocente. Solicito que quede bajo mi custodia. Toda su familia vive aquí. No hay riesgo de fuga. Y honestamente, solicito la desestimación de todos los cargos. Es un hombre inocente. —Quinn nunca conseguirá lo que pide, y mi sonrisa burlona solo le enfurece más, pero ha dicho lo que tenía que decir y ahora el juez decidirá.

Todos dirigimos nuestra atención al estrado del juez mientras el Sr. Quinn toma asiento. El juez Callahan es un hombre justo. Le conozco desde hace muchos años, incluso antes de que se convirtiera en mi mentor en este negocio. Ha visto las pruebas y hemos hablado directamente sobre ellas. Sé que no dejará que Mick salga libre.

—Considerando todos los testimonios que hemos escuchado hoy, Sr. Quinn, me inclino a favor de la fiscalía en este asunto. El Sr. O'Connor queda bajo custodia del gobernador de prisiones de Cloverhill. Permanecerá en prisión preventiva mientras el juicio continúa —tras quitarse las gafas, el juez prosigue—. Letrados, espero que ambos se comporten como es debido. No más arranques como ese. Esto es una sala de justicia, no un ring de boxeo —me mira específicamente a mí, y yo me estremezco por dentro—. La vista se fija para dentro de una semana a las ocho de la mañana.

Su martillo nos libera de la declaración y suspiro. Todavía siento sus ojos taladrándome, pero la presión ha disminuido por ahora. Tengo una semana para preparar a los testigos y mis alegatos iniciales y finales, y tengo un mes de papeleo por poner al día.

Comienzo a recoger todos mis papeles, metiéndolos en mi maletín mientras el Sr. Quinn y su séquito escoltan al Sr. O'Connor fuera de la sala de declaraciones. El juez permanece en su estrado mientras termino de recoger, pero cuando levanto mi maletín, preparada para irme, se aclara la garganta. Sé que estoy a punto de recibir una reprimenda por mi arrebato, pero me siento justificada. Ese hombre es obtuso. Aun así, me giro lentamente para encontrarme con su mirada.

—Siobhan, ¿sabes en qué te estás metiendo? —los ojos de Brendan me examinan con preocupación. La edad y sabiduría que posee me hablan sin palabras. Como amigo de la familia, amigo personal, puedo ver que está preocupado.

—No lo sé —exhalo con un suspiro—. Es que... Trevor, y... no podía rechazarlo —me encojo de hombros al responder. Cuando el caso llegó a mi mesa, lo tomé de inmediato. La oportunidad de meter entre rejas a algunos de estos malnacidos era la razón principal por la que me dediqué al derecho. Quiero derribar todo el submundo criminal, aunque tenga que hacerlo caso por caso.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti —sonríe, pero sus ojos están tristes—. Deberías contratar un equipo de seguridad, sin embargo. Estos hombres son unos maníacos. No se sabe lo que harán si te enfrentas a ellos. He oído que Ronan O'Rourke dirige una banda muy turbia, tirotearon todo el puerto el año pasado. Mataron a muchos hombres y no quedó ni rastro de evidencia para incriminarlos. Así es como trabajan, ¿sabes?

Me estremezco al pensar en los aliados de Mick involucrándose en esto. Su familia ha estado en declive durante un tiempo, pero todos han oído hablar de su alianza con los O'Rourke mediante un matrimonio concertado.

—Gracias por su preocupación, juez Callahan. Si me siento inquieta, hablaré con el detective Kearney —sonrío, pero por dentro me siento mareada. Tiene razón. Son peligrosos, pero no puedo mostrarme asustada o me devorarán viva.

—De acuerdo, vete ya. Que tengas una buena tarde —me despide, pero me sentiría más segura quedándome aquí. Sé que en cualquier momento, estos animales podrían atacar. Simplemente no creo que esté preparada.

FINN

Apoyado contra el exterior de ladrillo del juzgado en el sombrío callejón, espero a que termine la declaración. Ronan organizó un encuentro con Mick antes de que se lo llevaran de nuevo, dijo que retrasaría el furgón de transporte unos minutos. Cuando el señor Quinn y Mick salen por un lateral del edificio, solo tenemos unos momentos para conectar. No puedo arriesgarme a que me pillen hablando con ellos tan públicamente.

Los ojos de Mick se iluminan cuando me ve corriendo hacia él. El abogado parece enfadado, como siempre, pero Mick levanta la barbilla con confianza y orgullo. Nunca dejará entrever lo mucho que esto le está jodiendo.

—Finn —gruñe, extendiendo sus manos hacia mí aunque las tiene esposadas.

Las agarro con las mías y las aprieto.

—¿Cómo estás? ¿Supongo que no retiraron los cargos?

Acusan a Mick de asesinar a uno de los nuestros. Aiden era la mano derecha del jefe, y ahora está muerto, abatido a tiros en una casa a las afueras de la ciudad. Nadie podía creer lo que había pasado hasta que vimos su cuerpo frío y sin vida con nuestros propios ojos. Mick no tuvo nada que ver. Simplemente no podemos demostrarlo, y por alguna razón, nuestros infiltrados se asustaron.

—Ya sabes... La justicia tiene un proceso —Mick se encoge de hombros, pero puedo ver la preocupación en lo profundo de sus ojos. La he visto en los ojos de su hija todos los días durante semanas mientras esta situación se desarrollaba.

—No voy a dejar que te lleven, Mick. Te sacaremos de esta —aprieto sus manos con más fuerza y oigo el furgón de transporte entrar en el callejón. El motor ruge y hace eco en las paredes, y debería estar corriendo, pero me siento obligado a tranquilizarle.

—Sus pruebas son débiles —gruñe Quinn mientras enciende un cigarrillo con una cerilla. Jura que las cerillas son mejores para ese tipo de cosas, desprecia los mecheros. Creo que tiene miedo de que saboteemos su mechero y le volemos la cara. Un abogado de pacotilla. Ro debería despedirle y conseguir a otro.

—Estará bien —asiente Mick solemnemente, y levanta la mirada hacia el furgón que se aproxima—. Mejor que te marches. Serán bastante quisquillosos.

Desearía no tener que irme, porque dejar a uno de los nuestros a merced de los lobos se siente mucho como si le estuviera abandonando, pero no le sirvo de nada si le meto a él o al señor Quinn en más problemas. Además, hay al menos una docena de cosas por las que podrían acusarme también a mí.

—Vamos a detener esto —repito mientras me alejo, agachándome detrás de un contenedor antes de que el conductor del furgón pueda verme con la suficiente claridad como para identificarme en una rueda de reconocimiento.

Observo cómo Mick sube al furgón y Quinn le grita algo a los guardias. Cuando Quinn se aleja con su andar de pato, los guardias vuelven a subir al furgón y cierran la puerta. El vehículo sale por el estrecho callejón y vuelve a la luz del sol en el otro extremo, y mis ojos siguen sus movimientos. Mick está en prisión preventiva ahora, ya no hay esperanza de sacarlo. Tenemos que dejar que el proceso siga su curso, y eso significa pasar a la segunda fase de mi plan.

He estado observando a Siobhan Gallagher durante el último año, siguiendo cada caso que ha llevado. Nunca le han asignado un caso de asesinato como este. Es novata. Sé que es capaz —ellos también lo saben o no se lo habrían asignado—, pero voy a colarme en su vida y poner fin a esto. Tengo que hacerlo. Fueron órdenes de mi jefe.

Así que espero con naturalidad, todavía escondido detrás del contenedor, hasta que la fiscal del Estado aparece por la puerta lateral. Lleva un traje gris acero con una camisa de seda roja brillante debajo. Los tacones negros de punta que lleva le dan unos centímetros de altura, pero sigue siendo bajita. Sexy como el infierno, además, con un culo respingón y tetas que piden ser admiradas. La admiro por un momento antes de volver a concentrarme en mi tarea.

—Señorita Gallagher, ¿puedo hablar con usted? —mi grito parece sobresaltarla. Aprieta su maletín contra el pecho, con los brazos fuertemente abrazados a él, y mueve los ojos buscando dónde estoy.

Salgo de detrás del contenedor y me paso una mano por el pelo oscuro. Mi aproximación debe ser simple y cautelosa. Si empeoro las cosas para Mick presionándola o asustándola, acabará en la cárcel más rápido de lo que podemos parpadear. Mi objetivo es acercarme a ella y, con suerte, obtener información sobre el caso, y si no, al menos quizás cambiar su percepción sobre Mick O'Connor.

—Eh, sí... —parece nerviosa, con la piel palideciendo y las manos temblorosas.

—Relájese —le digo—, no voy a morderla —la sonrisa dentuda que le ofrezco parece calmarla un poco. Si ha hecho sus deberes, sabe quién soy, pero no dejo que eso me impida ser directo—. Es usted una mujer hermosa, Siobhan... ¿Puedo llamarla así?

Sus mejillas se sonrojan, sus labios se oscurecen. Asiente, pero no me dice nada. Sigue abrazando ese maldito maletín contra su pecho, ocultando sus atributos, pero está bien. Si me muestro demasiado

intenso, se asustará. Como está la cosa, me sorprende que no haya empezado a gritar "violación" todavía. Está más tensa que una cuerda de piano a diario.

—Siobhan, mi nombre es...

—Sé quién es usted —dice con voz aguda. Sus ojos recorren mi cuerpo. Elegí este traje porque siento que resulto menos intimidante cuando lo llevo. Es más informal, gris suave, camisa azul claro.

Meto las manos en los bolsillos y relajo los hombros mientras le sonrío. Aprende rápido y me tiene pavor. Esto será como quitarle un caramelo a un niño si juego bien mis cartas.

—Bueno, entonces espero que mi reputación me preceda —ahora mi sonrisa no me está haciendo ningún favor, pero no me rindo. Esta mujer está a punto de meter a mi amigo en prisión para el resto de su vida. Tengo que pasar por ella para llegar a la verdad, y no voy a parar a menos que alguien me meta una bala en la cabeza.

—¿Qué quiere, señor O'Rourke? —Ahora está ganando confianza. Su mano agarra el asa de su maletín y lo baja a un costado. La tela sedosa de su blusa se separa lo suficiente para ver la curva de sus tetas, y hace que mi polla se despierte. Joder, me encantaría desnudarla aquí mismo y echar un largo y pausado vistazo a su cuerpo.

—Solo pensé que quizás aceptaría cenar conmigo. Una mujer tan hermosa como usted merece ser bien tratada —mis ojos echan un vistazo a la cámara montada en el lateral del edificio sobre nuestras cabezas. Tengo que quedarme donde estoy o me detectarán, y si eso ocurre, echaré a perder el caso para Mick. Los tribunales me verán hablando con la fiscalía y lo castigarán con más dureza.

—No puedo. Lo siento —Siobhan gira sobre sus talones y empieza a caminar, y observo su culo durante unos pasos, manteniéndome firmemente plantado donde estoy para quedar fuera del campo de visión de la cámara.

—No era una petición... —le digo mientras se aleja.

Se detiene y se da la vuelta con una mirada fulminante en su cara, sexy como el demonio. —Es usted un hombre inteligente, señor O'Rourke. No puede seducirme con su atractivo. Debo negarme por una cuestión de principios, el mismo principio que le mantiene a usted ahí y a mí aquí —sus ojos se elevan hacia la cámara con conocimiento, y sé que si fuéramos niños, me estaría sacando la lengua de manera burlona. Una zorra descarada fantástica. Me encanta.

—Entonces entenderá cuando mi coche pase a recogerla mañana por la noche a las siete —le guiño un ojo y digo—: Cuestión de principios.

—Eh —gruñe con un tono agudo y chirriante. La furia en su cuerpo se manifiesta en una patada al suelo—. ¿Y si me niego...?

—No haga eso —le digo, negando con la cabeza. Mis hombres no dudarán en cortarle el cuello y hacer que parezca un suicidio, pero no quiero que llegue a eso. Los tribunales simplemente asignarían otro fiscal al caso, y quién sabe cuál nos tocaría. Ella será fácil de controlar. Quizás no tengamos tanta suerte con la segunda opción.

—¿Cree que soy atractivo? —le pregunto, riéndome, y ella patea el suelo de nuevo, da media vuelta y se marcha furiosa.

Chasqueo la lengua y observo cómo se balancea ese culo prieto. Esto realmente será como quitarle un caramelo a un niño.

Un niño jodidamente caliente con cuerpo de diosa. Quizás sea yo el afortunado en esto. Mi trabajo no solo será fácil. Será placentero. Y Mick quedará libre.

Todos ganamos.

SIOBHAN

El vino se vierte en mi copa, arremolinándose con su color granate, desprendiendo al aire aromas intensos, ácidos y afrutados. Observo el vórtice del líquido girar mientras sirvo la copa y escucho el sonido de la bañera llenándose de agua. Después del largo día que he tenido, necesito este respiro, un baño caliente, una copa de vino y algo de música suave para aliviar mi mente del estrés y el miedo.

Finn O'Rourke me ha sorprendido esta tarde. Jamás podría haber imaginado que uno de los hombres O'Rourke se me acercaría por el motivo que lo hizo. Conozco su juego: sacarme información, quizás seducirme para ganar mi confianza y así manipularme para que suelte información o retire los cargos. O tal vez no quiera más que atraerme a su telaraña y acabar conmigo.

Sea como sea, el fuego que encendió en mi vientre aún arde horas después. Cualquier otro hombre, cualquier otra circunstancia, y habría empapado mis bragas de deseo. Es guapísimo, con pelo oscuro y abundante, barba bien cuidada, y esos ojos extrañamente amarillos —ojos de lobo— tienen el poder de desmontar mi pensamiento consciente y controlarme.

Llevo mi copa de vino hacia el dormitorio, con la botella en la otra mano, dejando mis zapatos junto a la puerta y mi estrés atrás. Es un poco halagador pensar que un hombre tan endiabladamente

atractivo se sienta atraído por mí, así que por un momento dejo que esa sensación se asiente en mi mente. Creo que no soy una mujer terriblemente fea. Tengo una buena figura e intento seguir la moda, pero intimido a los hombres, según me han dicho. Incluso los chicos con los que estudié o con los que trabajo actualmente parecen descolocados por mi determinación.

Un hombre poderoso como Finn podría ser perfectamente el tipo que necesito. Alguien seguro de sí mismo, confiado, que no se intimide fácilmente por otra persona. Ese es el tipo de hombre que imagino que es Finn O'Rourke, o todos los hombres O'Rourke, en realidad. Ellos, como tantos otros criminales que cometen delitos salvajemente y salen impunes, son todos iguales. Todos pilares. Todos peligrosos.

Coloco mi copa y la botella junto a la bañera y cierro el grifo. Luego me desnudo por completo y cojo unas toallas del toallero, extendiendo una sobre el borde de la bañera y colocando otra en la parte trasera del inodoro. Dejo mi móvil en la mesita junto a la bañera donde descansa mi vino, formando una capa de condensación, y luego me hundo en el vapor y las burbujas.

El agua abrasa mi piel, pero lo adoro. El escozor es un doloroso recordatorio de que estoy viva y de que, porque estoy viva, tengo un deber jurado que cumplir. No me mudé a Dublín, tan lejos de mi hogar familiar, para desperdiciar mi vida en aventuras y hombres. Mi objetivo es hundir todo el submundo, aunque tenga que hacerlo un hombre a la vez, un caso judicial tras otro.

Cogiendo la toalla del borde de la bañera, la enrollo y la coloco detrás de mi cuello, luego me recuesto y la uso como almohada. Las burbujas flotan sobre mi cuerpo, cubriendo mi pecho, permitiéndome hundirme en las cálidas profundidades para ahogar mi tensión. Alcanzo la copa de vino y la sostengo en la mano mientras cierro los ojos para aislarme de la luz.

Mis pensamientos vuelven de nuevo al encuentro clandestino en el callejón junto al juzgado, horas antes. Finn es tan hábil, cree que va

a manipularme para que cene con él, ¿y con qué propósito? Llevo meses persiguiendo a estos cabrones. No hay forma de que pueda comprometer todo el duro trabajo que he invertido en atraparlos con el grave conflicto de intereses que supondría que me vieran en público con uno de ellos. Además del hecho obvio de que no está realmente interesado en mí. Sé que tiene un motivo ulterior.

El vino inunda mis sentidos mientras lo sorbo y dejo que baje por mi garganta. Es tentador. Lo disfruto demasiado, una de mis debilidades. Así que me termino la copa y la dejo a un lado para rellenarla cuando empiece a sentir el mareo en mi cabeza. Luego me dejo desplegar completamente en la bañera, estirando los dedos de los pies hasta alcanzar el extremo más lejano.

La única razón por la que me metí en el mundo del derecho fue por Trevor. El pobre chaval era tan bueno, tan ingenuo, tan agradable también. Quería tanto de la vida pero le tocó una mala mano por culpa de su propio padre, que lo arrastró al estilo de vida criminal, un estafador sin conciencia. Y Trevor estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y tuvo un encontronazo con uno de los sindicatos criminales. Nunca pudo librarse de ello tampoco, lo que llevó a que lo asesinaran a sangre fría, muy parecido a Aiden Hughes, cuyo asesinato tengo la intención de resolver.

Trevor fue el catalizador. El juez Callahan se convirtió en mi guía. Y ahora que he conseguido el puesto de fiscal adjunta, estoy alineada con mi propósito, que no dejaré escapar. Por nada.

Mi teléfono vibra, y gruño poniendo los ojos en blanco. Lo traje aquí más como un medio para comprobar la hora, suponiendo que a estas horas de la noche tendría el lujo del silencio y la soledad. La gente no suele llamarte a estas horas, aunque hay motivos por los que lo hacen si sucede.

Levanto mi mano goteando y la paso por la toalla detrás de mi cabeza, cuya parte inferior está empapada por el agua. La parte superior está absorbiendo lentamente la humedad, así que mis

dedos no están completamente secos cuando deslizo la pantalla de mi teléfono y activo el modo altavoz.

—Gallagher al habla, ¿qué puedo hacer por ti? —Es una lotería quién puede ser, pero no me sorprende escuchar el cálido y aterciopelado tono de tenor del detective Liam Kearney vibrando por el altavoz.

—Sib, soy Liam. ¿Tienes un minuto? —Cuando Liam me llama, suele ser serio. Hemos trabajado juntos en algunos casos antes, aunque ninguno tan grave como un asesinato, así que si me está llamando a esta hora, tiene que ser importante.

—Sí, claro. ¿Qué tienes para mí? —Liam es el detective principal de la Garda en el caso, encargado de presentarme todas las nuevas pruebas para su presentación ante el tribunal.

Hasta ahora, me ha traído un testigo que afirma haber visto a Mick O'Connor disparar a la víctima, una huella dactilar ensangrentada en la cara de la víctima —solo una coincidencia parcial— y una grabación del sospechoso supuestamente amenazando a la víctima con "cortarle la cabeza y dársela de comer a los tiburones del Mar de Irlanda". Si me ofrece más, lo aceptaré. El caso es débil, pero no imposible de argumentar.

—Tenemos la pistola —Las palabras de Liam envían hielo por mis venas. El arma homicida se nos había escabullido durante meses mientras investigábamos este asunto, intentando buscar cada mínimo detalle o pista que pudiéramos encontrar.

—¿Dónde? ¿Cómo? —La Garda registró esa casa más de veinte veces, arrancó alfombras, rejillas de calefacción, tablones del suelo. Incluso registraron la propiedad de O'Connor y los siete edificios anexos, descubriendo un alijo de armas robadas y relacionándolo todo con un tráfico del que ni siquiera sabíamos que existía. No hay forma de que una pistola simplemente aparezca por arte de magia —. ¿Alguien dio el soplo?

Me incorporo en la bañera y la toalla se desliza hacia el agua detrás de mí, pero esta noticia me resulta impactante. Estoy tensa al instante, sin saber cómo interpretar el descubrimiento, y justo a tiempo para que comience el juicio. Sé cómo funcionan estos sindicatos. Si uno de ellos tuviera información que necesitáramos para hundir a O'Connor, no dudarían en delatarlo anónimamente y dejarle hundirse.

—Estaba envuelta en una camiseta ensangrentada con la sangre de la víctima, metida en una bolsa de basura, y creemos que fue tirada a un contenedor pero se cayó por accidente. Este es el avance que necesitábamos. La encontraron a menos de una manzana de la casa, en el suelo de un callejón. Sib, ¿no lo ves? Esta es nuestra prueba definitiva. El informe balístico coincide con las estrías de los proyectiles recuperados del cuerpo de la víctima. Tenemos a nuestro hombre.

Mi mente da vueltas mientras Liam habla. Estoy invadida por la admiración y la preocupación a la vez. No sé qué pensar sobre esto. ¿Por qué nadie entregó esto antes? Han pasado meses.

—¿Tenemos huellas? —pregunto mientras mis ojos se dirigen a la copa de vino. Quizás necesite otra para calmar esta nueva tensión. Debería estar eufórica, pero mi instinto me dice que sea cauta. Nunca me había sentido así antes.

—No hay huellas, desafortunadamente. El clima degradó el ADN. Apenas pudimos hacer coincidir la sangre. Pero la balística no miente. Es nuestra arma homicida —Liam aclara su garganta y comienza a divagar sobre "darles su merecido a esos cabrones asesinos" mientras me lleno otra copa y me la bebo de un trago.

Luego me hundo de nuevo en el calor y empujo la toalla empapada detrás de mi cabeza. Todo esto es demasiado, aunque sea bueno para mi caso. Puede que no sea la "prueba irrefutable" que Liam cree que será, ya que no hay evidencia de ADN, ni siquiera huellas dactilares que vinculen a Mick O'Connor con el arma en sí, pero ayudará. Los jueces y los jurados pueden ser bastante persuadidos

por cosas sencillas. Tal vez pueda dejarlos boquiabiertos, o tal vez no.

Cuando escucho el nombre "O'Rourke", mis oídos se agudizan. Ahora escucho con más atención lo que dice, ya que sé que los O'Rourke son aliados de los O'Connor y es Ronan O'Rourke, su jefe, quien está pagando la defensa de Mick.

—Mantente alejada de ellos, Sib. Son víboras. Pondrás en riesgo todo el caso —El tono de advertencia de Liam suena más exigente y mandón que paternal. No se parece en nada al juez.

—Uno de ellos se me acercó, me invitó a cenar... —He estado jugando con la idea de ir de todos modos, incluso después de rechazar la oferta. Si pudiera trabajar un ángulo para infiltrarme en el clan O'Rourke y abrirme camino, podría resolver este caso y quizás varios otros por completo.

—No, Sib. ¿Estás loca? Son asesinos... —Ahora suena preocupado. Me imagino sus labios torciéndose en un gesto de desaprobación. Liam es guapo, también atento, pero está comprometido. En otra dimensión probablemente me habría lanzado a por ese imponente dios de hombre, pero no voy a ser una bola de demolición en la vida de otra persona.

—No estoy loca en absoluto. Piensa en la información que podríamos recopilar si alguien se infiltra —Sonrío mientras una idea más completa comienza a materializarse en mi mente. Infiltrarme con la ayuda de Liam para conseguir que Finn O'Rourke revele información podría funcionar.

—Lo prohíbo. No estás entrenada para ese tipo de cosas. Te devorarán viva —Liam me está regañando ahora, hablándome con condescendencia. Pero él no es mi jefe, ni mi rey, ni mi dios. Y desde luego no va a decirme lo que tengo que hacer.

—Tengo que dejarte, Liam. Estoy dándome un baño —Y el vino ya está dando vueltas agradablemente en mi cabeza, ayudándome a

imaginar todo tipo de escenarios sobre cómo clavar a Mick O'Connor contra la pared, junto con cientos de otros, una vez que consiga la información—. Adiós, entonces.

Pulso el botón de *Finalizar llamada* con un dedo goteando y cierro los ojos nuevamente, ignorando el repentino zumbido de mi teléfono mientras Liam intenta llamarme de nuevo. Puede que nunca se me hubiera ocurrido esta idea si ese hombre no se me hubiera acercado en el callejón. Ahora que la tengo, soy como un perro con un hueso, y ni siquiera el Detective de la Garda Liam Kearney puede detenerme.

FINN

Estoy sentado en un sillón de cuero estilo orejero en el despacho de Ronan, disfrutando de una copa antes de cenar. Su curiosidad sobre el juicio de Mick ha alimentado toda nuestra conversación hasta ahora, y llevo casi una hora esperando a que su chef termine la cena. Isla y Declan, mi hermano y su esposa, están a punto de llegar.

—¿Pero ya has concertado la reunión con el abogado para la semana que viene? —Ronan me observa atentamente. Ha puesto todo esto sobre mis hombros para ponerme a prueba, para asegurarse de que soy leal y digno de confianza. Como estratega familiar, estoy acostumbrado a tomar la iniciativa, asegurándome de que nuestros planes y caminos a seguir nos llevan en la dirección correcta. Esto no es diferente, salvo por el pequeño contratiempo de que la ley está involucrada.

—Sí, Quinn es muy reservado conmigo, algo sobre el privilegio abogado-cliente y la necesidad de saber. Puedes arreglar eso cuando le veas. Es un idiota —el abogado no quiere hablar directamente conmigo. Comparte información con Mick y Ronan, con nadie más.

—Parece que sí... —Da un largo sorbo a su whisky, terminando el contenido antes de dejar el vaso vacío sobre la mesa que hay entre nosotros—. ¿Entonces la fiscal no ha mostrado sus cartas?

—Mick sabe lo que tienen contra él. Quinn dice que es débil. Eso es todo lo que consigo de ellos. Aunque ella tiene carácter —sonrío con malicia al pensar en mi plan de agasajarla para introducirla en mi círculo íntimo, donde me alimentaré de todo lo que sabe sobre este caso y quizás incluso influiré en su opinión.

—¿A qué viene esa mirada? —me pregunta con una sonrisa.

—Voy a llevar a la señorita Gallagher a cenar mañana. Estoy trabajando varios ángulos con la esperanza de que den sus frutos. Comerá de mi mano y verá la luz. Mick es inocente, y haré todo lo que tenga que hacer para asegurarme de que lo vea y retire los cargos —después de terminar mi bebida, dejo el vaso junto al de Ronan.

—¿Todo? —dice, y entiendo la pregunta. Se refiere a si estoy dispuesto a matarla y sí, lo estoy.

—Todo —digo con una mirada penetrante—. Si llegamos al punto del juicio donde no hay vuelta atrás y no hemos conseguido un veredicto de inocencia, la mataré. El juez no tendrá más remedio que declarar un juicio nulo —no me agrada la idea de tener la sangre de semejante criatura impresionante en mis manos, pero haré lo necesario para mantener a Mick a salvo. Mi padre lo habría llamado El Precio del Diablo.

—¿Ro? —oímos, y ambos nos giramos para ver a Maeve en la puerta. Está sosteniendo a su bebé recién nacido, Xander, que tiene unos tres meses y está lleno de fuego, igual que su padre. Está inquieto, como siempre.

—¿Sí? —dice Ronan, levantándose para dar la bienvenida a su esposa.

—La cena está lista. Vamos a comer. Isla y Declan acaban de llegar —sus ojos se desvían hacia mí—. Hola, Finn, es un placer verte.

Maeve es tan hermosa como la misteriosa fiscal a la que desesperadamente quiero llevar a la cama. Su pelo oscuro y sus ojos

suplicantes vuelven a su marido, donde veo pasar un destello de deseo cómplice entre ellos. Algún día, tendré esa suerte...

—Bebé Xander —arrullo, caminando hacia ellos. Le pellizco las mejillas y le sonrío, y él comienza a llorar más fuerte. El fuego en sus venas le fortalecerá para lo que vendrá en su vida. Heredero del apellido O'Rourke, este niño es más valioso que todos.

Ronan nos guía al comedor donde todos tomamos asiento. Isla está absolutamente rebosante de energía, organizando a la gente mientras sirve la cena. Declan tiene las manos llenas con esta chica de granja convertida en novia de la Mafia. No sabe cómo dejar que el personal se encargue de las cosas, y ahora que solo le quedan unas semanas para dar a luz, está anidando, lo que hace aún más difícil para mi hermano mayor conseguir que se siente.

—Gracias —le ofrezco mientras deja una abundante cucharada de puré de patata en mi plato al pasar junto a mí con el recipiente. Su vientre hinchado es la percha perfecta para el plato, con el brazo alrededor. Veo también la manera en que Declan la adora con los ojos. De nuevo... yo tendría tanta suerte...

—¿Has hablado con mi padre? —me pregunta, sirviendo más puré de patata en el plato de Maeve y luego en el de Ronan. Sus ojos se elevan para verme cada pocos segundos, y la concentración y preocupación grabadas en ellos me duelen.

—Brevemente hoy. Te manda un abrazo. Está esperando la llegada de su nieto —le guiño un ojo a Declan, y el tema de discusión de hace meses le arruga la frente. Él quiere un niño. Isla jura que es una niña.

—Nieta —corrige, y pasa al bol de judías verdes. Declan se sirve unas chuletas redondas y le pasa el plato a Ronan, maniobrando para que Isla tenga menos trabajo. Es astuto así.

—¿Está bien? Quiero decir, ¿de buen ánimo? ¿Está sano? —Para una mujer que casi perdió a su padre para siempre después de ser

secuestrada por uno de nuestros enemigos jurados, está bastante tranquila. Ninguna otra mujer viva sería tan fuerte y serena.

—Está decaído, Isla, pero es de esperar. Si sale libre de la acusación de asesinato, todavía tiene que enfrentarse a algunas acusaciones importantes por lo que encontraron en sus graneros —hago una mueca cuando sus ojos se vuelven casi negros. Nunca supo que su padre era un jefe de la mafia durante toda su vida hasta que las circunstancias de su matrimonio concertado con Declan lo revelaron. Es una mujer dura y ahora parte de esta familia. Y es una de las razones por las que estamos luchando tan duro para sacar a Mick de esta situación.

Ahora es de la familia.

—Cariño —suspira mientras deja el bol después de dar la vuelta a la mesa con las judías verdes. Se frota el vientre y se sienta junto a su marido, y la conversación alrededor de la mesa se vuelve más ligera. Maeve habla como una niña con Xander e Isla se emociona con la idea de que los bebés sean los mejores amigos, pero yo estoy dentro de mi cabeza ahora con todos mis planes y estrategias.

Me aseguraré de que el padre de Isla vuelva a casa. Es parte de esta familia y merece que luchemos por él como si fuera mi hermano. Ronan parece estar de acuerdo con mi idea de seducir a la Srta. Siobhan Gallagher para sacarle la verdad y algo de justicia para Mick, así que dedicaré todos mis esfuerzos a eso. Pero eso no significa que vaya a descuidar otras vías.

En algún lugar, hay un testigo que lo vio todo. Mick conoce al hombre y nos lo ha dicho. Pero se ha estado escondiendo tan bien que no podemos encontrarlo a pesar de haber removido cada piedra en esta ciudad abandonada de la mano de Dios. Es mi plan B. Encontrar a ese testigo y hacer que dé un paso adelante.

Mientras tanto, me quedo con el plan A, y espero llevarme un pequeño extra para mí mismo, si es que Siobhan Gallagher es de las que se entregan.

SIOBHAN

El brillante tejido dorado de este ceñido vestido abraza mis curvas, provocándome picor mientras me ajusto el collar de diamantes en forma de lágrima, sacado del depósito de pruebas, alrededor del cuello. Liam, que sigue oponiéndose vehementemente a la idea de que cene con un O'Rourke, sostiene en su mano el pequeño dispositivo de escucha mientras me observa, con la mirada recorriendo mi cuerpo.

—Es una idea horrible, Sib —no engaña a nadie fingiendo indiferencia. No solo está preocupado por mi bienestar. Está celoso. El destello de envidia en sus ojos, que me devoran con la mirada, le delata como una mala tos en temporada de resfriados.

—Es perfectamente seguro. La Garda envía agentes constantemente para hacer cosas así —la larga cadena del colgante se balancea sobre mi escote, con el diamante posado en la curva interior de mi pecho derecho. Me alboroto el pelo y miro el pequeño dispositivo, no más grande que un lápiz. La grabadora, el transmisor y la antena son lo suficientemente compactos como para ocultarlos en algo que podría llevar en el pelo o pegado al pecho.

—No estás formada para esto —dice con rigidez, y veo sus ojos recorriendo mi piel desnuda. El escote en V de este vestido expone mucha más piel de la que estoy acostumbrada a mostrar entre

colegas, pero no soy una mujer tímida, ni me dejo intimidar. Esta es mi elección, no la de Liam.

—Estaré bien. Ahora, ¿dónde ponemos eso? —señalo con la cabeza el dispositivo de escucha y finalmente encuentro la mirada de Liam cuando la aparta de mis tetas para posarla en mi cara.

—Podría meterme en problemas por esto. Asegúrate de que esos diamantes vuelvan a mí mañana. Es un caso archivado, pero si desaparecen, se notará —mientras habla, Liam desliza el fino tirante de mi vestido hacia un lado. Es imposible llevar sujetador con esta prenda, y casi todo mi pecho izquierdo queda expuesto cuando desliza el tirante por mi brazo.

Me llevo la mano para cubrirlo, tapando el pezón mientras él utiliza una especie de cinta deportiva para adherir el cable a mi piel. Como si lo hubiera hecho un millón de veces, trabaja diestramente y en segundos vuelve a colocar el tirante para ocultar el cable. Después se gira hacia su ordenador en el escritorio que tiene detrás. La comisaría de la Garda está vacía esta noche, excepto por algunos altos cargos que están trabajando hasta tarde en el otro extremo del edificio. Todos los demás están de patrulla o en casa con sus familias.

—Di algo —ordena mientras sus manos trabajan en el teclado, abriendo pantallas de revisión en el monitor frente a él. Se sienta para seguir trabajando mientras yo pruebo el dispositivo.

—Prueba... uno, dos, tres... Prueba —los nervios tensan los músculos de mi vientre. Mis manos tiemblan ligeramente, pero lo oculto entrelazándolas. Esto podría ser lo mejor que me haya pasado en mi carrera. Acercarme a un hombre de dentro me dará la oportunidad de conocer de primera mano el funcionamiento interno de la mafia irlandesa. Podría obtener suficiente claridad y evidencias para derribarlos desde dentro. Dublín nunca volvería a ser igual.

—Funciona —Liam me mira con el ceño fruncido—. No puedo creer que estés haciendo esto.

—No me voy a casar con el hombre —digo, dándole un golpecito—. Ya verás. Podré conseguir mucha información valiosa de esto. Aunque no proporcione un camino claro hacia la victoria en este caso actual, con suerte obtendré lo suficiente para ir tras los O'Rourke.

Cada vez que digo el nombre O'Rourke, siento bilis en la boca. Se lo debo a Trevor. Si no fuera por él, quizás no estaría corriendo este riesgo, pero su vida se truncó antes de tener una oportunidad. Necesito hacer esto.

—Simplemente no me gusta —ahí están esos ojos otra vez sobre mis tetas. El hombre necesita sacar la cabeza de la alcantarilla.

—Traeré el cable mañana junto con los diamantes —cogiendo el pequeño bolso de mano negro con mi cartera y un pequeño revólver escondido —uno que Liam desconoce que tengo— me doy la vuelta para irme. Sé que no va a quedarse activamente sentado mientras ceno con O'Rourke, pero el software estará transmitiendo y grabando todo el evento.

—Ten cuidado, Sib —esas son las últimas palabras que escucho mientras salgo apresuradamente de la comisaría hacia el fresco aire nocturno. El taxi que contraté para llevarme al otro lado de la ciudad me espera, con el motor encendido y un espeso humo de escape saliendo del tubo de escape. Hace un poco de frío, así que apresuro mis pasos y subo. El conductor apesta a humo de puro, pero me alegra que no me dirija la palabra durante todo el trayecto.

En el restaurante, me deslizo fuera del taxi y lanzo unos euros extra al taxista, que gruñe en señal de aprecio antes de salir zumbando calle abajo. Me concentro en las luces brillantes de la marquesina del restaurante. El lugar parece realmente elegante. Cuando Finn llamó a mi oficina esta tarde para decirme que enviaría a un conductor a recogerme y recordarme que estuviera lista, le dije que tomaría un taxi y me reuniría con él. No tenía ni idea de que estábamos hablando de estrellas Michelin.

Puedo ver a través de los grandes paneles de cristal a lo largo del frente del edificio que todos los que están dentro llevan atuendos de etiqueta y me siento agradecida de haber escuchado a mi hermana menor, Clara, que insistió en que me pusiera algo de alta costura. Tenía razón. Le debo una grande.

Dentro, espero junto al atril del maître hasta que aparece el elegante hombre vestido con un traje negro. Me sonríe cortésmente y baja la mirada hacia la lista en el podio frente a él.

—¿Señorita Gallagher? —pregunta, y luego sus ojos vuelven a encontrarse con los míos con curiosidad.

—Sí, gracias. Estoy quedando con...

—El señor O'Rourke está listo para usted. Por aquí, por favor —asiente con la cabeza y se marcha, sin siquiera ofrecerme su brazo. No sabía qué esperar cuando entré, pero no era esto. Finn ni siquiera está en la entrada para saludarme y acompañarme. Mientras serpenteamos entre las mesas del concurrido comedor, me siento expuesta. De repente, esa parte de mí que normalmente no se siente vulnerable empieza a sentirse modesta e insegura.

Las miradas de los hombres me absorben. Las mujeres me miran con desdén, celosas por la forma en que sus parejas me observan o por mi aspecto. No estoy segura. Mantengo la mirada baja e intento disipar el calor que me ruboriza las mejillas, y pronto, el hombre me conduce a un rincón oscuro del restaurante cubierto por gruesas cortinas de terciopelo. Echo un vistazo al área principal del comedor y me doy cuenta de que es demasiado privado. O'Rourke podría matarme y nadie lo vería. Estoy tan agradecida por el micrófono que Liam insistió en que llevara.

—Señorita Gallagher... —dice el anfitrión, apartando la cortina.

Finn está sentado en el reservado circular con un menú en la mano, examinando su contenido. Me quedo impresionada por lo guapo que es. Se ha peinado el cabello hacia atrás y recortado la barba. Lleva

un traje caro, con gemelos de diamantes en las mangas de su camisa. Hace que mi corazón aletee un poco, y mis ojos se fijan en la copa de vino, claramente servida para mí. Puede que la necesite.

—Gracias —le digo suavemente al maître. Él asiente mientras me deslizo en el reservado, y Finn cierra el menú, dejándolo a un lado.

—Estás impresionante —dice, pero a diferencia de Liam, que no podía saciarse del espectáculo visual, los ojos de Finn permanecen en mi rostro. De alguna manera, esto es aún más personal, aún más intimidante.

—Gracias —murmuro. ¿Es lo único que puedo decir esta noche? Siento mariposas revoloteando en mi estómago y haciéndome sentir ansiosa. Así que doy un sorbo al vino, y él se ríe cálidamente.

—No hay necesidad de estar nerviosa, Siobhan. Contrariamente a lo que puedas pensar de mí, no muerdo. —Finn se acerca más, tanto que nuestras rodillas se tocan debajo de la mesa. Inicialmente no me incomoda, pero cuanto más me mira, más intranquila comienzo a sentirme, y no por la razón que pensaba. Estoy inquieta porque me gusta. Bebo otro trago de vino en respuesta a eso.

—No estoy nerviosa en absoluto —le digo, y me arrepiento inmediatamente cuando vuelvo a poner la copa de vino en la mesa y mi mano tiembla un poco, derramando el vino.

Finn no lo nota, o si lo hace, es lo bastante caballero para no decir nada al respecto. Sus dedos se acercan y apartan unos mechones de mi pelo oscuro de mi hombro, colocándolos detrás de mi espalda. Luego su mano se demora en mi piel desnuda, frotando sus nudillos arriba y abajo en mi brazo.

—Me alegro tanto de que hayas decidido acompañarme. Tenemos tanto de qué hablar, tanto tiempo para conocernos. —Es suave, muy encantador. Su tacto me calienta por dentro, o quizás ya sea el vino. No he comido hoy, demasiado ocupada trabajando y preparándome para esta noche como para pensar en ello.

—Sí, bueno, como te dije, esta es una reunión profesional. —Mis ojos miran de nuevo el vino. No debería, pero no puedo evitarlo. Me termino la copa y evito mirarle a él y a sus ojos juzgadores. Esto fue un error y Liam tenía razón. Me atrae demasiado como para estar aquí sola. Ni siquiera importa que hombres como él mataran a mi prima. A solas con él, solo soy una mujer y él es solo un hombre jodidamente atractivo.

Finn se acerca aún más y me sonríe cálidamente. —He pedido la cena para nosotros. Espero que no te importe. —A este ritmo, creo que ni siquiera llegaremos a la cena antes de que me levante y me vaya. Hasta ahora, ni siquiera puedo recordar por qué estoy aquí. Es magnético mientras su mano toma el vino del cubo de hielo para llenar mi copa de nuevo.

—No, está bien —le digo, observando cada uno de sus movimientos. Esta copa está más llena que la anterior. Debería controlarme, pero los nervios me hacen seguir bebiendo. Probablemente sea solo un hábito nervioso y podría beber agua en su lugar, pero alcanzo el vino y lo trago.

—Así que quieres mantener esto profesional, pero no puedo evitar sentirme tan atraído por ti. Eres una mujer hermosa, Siobhan, y eres poderosa. ¿Cómo puedo ignorar esas cosas? —Su mano descansa en mi muslo mientras se gira hacia mí. Su otro brazo se extiende por el respaldo del asiento del reservado, rodeándome y acariciando mi hombro más alejado. Está tan cerca que me envuelve su colonia.

—Finn, sabes que nunca podría pasar nada entre nosotros. ¿La fiscal del distrito y un criminal? —Me resisto a poner los ojos en blanco, pero ahí está, la forma en que me estoy regañando internamente por algo que mi cuerpo claramente desea. Ni siquiera hemos comido, ni siquiera hemos hablado, realmente, pero la atracción gravitacional de su encanto tiene mis bragas derritiéndose. Y la forma en que su pulgar acaricia suavemente la parte superior de mi muslo me hace desear que su mano estuviera unos centímetros más cerca de mi centro.

Alcanzo el vino de nuevo y me lo bebo todo. Esto no va bien. Si no puedo separar mi obvia necesidad de liberación sexual del hecho de que esta cena debería ser para acorralar a un peligroso criminal y su organización, todo se irá al infierno. Liam me matará.

—Respeto eso. —Empieza a alejarse, y trago con dificultad. Es lo que quiero, ¿verdad? ¿Que deje de intentar seducirme, que simplemente suelte toda la información? Entonces, ¿por qué tomo su mano y agarro su muñeca, manteniéndola en mi regazo?

Él sonríe, y siento los dedos en mi hombro izquierdo deslizando el tirante de mi vestido por mi piel. El primer mareo del alcohol me golpea. La parte posterior de mi cuello duele. Mis mejillas arden. Puedo sentir el sudor en mi palma entre nuestras manos y sé que esto está mal, la forma en que mi corazón late tan fuerte. Rechacé su invitación porque sé que esto está muy mal.

—Tan jodidamente sexy, Siobhan. —Finn se inclina más cerca, con los dedos jugando todavía con el tirante del vestido.

—Finn —suspiro en protesta, pero su mano se desliza de mi muslo a mi cadera. Mientras me atrae hacia él, hundiendo su rostro en mi pecho, sus dedos tiran del tirante de mi hombro y este cae.

Jadeo y trato de alcanzarlo, pero es demasiado tarde. Mi pecho queda expuesto y también el micrófono. Los dientes de Finn rozan el interior de mi pecho y se detiene, con los ojos muy abiertos, fijos en el dispositivo de grabación negro pegado a mi piel cremosa.

Mi corazón literalmente se detiene.

Soy una mujer muerta.

FINN

Mis ojos se posan en el pequeño dispositivo de escucha negro pegado discretamente al pecho de Siobhan. Siento cómo su corazón golpea contra su caja torácica bajo mis labios, que están presionados contra la curva de su pecho. Me lo imaginaba. Solo que pensé que habría sido más lista al respecto.

Con una larga y lánguida lamida por la parte interior de su pecho, me aparto, dejando que la tirante del vestido caiga. Ella se apresura, subiéndoselo de nuevo, apartándose el pelo de la cara, y luego abanicándose. Y yo que pensaba que estaba alterada por mí cuando todo el tiempo solo estaba asustada de ser descubierta.

Mi mano se desliza por su costado, sobre la curva de su pecho y dentro del vestido. Pellizco el cable con fuerza y lo arranco de su piel, luego extiendo el brazo y lo dejo caer en su vaso de agua para darle un apropiado entierro en el mar.

—Vaya, vaya —chasqueo la lengua—. Y yo que pensaba que teníamos algo especial ahí por un momento.

Siobhan se echa hacia atrás, poniendo espacio entre nosotros hasta que su trasero casi cuelga del borde del cojín del reservado. Su cara palidece, aparecen gotas de sudor en su labio superior. En este rincón secreto del restaurante, podría rodear con mis manos su precioso cuello y acabar con ella, pero eso no es lo que quiero hacer. Ni por asomo. Al menos, no todavía.

—Finn, yo solo... —Está nerviosa, presionando el dorso de su mano contra su frente, abanicándose. Quizás sí he tenido algún efecto en ella después de todo, pero nunca lo admitirá.

Me retiro de ella, retrocediendo alrededor de la mesa hasta mi posición detrás de mi plato base. Respiro hondo y estudio la forma en que se mueve, como un ratón retorciéndose bajo la pata de un gato. Vino aquí con un micrófono, lo que significa que no estaba precisamente aquí para ser amable o dejar que me metiera en sus pantalones. Ahora está todo sobre la mesa. Al menos sé dónde estoy.

Y felicidades a ella por jugar la partida. No puedo reprocharle un poco de reconocimiento encubierto. Después de todo, es por eso por lo que realmente estoy aquí, para averiguar lo que sabe y ayudarla a ver la luz.

—No puedo decir que no esté decepcionado, Siobhan. —Levanto la mirada cuando el camarero trae nuestra comida a través de la cortina. Ella continúa retorciéndose, ahora secándose la frente con su servilleta blanca de tela mientras el camarero coloca nuestros platos sobre los platos base.

—¿Está todo a su gusto? —pregunta, y yo le hago un gesto con la mano, despidiéndole. Una breve mueca de disgusto cruza su rostro antes de salir de nuestro reservado privado y quedarnos solos de nuevo.

—No podemos trabajar juntos si no hay confianza. —Tomo mi servilleta y la agito. El chasquido de la tela la hace saltar. Se sienta como paralizada por el miedo, inmóvil, sin hablar. Yo, sin embargo, me lanzo a la comida, devorando un delicioso bocado tras otro. Cada pocos segundos, la miro de reojo. Su cabeza cuelga con vergüenza, pero aún no se ha marchado.

El plan de Siobhan para espiarme se ha frustrado. Probablemente haya alguna persona detrás de una pantalla de ordenador preguntándose dónde fue su señal, y todo lo que ella puede hacer

es sentarse ahí jugueteando con sus dedos en el regazo. Sigo comiendo, sin que nada de esto me moleste. Llevo el tiempo suficiente en este juego como para saber cómo esperar durante la pausa, cuando ambos os dais cuenta de que vuestro plan no está saliendo exactamente como pensabais y tendréis que cambiar de rumbo.

Los ojos de Siobhan se alzan para encontrarse con los míos y parpadea varias veces. —Debería irme.

—No, quédate. —Niego con la cabeza y señalo su comida con mi tenedor—. Ya está pagado y está delicioso. No dejes que eso arruine nuestra noche.

Su cuello se contrae. Veo cómo traga con dificultad. Todavía está nerviosa, y su frente se arruga en el centro, con los ojos entrecerrados. —¿No estás enfadado?

Me río, y dura lo suficiente como para hacerla esbozar una sonrisa. —¿Crees que soy solo un animal? ¿Que me volcaría sobre ti de forma tan intensa en cuanto estuviéramos a solas sin motivo?

Un gesto de comprensión cruza sus ojos. Sus hombros se relajan. —¿Sabías que llevaría un micrófono y estabas comprobándolo?

—Vi el bulto en la tela por encima de tu pezón. La mayoría de las mujeres no tienen dos pezones en un solo pecho. —Le guiño un ojo y doy otro bocado, hablando con la boca llena mientras digo—: Aunque fue sexy la forma en que tus pezones se endurecieron solo con verme.

La palidez del miedo se desvanece bajo el rubor de la vergüenza, y ella coge su tenedor para dar un bocado a la comida. Un ligero gemido sube por su garganta mientras el bocado deleita sus papilas gustativas, y sonrío ante ese sonido, deseando que fuera mi lengua entre sus muslos creando la sinfonía.

—¿Bueno, eh?

—Dios, sí... —Siobhan continúa comiendo, devorando con avidez bocado tras bocado, sorbiendo más vino del que podría llenar mi bañera mientras charlamos.

—Estoy seguro de que no puedes hablar directamente sobre el caso, pero tengo preguntas. Y sé que no estás aquí para follarme, el micrófono lo dejó claro. Así que, ¿podemos ir al grano? —Me limpio la boca y trago mi comida con unos sorbos de mi propio vino mientras Siobhan, usando más modales de los que he mostrado hasta ahora, mastica y traga pensativamente antes de responder.

—Tienes razón. Hablar directamente del caso sería poco ético y, sinceramente, no creo que te vaya a gustar lo que tengo que decir, de todos modos —Su brazo largo y esbelto se estira para alcanzar la botella de vino, lo que estoy seguro no es buena idea, pero no la detengo.

—Es malo para él, ¿eh? —Ya sé que me va a decir que le aplicará todo el peso de la ley. He investigado sobre ella. Su prima asesinada por un sospechoso sin nombre que se cree está conectado con uno de los principales sindicatos criminales de Dublín. Está en esto por motivos personales y busca venganza.

—No, me temo que no —Sus palabras están llenas de compasión, su debilidad. Ella conoce el dolor de perder a alguien y, por tanto, sabe lo que Brennan, Rebecca e Isla sufrirán si Mick es encarcelado.

—¿Entonces por qué estás aquí? —le pregunto. Si no está aquí para hablar de Mick, y probablemente no se abrirá si yo quisiera que lo hiciera, significa que está aquí para acercarse a mí. Probablemente quiere intentar obtener información comprometedora sobre mi familia, lo que no va a ocurrir. O quizás realmente solo quiere acostarse conmigo.

Siobhan suspira y se encoge de hombros. —Tengo un trabajo que hacer, Finn. Y probablemente tampoco sea conveniente para tus intereses que te vean conmigo. Los de tu tipo... bueno, no son amables con los chivatos —Sus ojos estudian nerviosamente mi

rostro, buscando cualquier señal. No tengo ninguna. Estoy entrenado para manejar estas situaciones, pero ella no.

—Bueno, ¿qué tal si dejamos todo eso a un lado por esta noche? Sin presiones para hacer nuestros trabajos, sin otra razón para estar aquí que un hombre y una mujer muy atractiva cenando —Sus labios se curvan en una sonrisa y asiente—. Y lo que pase, pasa. Y mañana, podemos reagruparnos y ver cómo podríamos hacer nuestros trabajos de manera diferente —No soy ningún tonto. Ella no dejará de perseguirnos, pero si puedo encontrar una manera de llegar a su debilidad y explotarla a mi favor, lo haré.

—Me gustaría eso —dice mientras deja caer su servilleta sobre la mesa. Da otro largo trago a su vino, y noto la apariencia vidriosa de sus ojos—. Y me gustó lo que estaba pasando, ya sabes... antes.

La forma en que me mira con los párpados entrecerrados es erótica. Me está tentando a volver a ella, y ni siquiera intento resistirme al cebo. Me deslizo alrededor del reservado y engancho mis dedos en la carne de su cadera, atrayéndola hacia mi cuerpo.

—¿Te refieres a esto?

Siobhan asiente, mordiéndose el labio. Está intoxicada pero aún con control. —No estaba nerviosa solo por el micrófono —No puedo decir si esto es el alcohol hablando o algún tipo de plan que ha tramado en su cabeza. ¿Podría ser que piense que acostarse conmigo me hará bajar la guardia? ¿O realmente se siente tan atraída por mí también?

—Y si hiciera algo como esto —deslizo el lateral de su vestido dorado por su muslo hasta que mis dedos pueden acariciar el calor de su piel— ¿estaría bien? —La tomaría aquí mismo en esta mesa si me dejara, pero algo me dice que tiene el suficiente sentido común, incluso estando borracha, para resistirse a eso.

—Mmm, sí —ronronea, y su mano descansa en mi bíceps, sus dedos manicurados rodeando su grosor para atraer mi mano más cerca.

—Estás borracha, señorita Gallagher. ¿Cómo sé que eres sincera? —Mi cabeza desciende hacia su pecho donde continúo donde lo dejé, mordisqueando su piel y presionando suaves besos en su escote. Ese diamante es perfecto entre ellos, una joya de la corona escondida en un valle secreto esperando a ser descubierta.

—Supongo que tienes que confiar en mí —Sus palabras ahora son arrastradas, la cabeza arqueada hacia atrás con pequeños jadeos saliendo de su garganta mientras succiono y mordisqueo su piel.

Cuando levanto la cabeza, ella acerca sus labios a los míos en un beso abrasador que no espero. Para ser una mujer tan seria, parece estar deshaciéndose. Su mano tira de mi brazo, guiándome más cerca de su centro, y dejo que mis dedos se deslicen por su muslo interior para encontrar humedad, pegajosa y penetrante, y mucha. No está solo fingiendo. Esta mujer me desea intensamente.

—Sabes que si hacemos esto, no hay vuelta atrás. No puedes borrar esto de tu reputación —Mis palabras de precaución la hacen tensarse en mis brazos. La forma en que tira de mí se ralentiza, la pasión de su beso se desvanece, y entonces la mano que me estaba acercando presiona contra mi hombro.

—Yo, eh... debería irme —Siobhan agarra el bolso de mano del banco entre nosotros y se desliza fuera del reservado—. Gracias por la cena. Lo he pasado muy bien —Sus ojos se dirigen al micrófono, todavía sumergido en el agua, y mete dos dedos en el vaso para sacarlo.

—No tienes que irte —le digo, pero ella se da la vuelta y se escabulle. Me levanto y saco mi cartera, dejando un par de billetes de cien dólares en la mesa antes de seguirla casualmente.

Cuando salgo, está al teléfono, probablemente llamando a un taxi. Está tan hermosa bajo la farola, solo una silueta bien formada con pezones erectos presionando a través de la fina tela de ese vestido ajustado. La tengo dura como una roca, pero no voy a forzarla. Sería

contraproducente. Necesito que me desee tanto que haga cualquier cosa por mí. Incluyendo retirar los cargos contra mi amigo.

—Déjame llevarte —le digo, sabiendo que mi conductor está de guardia a la vuelta de la esquina. Meto la mano en el bolsillo y envío un mensaje.

—Eh, no. No puedo hacer eso. Esperaré mi taxi —Siobhan mete el teléfono en su bolso de mano que cuelga de su hombro, luego cruza los brazos bajo sus tetas, lo que solo acentúa el escote.

—No es ningún problema, de verdad. Puedo ser un caballero —Me quedo a unos pasos de distancia, sin querer entrar en su espacio personal o hacerla sentir intimidada. Pero, Dios, cómo la deseo.

—Por favor, no. Estaré bien —Es testaruda, probablemente piensa que solo intentaré seducirla y no podrá resistirse. O quizás todavía tenga miedo de que le haga daño.

—Como quieras —digo, girándome para caminar calle arriba donde espera el coche. Me adentro en las sombras, pero mantengo la vista en ella. No voy a dejar que se quede aquí con tantos diamantes encima esperando sola. Quién sabe qué canalla podría andar por aquí buscando una oportunidad para aprovecharse de alguna mujer ingenua borracha que no tiene ni idea sobre cosas como esta.

Me detengo al doblar la esquina del edificio y me quedo observando. Pasan varios minutos, y vuelvo a enviar un mensaje a mi conductor diciendo que tardaré solo unos minutos más. Tal como temía, dos hombres salen de las sombras desde la dirección opuesta y se acercan directamente a ella. Visten de oscuro, con sudaderas que ocultan sus rostros. No sé qué quieren, pero no lo conseguirán mientras yo esté vigilando.

Uno de ellos le agarra el bolso de mano, y yo salto desde la oscuridad, desenfundando mi pistola. Siobhan forcejea contra ellos, empujando y golpeando, y uno la agarra por la cintura. Mientras

avanzo corriendo, con la pistola en alto, ella establece contacto visual conmigo.

—¡Finn! —Su grito desesperado hace que mi corazón se acelere.

Uno de los hombres levanta la mirada y suelta su bolso, huyendo hacia la oscuridad de donde vino, y el otro recibe un fuerte golpe en la cabeza con la culata de mi arma. Se estremece y cae de rodillas, soltándola, y ella me rodea con sus brazos y gimotea.

—Vamos a sacarte de aquí —ordeno. El hombre se desploma hacia delante, inconsciente, y guardo mi arma antes de tomarla en mis brazos.

—¡Dios mío! —se queja, enterrando su cara en mi cuello mientras la llevo por la oscuridad hacia mi coche que espera.

El conductor sale corriendo para abrirnos la puerta y poder sentarla dentro fácilmente. No hay forma de saber quiénes eran esos tipos —si eran simples delincuentes buscando una víctima o algo más siniestro— pero me alegro de haber estado allí.

Las calles no son un lugar seguro para la fiscal adjunta, especialmente cuando va vestida así.

SIOBHAN

Mis manos luchan torpemente con la llave de mi ático. Estoy borracha y aterrorizada. —Simplemente no puedo... —balbuceo, mirando el rostro de Finn con ojos borrosos. Parece entender y me quita las llaves de los dedos para abrir mi puerta.

Le pedí que subiera, demasiado asustada para caminar sola hasta la puerta de mi maldito apartamento después de lo que acaba de ocurrir. Le dije que se marchara, le hice un gesto como si supiera lo que estaba haciendo, pero claramente no tengo ni idea y esos hombres... podrían haber...

—Ya lo tengo —dice. La fuerza tranquila de Finn resulta reconfortante. Abre la puerta y me la sostiene, siguiéndome mientras tambaleo. Dentro de la seguridad de mi apartamento, me siento mejor, pero aún no quiero que se vaya. Él evitó que esos hombres me hicieran las cosas indescriptibles que podrían haber hecho después de que rechazara su amabilidad. Le debo al menos una taza de café.

—¿Quieres algo de beber? ¿Café? ¿Cerveza? —Dejo caer mi bolso de mano sobre la mesa de cristal del comedor. Está oscuro, la única luz proviene de una pequeña lámpara de pie en el extremo opuesto de la habitación, cerca de las ventanas con vistas a St. Stephen's Green y al centro de la ciudad. A esta hora del día, no son más que luces parpadeantes, pero durante el día es una vista fabulosa. Por ahora,

estoy en la oscuridad, viendo solo la silueta de Finn mientras cierra la puerta tras de sí.

—No, gracias.

—Bueno, acabas de salvarme, así que te debo algo. —Finn es un hombre peligroso, no hay duda de eso. Pero me siento segura con él aquí, mucho más segura que en la calle con esos matones. Y cualquier vendetta personal que tenga no es contra él como hombre, sino más bien contra el estilo de vida que lleva, contra las organizaciones en su conjunto. Puedo separar eso por una noche para agradecer a un hombre que salvó mi honor.

—Tengo otra cosa en mente —murmura, y hace que se me erice la piel. Me quito los tacones y apoyo una mano en el frío cristal, recostándome en él. Todavía siento la humedad entre mis muslos que provocó con solo desnudarme con la mirada. Su tacto también fue eléctrico, y mi cuerpo ya lo siente aunque parezca estar a kilómetros de distancia.

—¿Qué cosa? —pregunto, esperando que venga directamente a desnudarme, pero pasa completamente de largo. Cuando rodea la barra y se encienden las luces, me molesta el brillo—. ¿Qué estás haciendo?

Finn busca en mis armarios, saca un vaso, lo llena de agua y luego vuelve a mi lado, tomándome de la mano para llevarme al salón donde nos sentamos en mi sofá de piel blanca. —Aquí tienes —dice, poniendo el agua en mis manos. Coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja y me observa, asintiendo en un gesto que pretende indicarme que beba.

Bebo un sorbo, sin saber qué sentir. Estoy lista para abrir las piernas y sentarme en la cara de este hombre y él está actuando como un caballero. ¿Por culpa de esos hombres, quizás? ¿Por qué otro motivo no vendría a por mí de nuevo? Estamos solos aquí. No tiene motivos para contenerse. Ambos estábamos tremendamente excitados y listos para hacerlo hace apenas veinte minutos, ¿y ahora esto?

—¿Qué estás haciendo? —Mi sospecha debe ser respondida. Incluso en mi estado de embriaguez, puedo ver que algo está pasando dentro de su cabeza.

—Necesitas un equipo de seguridad. Después de esto, tienes que ver que no estás a salvo. Eres una fiscal, mujer. Las criaturas saldrán de la oscuridad para ir a por ti ahora que estás llevando este caso de alto perfil.

Entorno los ojos mientras lo miro y bebo más, luego dejo el vaso a un lado. —¿Es eso lo que has hecho, entonces? —Hace una pausa y niega con la cabeza como si no supiera lo que estoy insinuando—. ¿Contrataste a esos hombres para que vinieran a por mí para que pudieras aparecer y hacerte el héroe? ¿Conseguir que te invite a subir y luego qué? ¿Me matarás ahora?

Las palabras salen de mi boca y no intento detenerlas. Ahora está dándole vueltas. No soy estúpida, solo estoy borracha. Y por alguna extraña razón, muy tranquila ahora. Ya no estoy ansiosa en absoluto. Supongo que es el alcohol.

—No soy esa clase de hombre, Siobhan. —Finn se levanta como si fuera a marcharse, y yo le agarro la mano.

—Quédate... —Las palabras quedan en el aire como una invitación abierta, y no oculto el significado.

—Piensa lo que quieras sobre hombres como yo, pero no me metas en el mismo saco que los demás. Nunca te haría eso a ti ni a ninguna otra mujer. Los O'Rourke vivimos según un código. —Retira su mano de mi agarre y continúa caminando hacia la puerta, y yo me levanto de un salto y le espeto:

—¿Sois todos gais o qué? ¿Una mujer hermosa, disponible y lista para ser tu mascota sexual, y simplemente te alejas? —Mi pecho se agita mientras escupo las palabras—. No pienses que obtendrás ni una pizca de información de mí. Eres un monstruo, simple y llanamente. Igual que todos ellos. Es todo lo que serás siempre.

Finn se detiene y se vuelve hacia mí, pero la ira o la oscuridad que espero ver en sus ojos no está ahí. Le divierte mi borracho arrebato y se ríe.

—Una mujer con una boca como esa tiene que ser un auténtico fuego ardiente en la cama, ¿no? —Arquea una ceja, y ahora estoy furiosa con él. Cojo el vaso de agua y se lo lanzo, pero fallo, estrellándose contra la pared del comedor y haciéndose añicos. El agua corre lentamente por la pared, formando un charco junto a los cristales rotos.

—¡Ya te gustaría saberlo! —Girándome, me dirijo enfadada hacia mi dormitorio, y antes de que pueda salir del salón, Finn está allí, agarrando mi muñeca con tanta fuerza que creo que me romperá el brazo. La retuerce hacia arriba por detrás de mi espalda y me empuja contra la pared, donde su aliento caliente baila sobre mi mejilla desde atrás. Giro la cabeza y dejo que el frío yeso enfríe mi mejilla caliente, y él me muerde el lóbulo de la oreja.

—De hecho, me gustaría. —Su gruñido hace que un escalofrío de excitación recorra mi columna hasta mi centro. Se acumula allí, aumentando el calor que ya palpita dentro de mí. Su actitud, la forma en que exige mi atención es tan atractiva que no puedo evitar derretirme en su presencia.

—Que te jodan.

—¿Eso es una invitación? —me pregunta mientras agarra un puñado de mi trasero y restriega su dura polla contra la parte posterior de mi muslo. Me sorprende sentir lo excitado que está por mí—. Porque la aceptaré si lo es.

Antes de darme cuenta de lo que está pasando, me ha dado la vuelta, aún apretada contra la pared, y mi vestido está plegado alrededor de mi cintura, con el pecho desnudo expuesto a sus ojos codiciosos, que me devoran. Estoy sorprendida y avergonzada, pero mi cuerpo arde por él, mi sexo palpita y ansía ser tocado.

—Finn, ¿qué estás haciendo? —consigo preguntar mientras se arrodilla, llevándose mi vestido y mis bragas con él, y su aliento cálido acaricia mi centro húmedo mientras su rostro se acerca a mi monte afeitado. Claramente, no estoy pensando con claridad. Estoy cometiendo un error. Esto está completamente fuera de mi carácter.

—Estaba pensando en cobrar esa oferta del club pero sin público —gruñe antes de empujar bruscamente su lengua entre mis pliegues, lamiendo mi excitación y haciéndome gemir fuertemente.

—Finn... —le advierto, pero sale como un gemido cuando añade un dedo a la mezcla, metiéndolo dentro de mí mientras me devora entera con su boca. Su barba incipiente raspa mis muslos mientras su lengua me invade. Estoy temblando, apoyándome en esta pared porque sé que voy a caerme si no lo hago.

—Sabes tan dulce como sabía que sabrías, Siobhan —su pulgar acaricia mi clítoris mientras habla, y enredo mis dedos en su pelo mientras la habitación gira a nuestro alrededor—. Sabes, soy absolutamente un monstruo horrible tal como dices. Y los hombres como yo somos muy buenos haciendo cosas muy malas a las mujeres que nos provocan. Quizás tengas más cuidado la próxima vez —añade un segundo dedo, luego un tercero, y estoy gruñendo, apenas aferrándome al aliento en mis pulmones—. ¿O vas a seguir haciendo correr esa linda boca tuya?

—¡Oh, fóllame, Finn. ¡Fóllame ya! —estoy perdida en el placer que me está dando, y no me importa quién es o qué hace cuando no está aquí conmigo. Lo único que sé es que Finn O'Rourke tiene la lengua de un dios y quiero que la use por todo mi cuerpo.

Con una sonrisa malvada, añade un cuarto dedo, el meñique, retorciéndolo y empujando con fuerza contra mi entrada—. ¿Es eso lo que quieres, Siobhan? ¿Estás segura? Porque puedo ser muy malo de formas que nunca has imaginado.

Dios mío, va a meter toda su maldita mano dentro de mí, y joder, lo deseo—. Sí... —jadeo, y uso sus hombros como apoyo mientras me

inclino sobre él. Su boca vuelve a chupar mi clítoris mientras desliza su pulgar y siento como si me estuviera partiendo en dos. Mi centro está a punto de estallar, mi espiral a punto de romperse.

—Oh, mierda... Oh, santa madre —gruño. Cada giro de su mano la empuja más profundo hasta que su puño se hunde en mí. Mi cuerpo se estremece y pierde el control. Es grueso y enorme, estirándome, llenándome. Jadeo y gruño, apenas capaz de articular palabras, pero voy a desmoronarme.

—Oh, joder, voy a...

—Eso es, nena. Córrete para mí, Siobhan. Déjame oírte gritar.

Y vaya si grito, mi cuerpo sacudido por un orgasmo tan potente que me roba el aliento.

Veo estrellas, mi visión se nubla por la intensidad de mi orgasmo. Mi cuerpo convulsiona, retorciéndose de placer mientras olas de éxtasis me recorren. Una abrumadora oleada de intenso placer inunda mi cuerpo, haciendo que me sacuda y contorsione, con la cara contraída. Mi boca está seca, mi aliento robado por la fuerza de mi orgasmo. Mis labios se separan en un grito silencioso mientras saboreo el sudor salado en mis labios. Mis músculos se contraen y relajan, doloridos por la intensidad de mi liberación. Su mano sigue dentro de mí, bombeando y empujando, enviando ondas de choque de placer a través de mi cuerpo.

Me siento como si estuviera flotando, suspendida en una bruma de dichoso olvido.

Finalmente, mientras mi clímax disminuye, me desplomo contra la pared, jadeando por aire. Mi corazón late con fuerza, retumbando en mis oídos mientras mi cuerpo tiembla con estremecimientos post-orgásmicos. Una sonrisa satisfecha se extiende por el rostro de Finn mientras retira su mano, sus dedos brillando con mis fluidos. Se levanta, ajustándose los pantalones para ocultar el evidente bulto que tensa su prenda.

—¿Era eso lo que querías? —pregunta, con una sonrisa jugueteando en sus labios.

Solo puedo asentir, demasiado agotada para formar palabras. Mi cuerpo sigue hormigueando, sensible en lugares cuya existencia desconocía.

—Bien —dice, acariciando suavemente mi mejilla—. Porque hay más de donde vino eso, y vas a necesitar tus fuerzas —Finn desaparece, y todo lo que puedo hacer es apoyarme contra la pared. Oigo agua corriendo, luego le veo al otro lado de la habitación recogiendo el cristal. Cuando regresa, tiene un nuevo vaso de agua y sus manos están limpias. El bulto en sus pantalones es tan obvio, y no me ha dejado aquí de pie desnuda sin motivo.

Se queda de pie frente a mí un momento mientras me recompongo. Todavía estoy borracha, pero el alcohol está empezando a desvanecerse. Mantengo mis ojos en él mientras camino hacia el dormitorio, retrocediendo por el pasillo hacia mi santuario donde espero por Dios que termine lo que ha empezado.

Me acecha, dejando la puerta del dormitorio abierta, sus zapatos junto a ella. Deja el vaso en la mesita de noche mientras yo me quedo cerca del pie de la cama, sintiéndome incómoda con mi propia humedad corriendo por mis muslos.

Cuando se quita los pantalones, su polla salta hacia arriba. Es enorme, no tan gruesa como su puño, pero enorme. Mis ojos se fijan en ella con hambre. Le deseo.

—Súbete a la cama —es una orden, y mis dedos de los pies se curvan ante el tono autoritario de su voz. Hago lo que me dice, subiéndome a la cama, con la espalda contra el cabecero y las rodillas dobladas.

Finn se une a mí en la cama, su cuerpo dominando el mío. Agarra mis tobillos, separándolos y deslizando sus dedos entre mis pliegues —. Mírame —gruñe, y obedezco. Sus ojos son oscuros pozos de

lujuria y deseo mientras separa mis muslos y usa su firme agarre para forzarme a una posición tumbada.

—Voy a follarte tan duro que mañana no podrás caminar derecha.

Mientras habla, frota su enorme erección contra mi clítoris aún sensible, haciéndome gemir de nuevo. Se posiciona en mi entrada, su punta rozando tentadoramente contra mis pliegues húmedos. Mi respiración se entrecorta en anticipación, mi cuerpo anhelando que me llene.

—Siobhan...

—Sib —siseo—, llámame Sib —mis manos le alcanzan y le empujan hacia abajo con más fuerza, pero él se resiste a hundirse en mí. La provocación es una tortura. Quiero más.

—Sib —se corrige, inclinándose para besarme bruscamente. Su lengua invade mi boca, su polla aún provocando mi entrada—. Ruégame por ello —gimo contra su boca, incapaz de formar palabras coherentes mientras la necesidad de él me abruma.

—He dicho que me ruegues —gruñe, su agarre en mis muslos apretándose—. Dime que quieres mi polla dentro de ti.

—¡Oh, Dios! —grito, mis mejillas sonrojándose de vergüenza, pero la necesidad de él es demasiado grande para que me importe—. La quiero.

—Di las palabras —está entrando ahora solo centímetro a centímetro, pero le siento presionando allí, ansioso por poseerme.

—La quiero. Tu polla dentro de mí.

—Di verga. Di que quieres mi verga dentro de tu jodido coño, mujer —su agarre se aprieta, casi haciéndome daño. Es como si tuviera un guion en su cabeza que, si no sigo, no puede correrse o algo así. El filo de su tono me asusta, pero logro gimotear una respuesta con la que está complacido.

—Quiero tu maldita verga dentro de mi cuerpo ahora.

Con un gruñido de aprobación, me embiste con toda su longitud de una sola estocada, dura y rápida. Casi me destroza con la fuerza. Es grueso y largo, golpeando mi punto más profundo, y aunque ya me ha penetrado con sus dedos, no decepciona.

—¡Oh, joder, sí! —grito, agarrando las sábanas mientras empieza a moverse, con las caderas balanceándose en un ritmo primitivo. Es como si me estuviera castigando y adorando al mismo tiempo. Sus ojos están fijos en los míos, su mandíbula apretada y las venas sobresaliendo de su cuello. Su cara es una máscara de concentración.

Me embiste como si intentara partirme por la mitad, y no me importa. Quiero más de él. Más fuerte, más rápido, más profundo. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, animándole mientras el aire frío de la ventana abierta acaricia mi piel acalorada.

—Finn —gimo, sintiendo cómo mi clímax se construye de nuevo—. ¡Fóllame!

—Sib —gruñe, y esto me lleva al límite otra vez. Mi segundo orgasmo es incluso más intenso que el primero, mis músculos apretándose a su alrededor mientras grito su nombre.

Es como caer desde el pico más alto de una montaña, la descarga de adrenalina y la liberación de energía acumulada abrumadora y totalmente absorbente. Cada músculo de mi cuerpo se tensa y se enrosca a su alrededor, buscando más mientras grito su nombre como una plegaria a los dioses. Es un momento de puro placer y rendición, una sinfonía de sensaciones que me deja sin aliento y eufórica.

Finn no se detiene. Sigue embistiéndome, su propio clímax formándose. Su respiración es entrecortada, sus ojos salvajes mientras me mira fijamente. —Voy a... —gruñe, y esa es toda la advertencia que recibo antes de que explote dentro de mí,

llenándome con su semilla caliente. Su miembro pulsa con el alivio, sus caderas bombeando más lenta y más lentamente.

Cuando sus labios reclaman un beso de los míos, no le resisto. Es fuego y hielo, el diablo y mi salvador, y estoy tan perdida en lo que siento que no puedo decidir qué quiero más. Ser salvada o ser poseída por este hombre todos los días.

Su teléfono suena en algún lugar de la habitación, y yo inspiro profundamente y exhalo. El aroma de su colonia mezclado con el olor a sexo produce una sensación embriagadora.

—Tengo que irme —Finn sale de mí, dejando su semen encharcando el edredón debajo de mí. Me giro de lado y le observo vestirse, deseando que las luces estuvieran encendidas para poder ver lo que imagino que es un cuerpo perfectamente esculpido.

—¿No puedes quedarte? —pregunto suavemente.

—Negocios... pero quizás otra noche —cuando está vestido, viene y me besa la frente—. Ha sido increíble.

El bajo retumbar me hace vibrar. Alargo la mano hacia él. —Quédate... —Mi estupor de borracha se está disipando, así que no estoy segura de por qué sigo haciendo esto. Estoy loca. Es un puto mafioso y yo soy la fiscal adjunta.

—Descansa. Necesitas pensar en esto antes de decir nada más —es gentil conmigo, más de lo que jamás imaginé que un hombre como él podría ser, y luego se ha ido, y me encuentro desvaneciéndome en el sueño.

¿Qué coño he hecho realmente?

FINN

He estado en un juzgado varias veces antes, pero nunca como alguien que viene a observar el procedimiento. Siempre fui el tipo sentado a la mesa con un abogado de mala reputación pagado por mi padre para sacarme del lío en el que me había metido. Hoy, estoy aquí para escuchar y retener información, y luego usarla para conseguir lo que quiero de la fiscal. También estoy aquí para observar a la hermosa señorita Gallagher, que no me ha dirigido la palabra desde la noche en que la salvé de aquellos canallas en la calle.

Está sentada en su mesa repasando sus archivos mientras esperamos al juez. Después de los alegatos iniciales, que ambos abogados manejaron bien, el juez concedió un breve receso, y ahora comenzaremos a escuchar los testimonios. Estoy tenso, deseando que esto termine para poder volver a mi trabajo habitual, pero Mick ha sido nuestro aliado menos de un año, y es esencial asegurarnos de que permanezca libre para seguir integrando completamente sus operaciones con las nuestras.

—Todos en pie para recibir al Honorable Juez Callahan —anuncia el funcionario del tribunal desde su posición cerca de la puerta del despacho del juez, y todos en la sala prestan atención. Nos ponemos de pie entre el chirrido de los asientos y los gemidos de la madera.

El juez entra a paso lento, con su túnica negra de seda ondeando por la brisa que crean sus movimientos. Tiene un ceño fruncido en la cara que parece permanentemente pegado y un peluquín horrible como evidencia de su vano intento de mantenerse juvenil. Es cómico, pero no es algo que no haya visto en la mayoría de los hombres de su edad y clase económica. Es el centro de atención aquí en esta sala, y está orgulloso como un pavo real por ello.

—Pueden sentarse —gruñe mientras se acomoda en su silla. La manada de hombres y mujeres en esta sala se baja a sus lugares. Yo no soy una excepción.

Brennan está sentada a mi lado, Isla a su izquierda. Rebecca no está hoy, demasiado emocionada para venir a ver a su padre ser asado como un trozo de carne por algo que no ha hecho. Mick mira por encima de su hombro hacia nosotros y se lleva dos dedos a los labios y los señala hacia su esposa. Brennan está temblando.

Le aprieto la mano cuando Siobhan pronuncia su nombre. —Su Señoría, me gustaría llamar a la señora Brennan O'Connor al estrado.

Brennan se levanta, y observo que Isla se frota el vientre nerviosamente. Me mira a través del hueco creado cuando su madre se pone de pie, y muevo mis rodillas hacia un lado para dejar que Brennan salga por el extremo de la fila.

Sube al estrado y pone su mano sobre una Biblia cerrada para prestar juramento. Toda la sala la mira con avidez, la primera testigo de la acusación, citada contra su voluntad en un intento de obligarla a delatar a su marido. Es sucio, pero así es como se juega este juego.

Siobhan saca un papel de su maletín y lo sostiene en sus manos, como si fuera un guion de lo que quiere decir. Sus ojos siguen escaneándolo mientras rodea la mesa de la fiscalía y se acerca a donde Brennan ha tomado asiento en el estrado de los testigos. El

jurado de doce hombres y mujeres cuidadosamente seleccionados fijan sus ojos en ella cuando comienza su interrogatorio.

—Señora O'Connor, gracias por acompañarnos hoy. Entiendo que esto debe ser difícil para usted, pero solo tengo algunas preguntas —. Desearía poder ver la cara de la hermosa fiscal para leerla, pero está de espaldas a mí y probablemente lo estará durante gran parte del procedimiento.

Brennan no dice nada. Parece aterrorizada, abrazando su bolso contra el vientre, mirando a Mick con una expresión vacía y rostro pálido.

—Señora O'Connor, ¿es cierto que escribió en su declaración jurada que su marido, el acusado, Mick O'Connor, estaba en el pub con sus amigos y familia la noche del asesinato, el veinte de abril? —Una estocada a la coartada de Mick. Sabíamos que eso vendría.

—Sí, es cierto —. A Brennan se le instruyó que diera respuestas de una palabra y que fuera breve. Espero que haga lo correcto.

—¿Y es cierto que realmente no sabe dónde estaba? —Siobhan baja el papel y mira a Brennan, quien se encoge de hombros.

—Sí, es cierto.

—Señora O'Connor, ¿qué tipo de hombre es su marido? —Siobhan hace una pausa y mira al jurado por un momento antes de continuar —. ¿Es agresivo o abusivo? ¿Tiene arrebatos de ira?

—Protesto, su señoría, irrelevante —. El abogado de Mick se pone de pie y niega con la cabeza.

—Es pertinente, su señoría. Pretendo probar que Mick O'Connor es un hombre violento, ¿y quién mejor para demostrarlo que la persona que mejor lo conoce? —Los ojos de Siobhan se clavan en la cara del abogado, y me vislumbra a mí. La veo tragar saliva y volverse de nuevo hacia el juez.

—Lo permitiré. Por favor, continúe —. El juez parece relajado. Quizás sea porque ya sabe lo que decidiría en este asunto, pero afortunadamente, no depende de él. Un jurado decidirá el destino de Mick—. Señora O'Connor, por favor responda a la pregunta.

—Mi marido es un buen hombre —ofrece Brennan, pero ahora parece triste, con los ojos buscando el rostro de su esposo.

—Señora O'Connor, ¿sabía usted que su marido tenía un negocio secreto operando en los graneros de su propiedad? —Mira fijamente a Brennan, quien hace un trabajo muy bonito fingiendo ignorancia.

Brennan mira al juez con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas en una falsa expresión de asombro. —Pues no, señora. Somos agricultores —. Tal como la instruimos, la esposa de Mick está haciendo un trabajo fantástico.

—¿Es cierto que su marido, Mick, estuvo involucrado en varios altercados a lo largo de los años, cuatro de los cuales resultaron en cargos presentados contra él por violencia doméstica? —Siobhan va ahora a por la yugular, y Brennan no dice nada—. ¿Y es cierto que pasó treinta días en la cárcel por uno de esos incidentes?

Los ojos de Brennan van y vienen entre los de Mick y los de la fiscal. No teníamos idea de que esto iba a ser mencionado. Nadie la preparó para responder a esto. Nos centramos en instruirla sobre cómo evitar los temas relacionados con los negocios de Mick.

—Señora O'Connor, responda a la pregunta —el juez la insta y ella se aclara la garganta.

—Sí —Brennan está aterrorizada. Puedo verlo en su cara.

—Señora O'Connor, ¿es cierto que uno de esos incidentes fue algo que la envió al hospital? —Ahí está. La guillotina ha caído. Siobhan también fue rápido al grano.

La cabeza de Brennan cae y se tapa la boca, ahogando un sollozo, pero Siobhan dice: —No hay más preguntas, Señoría —Es un truco

barato diseñado para impactar al jurado —que ahora está hablando en susurros— y hacerles pensar que Mick es un maltratador. No va a funcionar.

El señor Quinn se pone de pie ahora, dispuesto a deshacer todo lo que Siobhan acaba de hacer. Rodea la mesa y camina directamente hacia Brennan, ofreciéndole un pañuelo de su bolsillo. Es como si lo hubiera orquestado sabiendo cómo la miraría el jurado. Es lástima, y toca la fibra sensible, especialmente porque viene del abogado de Mick.

—Aquí tiene, señora O'Connor, lamento que la fiscalía la haya hecho pasar por esto. ¿Necesita un momento?

Así es, Quinn, apela a sus simpatías. Brennan es una esposa indefensa obligada a volverse contra su marido, y el jurado está ahora comiendo de tu mano. Solo quedan algunas cartas por jugar, y veremos la expresión de sorpresa en la cara de Siobhan, y desearía poder verla también. La misma expresión que tuvo cuando caí de rodillas y la devoré.

—No, está bien —Brennan se seca los ojos y sorbe por la nariz mientras Quinn continúa.

—Señora O'Connor, para aclarar, por favor dígale al tribunal por qué fue hospitalizada aquella noche —Se mantiene cerca, el siempre atento abogado que quiere que el jurado coma de su mano.

Brennan sorbe por la nariz y comienza—: Alguien entró en nuestro establo y se metió con los animales. Fue durante el día cuando Mick estaba en el pasto de abajo. Salí corriendo con una pala para ahuyentarlos, un joven sin sentido, realmente. Y cuando Mick vino corriendo, él... —Se detuvo y pareció avergonzada—. Bueno, me atropelló completamente. Me golpeé la cabeza con fuerza, pero él atrapó al cabrón que intentaba robarse uno de nuestros caballos.

La sala del tribunal estalla en jadeos y susurros de nuevo, y me río. Recuerdo esa historia que Isla nos contó hace unos meses. Estaba

completamente sorprendida al descubrir que su padre era el jefe de su propio sindicato criminal y nunca conectó las cosas. Historias como esa son las que los abogados sedientos de sangre persiguen cuando están desesperados por pruebas reales. Es pura manipulación emocional.

—¿Así que fue un accidente que ocurrió cuando alguien entró en vuestro establo? —Quinn mira al jurado y se gira para mirar a Mick mientras habla con Brennan—. Y háblame de las otras veces que su marido, el acusado, Mick O'Connor, fue acusado de agresión.

—Bueno, todas fueron veces cuando alguien entró en nuestra propiedad, señor Quinn. Mick solo estaba protegiendo nuestra tierra —Brennan es brillante, y Mick se sienta erguido y orgulloso. Por supuesto, hay pruebas de todo esto.

—Señoría, me gustaría presentar como prueba estos documentos del historial judicial que demuestran que las acciones del señor Quinn fueron en defensa propia de su propiedad y no reflejan en absoluto la naturaleza de su personalidad —Quinn recoge un montón de papeles de su mesa y los lleva al estrado del juez. Siobhan le lanza una mirada furiosa y ni siquiera puede objetar. Esto va viento en popa.

Después de unos momentos, el juez Callahan mira a Quinn y asiente, y Quinn dice: —No hay más preguntas, Señoría.

Los bancos crujen y las sillas chirrían mientras la gente reajusta su posición. Cuando el juez instruye a Siobhan para que llame a su próximo testigo, ella se gira para encontrarse con mi mirada y hay un fuego allí, un hambre de verdad, o quizás de mí, no estoy seguro. Ronan, sentado detrás de mí, me toca el hombro.

—¿Cómo va? —pregunta en un susurro. Sé que se refiere al plan que tengo para cambiar la opinión de la señorita Gallagher sobre Mick y ayudarlo a ser un hombre libre de nuevo.

—Bien. La tengo justo donde quiero —le digo por encima del hombro en un tono igualmente bajo.

—Más te vale —dice Ro, y mientras lo hace, Siobhan pronuncia su nombre.

—Señoría, me gustaría llamar a Ronan O'Rourke, jefe del Clan O'Rourke.

La sala se queda inmóvil y en silencio. No estoy seguro de lo que va a preguntarle, pero ahora ya sé por qué está aquí.

SIOBHAN

La reprimenda de Liam no está ayudando a mi ya malhumorado estado de ánimo. Después de que Brennan O'Connor me hiciera quedar como una idiota en el contrainterrogatorio, lo empeoré llamando a Ronan O'Rourke. Surgió el tema de las pruebas plantadas y el juez declaró un receso de inmediato. Ahora lo único que quiero es relajarme y desconectar después de un día duro, y mi amigo el detective de la Garda cree que estoy de humor para una pelea.

—Te lo he dicho, no había nada que pudiera hacer —Han pasado cinco días desde que dejé el sobre sellado con los diamantes y el cable ahogado en el escritorio de Liam mientras él estaba fuera investigando algo. Ha intentado llamarme varias veces, y en cada ocasión, lo he dejado ir al buzón de voz. Sinceramente, me sorprende que no se haya presentado en mi ático para exigirme que le pague por los daños.

—Entonces, ¿qué pasó? No conseguí nada en la grabación —Parece más molesto por no saber de qué hablamos que por si su precioso cable está destrozado, casi como si estuviera celoso de que yo estuviera a solas con O'Rourke y no con él.

«Estás casado, Liam, búscate una vida», pienso, pero no lo digo. En su lugar digo: —Te lo pagaré cuando tenga algo de dinero extra,

pero tardará un tiempo. O'Rourke esperaba el micrófono. Simplemente me lo arrancó del pecho y lo dejó caer en el vaso.

—Te dije que ese hombre estaba loco. Te dije que no fueras —Su grave problema de control me molesta tanto que quiero colgar, pero sé que aparecería en mi casa para arremeter contra mí. Además, sé que crucé una línea con Finn, follándomelo así. Ninguna fiscal del Estado con algo de sentido haría eso, y yo abrí las piernas como si estuviera sirviendo un festín. Pero se sintió tan condenadamente bien.

—No está loco, pero tienes razón. Es peligroso —Suspiro con fuerza mientras hago malabares con mi maletín y la chaqueta en una mano para encontrar las llaves en mi bolsillo con la otra, casi dejándolas caer mientras cambio el teléfono de un hombro a otro—. Escucha, tengo un contacto con los O'Rourke, ¿vale? Estamos a un paso de hacer estallar por completo el mundo del crimen. ¿No puedes simplemente celebrarlo conmigo por un segundo?

La puerta se abre a la oscuridad, y busco el interruptor para encender las luces, pero no funcionan. Justo lo que necesitaba, un corte de electricidad. Sin embargo, parece que acaba de comenzar, ya que subí en el ascensor hasta aquí. Al menos mis congelados no empezarán a descongelarse.

—Mira, se ha ido la luz, Liam. Tengo que dejarte. Te llamaré mañana —Pulsando el botón de *Finalizar llamada*, dejo las llaves, el bolso y el teléfono en la mesita junto a la puerta, luego coloco mi chaqueta y bolso en una silla de la cocina mientras atravieso el comedor.

Tengo algunas velas y una cerilla en el cajón junto al fregadero, guardados por si hubiera una tormenta fuerte o algo como esto. Vi algunas obras en la calle, lo que me hace pensar que podría estar relacionado. Hasta que me detengo frente al microondas, donde la brillante luz azul que indica la hora tardía resplandece en la oscuridad.

Inmediatamente me doy cuenta de que no estoy sola en esta oscuridad. Puedo sentir una presencia aquí conmigo, alguien respirando al otro lado de la habitación. Me quedo quieta, pensando dónde está colocado el bloque de cuchillos, detrás de mí en la isla de mármol junto a la cocina. Podría hacer un movimiento, lanzarme hacia él, pero no sé dónde están ni quiénes son. La sangre se me hiela ante la idea de que esos dos hombres de la calle estén aquí, acechándome, cazándome como en un enfermizo juego del gato y el ratón.

Todo mi cuerpo se eriza, con el vello de los brazos en alerta. La piel se me pone de gallina mientras busco con la visión periférica, esforzándome contra una oscuridad que conozco demasiado bien. Solo está la luz del microondas aquí, las únicas ventanas de mi ático en el lado más alejado del edificio, ocultas por una media pared que divide la zona de estar del pasillo que lleva a mi suite.

—¿Quién está ahí? —digo con dureza, recordando la puerta abierta, dejada entreabierta cuando me di cuenta de que las luces estaban apagadas. Mi corazón late tan fuerte que puedo oír la sangre zumbando en mis tímpanos, pero por encima de eso, percibo débilmente una voz.

—Soy yo, Siobhan, el juez Callahan.

La tensión que enrollaba cada músculo de mi cuerpo, preparándome para luchar o huir, se relaja y dejo escapar un suspiro. —¿En qué demonios estabas pensando? —siseo, pero la piel de gallina no desaparece tan instantáneamente como apareció—. Me has dado un susto de muerte.

Habla en voz baja, como si tuviera miedo de estar aquí, o no, ocultando su identidad. Sabe lo mal que quedaría si alguien lo viera en mi apartamento durante un juicio. Parecería que estábamos confabulados contra Mick O'Rourke, como si le estuviéramos tendiendo una trampa. Sería motivo para un juicio nulo inmediato, así que ¿por qué está aquí?

—Solo tengo un momento, Siobhan, pero esto es importante.

Me giro hacia el sonido de su voz. Está cerca, pero no lo suficiente como para tocarme. Eso es algo bueno, porque aunque reconozco su voz, sigo al borde de entrar en pánico. ¿Cómo coño ha entrado aquí?

—¿Qué ocurre? Sabes que no deberías estar aquí. Esto podría provocar la nulidad del juicio. —Ahora mi miedo está siendo reemplazado lentamente por molestia. Podría haberme llamado a su despacho para esto. No entiendo qué pasa con tanto secretismo.

—He recibido una amenaza y quiero asegurarme de que te estás cuidando. ¿Ya has contratado un equipo de seguridad? —Hago una mueca, agradecida de que no pueda ver mi cara.

—No, no lo he hecho. No les tengo miedo, Brendan. —Apoyándome en la fría encimera de la isla, inhalo profundamente para ayudar a eliminar más de la tensión de mi pecho—. Lo tengo bajo control. No estoy perdiendo los nervios. Atraparemos al cabrón.

—Bien, bien... Pues deberías saber que tenemos un poco de ayuda de la Garda local. La nueva prueba que has presentado en el informe balístico está verificada. Y parece que el barro de la alfombra que recogieron de la escena del crimen coincide con el barro de la granja de los O'Connor. Fue él.

Quiero taparme los oídos y hacer ruidos sin sentido para bloquear lo que estoy escuchando. Un juez declarando abiertamente la culpabilidad de un hombre que aún está siendo juzgado es una violación ética masiva. No puedo escuchar esto. Si la gente se enterara de que un caso en el que estoy trabajando activamente está presidido por un juez parcial y yo lo sabía, estaría acabada.

—Deberías irte, Brendan. Esto no debería estar ocurriendo —mi tono tranquilo y uniforme me ayuda a sentirme centrada aunque ahora me siento totalmente fuera de control. La conmoción de tener a alguien en mi casa me ha alterado. Este edificio tiene protocolos de

seguridad adicionales. No tengo ni idea de cómo entró, y mucho menos de cómo lo hizo sin que nadie le viera.

—Me iré. Solo quería asegurarme de que estás bien —siento su mano sobre la mía en la isla de la cocina y no la aparto. Brendan es un buen hombre, un hombre amable. Ha sido como un padre para mí durante años, aunque mi padre en mi país natal no está muerto. Solo distante.

—Gracias por preocuparte por mí, pero deberías irte. No podemos permitir que nadie nos impida meter a estos cabrones entre rejas. No quiero arriesgarme a que este caso sea desestimado por un tecnicismo —saco mi mano de debajo de la suya, le doy unas palmaditas y trato de relajar los hombros.

—Tienes razón... Bueno, entonces, que pases una buena noche —el juez Callahan comienza a moverse hacia la puerta, y yo alcanzo el cajón detrás de mí para sacar una vela delgada y una cerilla. La enciendo, y antes de ver por dónde se fue, ya ha desaparecido.

La puerta sigue entreabierta, así que miro a ambos lados del pasillo, luego la cierro y la bloqueo. El resplandor es suficiente para que encuentre el camino a mi dormitorio y busque la caja de fusibles escondida detrás de una fila de trajes colgados en mi armario. La mayoría de los interruptores han sido desconectados, pero el de la cocina está activado. Podría haber encendido la luz en cualquier momento, pero no lo sabía.

Con las luces encendidas me siento más segura, aunque puede que duerma con ellas toda la noche después de esto. Apago la vela y la coloco en mi mesita de noche mientras empiezo a quitarme el traje.

El día me ha agotado. Siento ganas de servirme una copa de vino pero decido no hacerlo mientras me cambio a una camiseta y unos pantalones cortos sueltos para dormir. Querré tener la mente clara si algo así vuelve a ocurrir, y beber no es la mejor idea cuando estoy asustada, de todos modos. Solo empeora las pesadillas.

Me pongo un batín de noche y me escabullo a la cocina donde caliento algo de pasta sobrante de hace dos noches. El microondas gime y zumba mientras calienta mi cena, y oigo el timbre sonar segundos después de que el electrodoméstico anuncie que la comida está caliente.

Por un segundo miro enfurecida hacia la puerta, pensando que es Liam que ha venido a regañarme por su estúpido dispositivo de escucha dañado. Pero el miedo todavía flota en el aire a mi alrededor, ahogando mi buen juicio. Saco la comida del microondas y la remuevo con un tenedor, ignorando el timbre. Quienquiera que sea a estas horas de la noche no puede querer nada bueno, pero me acerco de puntillas a la puerta y uso la mirilla para echar un vistazo.

En el pasillo fuera de mi ático, Finn O'Rourke está de pie con una docena de rosas rosadas en la mano, mirando hacia el pasillo con curiosidad grabada en su rostro. Lleva un polo oscuro, una chaqueta de cuero oscura y vaqueros oscuros, un hombre de la noche que ha venido a sorprenderme, ¿para qué? ¿Romance?

Pienso en no abrir, simplemente dejarlo ahí parado con esas rosas preguntándose qué estoy haciendo. Pero solo saber que está aquí me hace sentir un poco más segura. Acabo de llevarme el susto de mi vida y mis manos todavía tiemblan. La única razón por la que estoy comiendo esta comida es para consolarme. Podría usar la presencia de alguien en quien confío. No es que confíe en Finn implícitamente, pero confío en que sea quien es: un mafioso con ética, como mínimo.

—¿Qué? —gruño mientras abro la puerta de golpe. El plato en mi mano está caliente, con vapor elevándose de los fideos cubiertos de salsa. Hundo un tenedor y me meto un bocado en la boca y él sonríe.

—¿Te he traído esto?

El regalo de un rey le abre camino... Algo que mi padre solía decir, y ahora estoy aprendiendo lo que significa.

—Pasa —gruño y le doy la espalda. Podría haber peores maneras de pasar mi noche. Si no acabo de joder mi caso por hablar directamente con el juez sobre ello, esto seguramente lo mandará a la mierda.

FINN

La expresión de fastidio en la cara de Siobhan solo me hace reír. La sigo hasta el apartamento y cierro con llave tras de mí. Sí, vine aquí para acostarme con ella, pero más importante aún, vine con más información para ella, y una advertencia. Esto se está volviendo mucho más peligroso ahora, y ni siquiera puedo decirle por qué. Aunque la información de Ronan nunca falla, así que estoy haciendo lo correcto al advertirle. Además, si la eliminan, tendremos que empezar de nuevo con un nuevo fiscal.

—Vaya recibimiento más encantador —El apartamento huele a colonia de hombre, lo que me hace preguntarme quién ha venido a visitarla. No es una fragancia que yo use jamás, ni lo haría. Huele a viejo, o a alguien que se baña en esa porquería en lugar de echarse un ligero toque.

—No he tenido el mejor día. ¿Qué quieres, Finn? —Siobhan menea su precioso trasero hasta el salón, y dejo las flores sobre la mesa de cristal al pasar. Sus pantalones cortos son holgados, apenas cubren la curva de su culo, así que ahí es donde se fijan mis ojos mientras camina. El recuerdo de ese culo en mis manos cuando follamos la última vez me viene a la mente, haciendo que mi polla empiece a endurecerse solo de pensar en enterrarme en ella otra vez.

—Tengo algunas noticias, quizás una advertencia —Ella rodea el sofá mientras hablo, y la sigo. Pero cuando se deja caer, yo permanezco

de pie, observándola devorar ese plato de pasta como si su vida dependiera de ello. Parece alterada, con la piel un poco pastosa y pálida, las manos temblando ligeramente. No creo haber causado este efecto en una mujer en años, pero quizás mi visita sorpresa la asustó. O tal vez hay otra razón para que esté tan nerviosa.

—Bueno, no te quedes ahí parado, joder, di algo —Me mira con el ceño fruncido, se mete otro bocado de comida en la boca y mastica ruidosamente mientras la estudio. Me pregunto qué le preocupa, pero quizás ya lo sé. Quizás ya han llegado a ella y llego demasiado tarde.

—Tenemos otro jugador en la partida —Mis ojos recorren la habitación aunque no sé qué estoy buscando. Algo se siente diferente ahora—. El Sindicato Doyle envió a esos dos hombres para atacarte. No estoy seguro de lo que pretendían hacer, pero fueron ellos —Ronan me llamó ayer para darme esta actualización. Cree que de alguna manera los Doyle tienen interés en este juego, que enviaron a hombres para asustarla y que luche con más fuerza para encerrar a Mick.

Tiene sentido que quieran asustarla, y Mick nunca contrataría un ataque contra un fiscal mientras está siendo juzgado. No es tan estúpido. Así que los Doyle insistiendo en que Mick sea procesado, llegando al punto de asustar al fiscal... bueno, me lleva a pensar que están detrás de esta trampa.

—Fueron los hombres de O'Connor, Finn —Siobhan no parece impresionada mientras habla—. Mi amigo el detective Kearney ya lo investigó —Pone los ojos en blanco como si yo fuera estúpido, pero sé lo que Ro me dijo y él nunca se equivoca. Conoce esta ciudad mejor que nadie, tiene oídos en tantos lugares que no tiene gracia. Así que, ¿quién le está mintiendo a este detective? ¿O es él quien le miente a Siobhan?

—Muy bien, solo quería que supieras que no estás a salvo. O'Connor o Doyle, van a por ti —No sé ni por qué me importa. Es un buen polvo y es el objetivo que necesito manipular para conseguir lo que

quiero, pero aparte de eso, si le cortaran su bonito cuellecito, ni debería prestarle atención. Pero me importa. Maldita sea, me fastidia.

—Puedo cuidar de mí misma —dice secamente, pero se le corta la respiración y se aclara la garganta. La comida ha desaparecido, pero se aferra al cuenco como si fuera un arma. Algo realmente la ha asustado esta noche. Que no haya vino significa que está intentando mantenerse alerta. Que no tenga ningún arma a la vista significa que está intentando demostrarse a sí misma que no está asustada. Pero está a la defensiva, sentada con su cuerpo protegido, encorvada sobre ese cuenco.

—¿Estás bien? —pregunto, y ella me fulmina con la mirada.

—Tengo a un jodido mafioso en mi casa. ¿Se supone que debo estar bien? —Su lengua muerde, pero sus ojos son suaves. Su comportamiento me confunde, pero mi instinto me dice que probablemente no voy a conseguir lo que vine a buscar.

—Estaba intentando ser amable, mujer. No tengo por qué estar aquí advirtiéndote. No tengo por qué prestarte atención. Podríamos destrozar esa maldita prisión y sacar a Mick si quisiéramos, pero estamos intentando hacer esto de la manera correcta porque Aiden merece justicia, y destrozar todo solo haría que Mick pareciera más culpable —Me paso una mano por el pelo y me dirijo pisando fuerte hacia la puerta, y ella se levanta de golpe del sofá y me lanza el cuenco. Esta vez, aunque golpea la misma pared que el cristal roto que limpié, no se rompe. Tiene un verdadero problema con eso.

—¡Bien, lárgate! —grita, y me doy la vuelta.

—¿Cuál es tu problema, joder? Vine aquí para ser amable contigo —Espero verla enfadada, rabiosa y desesperada por que me largue de su apartamento, pero está temblando, con los brazos alrededor de su cintura empujando sus tetas hacia delante. Se ve pequeña y asustada, y mi instinto es correr hacia ella y hacer que no se sienta así.

—Vete —dice con voz entrecortada, pero ahora no puedo. No después de haber visto esto.

—Sib, ¿qué ocurre? —Doy un paso hacia ella y se tensa—. ¿Alguien te ha hecho daño? —Mis ojos recorren el lugar otra vez. Sé que algo no encaja—. ¿Siguen aquí? —pregunto en un susurro, y ella corre hacia mí, lanzando sus brazos a mi alrededor mientras las lágrimas se le escapan.

La abrazo, acariciando su pelo oscuro por la espalda. Sujeto su cabeza contra mi hombro, su cintura contra mi pecho, y la sostengo mientras tiembla—. Eh, ¿qué ha pasado?

—Fue... Bueno, no puedo decir quién era, pero entró. Estaba en mi jodida casa cuando llegué. Este lugar es seguro. —Se aparta y me mira fijamente, pero sus manos descansan sobre mis bíceps. Mi pecho también late con fuerza ahora, la adrenalina bombea preparándome para luchar, pero me digo a mí mismo que me calme.

—¿Quién entró, Sib? ¿Quién era? —La agarro por los brazos y la sacudo suavemente, pero ella aparta la mirada.

—No era alguien peligroso, eso es todo lo que puedo decir. —Su labio se retuerce entre sus dientes y yo niego con la cabeza. Está protegiendo a alguien.

—¿Y estás asustada porque...? —Lo único que puedo pensar es que esta persona la está amenazando, y ella tiene demasiado miedo para decírmelo, quizás por temor a que le hagan daño si lo hace.

—Porque si esta persona puede entrar en mi apartamento, cualquiera puede. —Los ojos de Siobhan se giran para mirarme, y veo el terror. Conozco muy bien esa sensación, escondido bajo la cama de mis padres, mirando los pies que pasan mientras los hombres que irrumpieron en nuestra casa para dañar a mi familia registran nuestras cosas. Es normal en mi mundo, pero no en el suyo.

—Oye, estoy aquí... Shh. —La atraigo de nuevo hacia mí, y ella se relaja en mis brazos. Es una luchadora, su cuerpo rígido por la tensión y lista para correr si es necesario, pero me deja abrazarla. Esto es una mierda. Odio verla tan aterrorizada, y se supone que debo estar listo para cortarle el cuello o algo así si no juega según nuestras reglas. ¿Qué demonios le diré a Ronan? ¿Que me estoy enamorando de la fiscal? No puedo permitir que esto suceda, pero está sucediendo de todos modos y no quiero detenerlo.

—Por favor, no te vayas. No esta noche. Por favor, quédate conmigo —suplica Siobhan, y no tengo intención de irme.

—Me quedaré —le digo, y aparto su cabeza y acerco sus labios a los míos suavemente. Luego me separo para que nuestras miradas se encuentren. Sabe a salsa de pasta, dulce y ácida, y quiero más.

—Gracias —dice ella, con una voz tan tímida que me pregunto si ella misma aprueba esas palabras. Esto tampoco puede ser bueno para el caso de Mick: que la vean con un criminal asociado con el hombre al que está acusando de asesinato. Si el juez desestima el caso porque se está acostando conmigo, tendré que volver a la mesa de dibujo sobre cómo sacar a Mick del apuro mientras preservo el caso para que puedan encontrar al verdadero asesino de Aiden.

Siobhan estudia mis ojos a pocos centímetros, parpadeando rápidamente. —¿Por qué te importa? ¿Por qué estás aquí, Finn? — Sus manos permanecen en mis brazos, deslizándose lentamente hasta mis hombros, donde se enganchan alrededor de mi cuello y juguetean con el pelo de mi nuca.

—¿Por qué hace alguien cualquier cosa? —Está tan cerca que puedo oler el aroma persistente de su champú, algo con coco o manteca de karité. Es tenue, pero es un buen olor.

—No, te estoy preguntando por qué estás tú. —Sus uñas raspan la parte posterior de mi cuello, e incluso yo cuestiono mi motivo. Se supone que debo ablandarla, atraerla a mi red para forzar su vulnerabilidad y exigir que haga las cosas a mi manera. A estas

alturas, ella podría simplemente recusarse y acabar con todo, y no habría forma de que yo la chantajeara. No estoy haciendo nada más que divertirme.

—Estoy aquí... —empiezo, pero no tengo palabras. Esta mujer me hace querer ser honesto—. Estoy aquí porque me pediste que me quedara. —Es todo lo que puedo decir porque la verdad es que estoy aquí porque ella me hace algo. Me tiene agarrado por los huevos.

—¿Y? —pregunta, lamiéndose el labio inferior.

—Y quiero acostarme contigo, quizás más que eso. Tal vez soy un hombre necio atrapado en la red de la Viuda Negra, listo para ser desangrado, pero quiero estar aquí porque quiero estar aquí. —La atraigo contra mi boca en un beso aplastante al que no se resiste.

El beso es abrasador, uniendo nuestros labios mientras nuestros cuerpos comienzan a moverse hacia el sofá. Sus manos están en mi cinturón ahora, trabajando para liberarme de la prisión de mi ropa mientras yo le bajo los shorts hasta la mitad del muslo y encuentro su centro goteando. Mi polla dura como una roca está pulsando, la piel tan tensa que parece que se abrirá si me hincho más. Necesito estar dentro de ella para aliviar el ardor.

—Cristo, mujer. Estás deseándolo —murmuro contra su oreja antes de quitarle la camiseta y alcanzar su espalda para desabrochar su sujetador. Sus pechos quedan libres, llenos y pesados con pezones pequeños y oscuros que se endurecen bajo mi escrutinio. Ella respira pesadamente ahora, mordiéndose el labio como si tratara de mantener el silencio, y no puedo evitar sonreír ante la deliciosa paradoja de todo esto.

—¿Quieres que te folle, Siobhan? —La mirada que me da es puro fuego y lujuria. Bebo y absorbo la mirada entornada que me dirige. Esta mujer es embriagadora y hace que mi corazón lata con fuerza.

—Sí —exhala con un suspiro tembloroso, y sonrío mientras la empujo contra el sofá. Ha conseguido desabrocharme los pantalones, pero tengo que desenfundarme. Me arranco la camisa, arrojándola, luego me bajo los pantalones de un tirón y los pateo junto con mis zapatos. Ella me observa mientras se quita los shorts y las bragas el resto del camino antes de que me arrodille entre sus rodillas.

—Dilo otra vez, más alto esta vez —gruño en su coño mientras lamo con avidez sus pliegues. Sabe a cielo e infierno, salada y oh, tan dulce.

—¡Finn! —Jadea mi nombre mientras su cabeza se echa hacia atrás, y yo sonrío. Ella clava las uñas en mis hombros, desgarrando mi carne bajo la fuerza de todo esto.

—Finn, por favor —suplica.

—¿Por favor qué? ¿Quieres que te folle? ¿Quieres que folle este coñito apretado hasta que grites mi nombre, Sib?

—Sí, por favor —gime, levantándose hacia mi cara mientras agarro sus caderas y la atraigo más fuerte contra mi boca. Sabe aún mejor de lo que imaginaba.

—Dilo otra vez —gruño, mordisqueando su coño en señal de advertencia—. Dilo.

—¡Quiero que me folles, Finn. Por favor! —Sus ojos están vidriosos por la excitación mientras empujo dos dedos en su núcleo y acaricio el manojo de nervios que la hace sacudirse y estremecerse. Su agarre en mis hombros se intensifica, y succiono su clítoris como una pajita, bebiendo sus jugos.

Siobhan se deshace alrededor de mis dedos, gritando contra el sofá mientras sus jugos inundan mi cara. Su rostro está sonrojado y su expresión es de puro placer mezclado con un toque de dolor. Su cuerpo está cubierto por un brillo de sudor, su pelo se adhiere a su frente. Su cuerpo se retuerce y se sacude, los nudillos se vuelven

blancos por la fuerza de su agarre. Su coño pulsa y me encanta, la forma en que pierde el control conmigo.

Lamo cada gota de su humedad, observando cómo sus rasgos se contraen de placer antes de enderezarme sobre mis rodillas y enfundarme en un movimiento sorprendentemente largo que arranca un jadeo de sus labios.

—Dios, se siente maravilloso —gruño, mordiendo la columna de su cuello mientras empiezo a moverme, con embestidas largas y lentas al principio que aumentan en fervor hasta que encontramos un ritmo que nos complace a ambos—. ¿Te gusta ser mi juguete sexual? —logro gruñir mientras su sexo se aprieta a mi alrededor, pero ella no me responde con palabras. En su lugar, envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y me atrae hacia ella, obligándome a penetrarla más profundo y más fuerte hasta que el sofá cruje bajo nuestro peso combinado.

Mi mano desciende con fuerza sobre su muslo exterior y ella jadea, apretándose con fuerza a mi alrededor mientras lo hace. —Joder —gruñe, y sus uñas se clavan en mi trasero para atraerme más profundamente.

Es todo calor resbaladizo y fuego debajo de mí mientras sus uñas dejan marcas rojas de ira en mi espalda, pero maldita sea si no se siente bien cuando tiene otro orgasmo. Es todo lo que puedo hacer para no perder la cabeza junto con ella cuando un placer blanco y ardiente me recorre como un relámpago cuando se aprieta alrededor de mi polla lo suficientemente fuerte como para empujarme justo al límite.

Se convulsiona y se sacude, cayendo hacia atrás en el sofá, y siento cada espasmo de su sexo envuelto alrededor de mi miembro. Sus pechos rebotan, sus brazos caen inertes a los costados, y sus ojos se ponen en blanco mientras gruñidos guturales de éxtasis escapan de sus labios. Mi boca se hace agua ante la visión de ella retorciéndose y convulsionando. Sus caderas embisten contra las mías, y puedo saborear la anticipación y la excitación en mi lengua.

Cuando se queda quieta, me retiro y la agarro por el brazo, dándole la vuelta. Está lánguida y dócil, cediendo a mis movimientos. Así que la ayudo a ponerse de pie, obligándola a arrodillarse en el cojín del sofá y a inclinarse sobre el respaldo. La abro, mirando hacia abajo su trasero mientras me acaricio. Estoy cerca.

Mi pulgar presiona contra su entrada estrecha, observando cómo los músculos se contraen contra mi presión. Está lo suficientemente húmeda como para que no necesite lubricante mientras alinea mi polla con su grueso anillo de músculos y empujo hacia adentro, haciendo que jadee de dolor mezclado con placer.

—Mierda, está caliente —gruño mientras empujo en su trasero.

Sus manos están apoyadas en los cojines mientras comienzo a entrar y salir de ella, su trasero se mueve con mi movimiento y se aprieta a mi alrededor al ritmo de sus gemidos. Mi polla engrosada entra y sale de su estrecho canal como un pistón, cada embestida se vuelve más agresiva que la anterior. Ella gime un quejido, retorciéndose y arqueando la espalda pero forzando sus caderas hacia atrás contra mí. Es caliente, erótico, y no puedo tener suficiente, incluso cuando le doy una palmada en el trasero más fuerte que nunca.

—Jesús, joder —gruño, creciendo mi lujuria. Mi mano encuentra su clítoris, frotándolo más rápido y más fuerte hasta que Siobhan está llegando alrededor de mi polla una vez más. El apretamiento adicional es todo lo que se necesita, y erupciono profundamente dentro de ella, vaciándome con un gruñido.

Mi polla pulsa mientras ella continúa estremeciéndose, y cuando me retiro, ella se desploma en el sofá, acurrucada en posición fetal de lado. Su respiración coincide con la mía, pesada y trabajosa, y me quedo allí por un momento viéndola recuperarse, admirando su piel perfecta y sedosa.

Me dirijo a su baño, me lavo la polla y las manos. Se me queda flácida mientras regreso para buscar mi ropa, que ella tiene en sus

manos. Está posada en el borde del sofá con una expresión seria.

—Necesito eso —le digo, pero ella abraza mi ropa contra su pecho.

—Quédate conmigo. No me siento segura. Te quiero aquí.

—Sí, vale —le digo mientras me siento junto a ella.

Siobhan suelta mi ropa y se acurruca contra mí mientras pongo un brazo a su alrededor. Ella hunde su cara en mi pecho y nos recostamos en el sofá para que pueda abrazarla. Mi corazón todavía está acelerado. El suyo también, pero mi respiración está casi de vuelta a la normalidad. Fue increíble, pero aún más lo es este momento.

—Era el juez —susurra, pero lo capto. Me está confesando quién vino aquí, la persona en su apartamento cuando llegó a casa.

—¿Qué quería? —Mi mente ya está trabajando. ¿Qué demonios estaría haciendo un juez penal visitando la casa de la fiscal de uno de sus juicios? ¿Está buscando un juicio nulo? No... está implicado de alguna manera. Simplemente lo sé.

—Somos amigos. Estaba aquí para advertirme. ¿Crees que debería conseguir seguridad? —Su pregunta queda en el aire mientras me pierdo en mis pensamientos por un momento y decido que sí, debería.

Mi brazo se aprieta a su alrededor. —Te ayudaré con eso.

—Esto no puede salir a la luz, Finn. Nadie puede saber que esto... esta cosa entre nosotros está sucediendo. —Siobhan me mira, y beso su frente.

—De ninguna manera le diré a nadie. —Excepto a Ronan... Porque si el juez está implicado de alguna manera, tenemos un nuevo problema que enfrentar. Fuerzas mayores están tratando de enterrar a Mick, y eso significa que vendrán por nosotros después.

SIOBHAN

Me mantengo de pie detrás de mi mesa mientras Mick O'Connor se levanta y se alisa la corbata contra el pecho mientras camina hacia el estrado de los testigos. El funcionario judicial le toma juramento, pero estoy temblando. El hombre es intimidante. Ha dirigido todo su imperio durante años sin que nadie en esta ciudad sospechara nada, quizás porque normalmente lleva un juego limpio. Ni un solo asesinato o robo ha sido denunciado en su familia hasta ahora. Por lo general, se limita a las armas y las drogas.

Mientras se sienta, me acerco a él. Han pasado semanas desde que comenzó este juicio y me quedan solo unos pocos testigos. El testimonio de Ronan O'Rourke como uno de los aliados más fieles de Mick fue muy perjudicial. O'Rourke pintó a O'Connor como nada más que un ciudadano modelo, tal como lo ve toda esta ciudad, pero tengo pruebas que dicen lo contrario.

Hoy, Mick debe salir de este apuro porque tengo una bomba que está a punto de estallar y no le va a gustar ni un poco. Tomo mi declaración jurada, escrita por la única persona en el mundo que puede revelar la mentira que Mick ha estado contando, y me coloco frente a él.

—Buenas tardes, señor O'Connor, ¿cómo se encuentra? —El papel aletea con la brisa que provoco al colocarme, y Mick lo mira fijamente.

—Bien —dice fríamente. Parece cansado, incluso demacrado. La mayoría de los acusados lo están en este punto, meses después de iniciado su juicio y en custodia. Probablemente no esté comiendo bien, ni durmiendo adecuadamente. Echa de menos a su familia y está desesperado por hacer cualquier cosa. A estas alturas, algunos se quiebran, pero él es un mentiroso experimentado como el resto de sus aliados.

—Muy bien. —Suspiro y miro al juez, todavía sintiendo escalofríos por su visita improvisada de la semana pasada—. Bueno, tengo algunas preguntas para usted, si no le importa. —Mis entrañas tiemblan como gelatina. Las cosas se van a poner tensas aquí en solo unos minutos, y no puedo decir que me gustaría estar en el lugar de su esposa cuando salga esta noticia.

—Vaya al grano —dice Quinn desde su lugar detrás de su mesa, y el juez Callahan lo mira enfadado pero no dice nada.

—Señor O'Connor —empiezo—, ¿asesinó usted a sangre fría a Aiden Hughes la noche del veinte de abril?

—No lo hice. —Su mirada fría y calculadora no está dirigida a mí, pero no me doy la vuelta para ver a quién está mirando.

—Señor O'Connor, permítame recordarle que está bajo juramento.

—No maté a ese hombre. —Ahora sus ojos están fijos en mí.

—¿Y estaba usted en la residencia, trescientos veintitrés de Portsmouth Road esa noche? —Tengo una huella que coincide con su bota, empapada en barro de su granja para demostrar que estuvo allí, pero sé que de todos modos mentirá.

—No estuve, ni he estado nunca en ese lugar. —Los ojos de Mick son negros como el carbón, estudiando peligrosamente mi rostro.

—Señor O'Connor, ¿estuvo usted en el pub conocido solamente como 'The Pub' por los lugareños, ubicado en Drury Lane, la noche del veinte de abril como afirma en su declaración escrita jurada? —

La emoción recorre mi columna mientras me mira directamente a los ojos y miente otra vez.

—Estuve, y tengo varios miembros de mi familia como testigos para probarlo. —Es un alma despreciable, merecedora de las fosas del infierno, y mi jurado está a punto de escuchar por qué. Se inclinan hacia delante en sus sillas esperando mientras camino hacia el juez y le entrego una carta jurada a mí por mi testigo muy reticente.

—Señoría, me gustaría presentar como prueba esta carta, notariada y jurada por un testigo que prefiere mantenerse en el anonimato por ahora. —Un testigo que Liam encontró para mí, aunque yo misma hablé con ella—. Y le seguirá una grabación de vídeo en breve. —Me vuelvo hacia Mick y sonrío con suficiencia mientras camino de regreso para estar frente a él. Ahora parece pálido, el color desapareciendo de su piel.

—Permítame preguntarle de nuevo, señor O'Connor, ¿estuvo usted en The Pub la noche en cuestión? —Lo miro fijamente, lista para atacar mientras él no dice nada. No hay nada que pueda decir, así que continúo antes de que intente mentir para salir de esto—. ¿Conoce a una mujer llamada Miriam Flaherty?

—No la conozco —logra decir con dificultad, pero su postura se está marchitando.

—Probablemente la conozca mejor por el nombre de 'Candy Star', una prostituta del distrito rojo. ¿Conoce a la señorita Candy Star, señor O'Connor?

—Protesto, Señoría, está afirmando hechos que no constan en las pruebas. —La objeción de Quinn es débil. Tendré un vídeo producido por la señorita Star en menos de dos horas en mi escritorio y él no tendrá ningún fundamento para la defensa entonces.

—Denegada, señor Quinn. Señor O'Connor, responderá a la pregunta. —El juez Callahan entrecierra los ojos como si esperara a que Mick responda, con curiosidad e intriga en su mirada.

—He conocido a la señorita Star una vez. —Surgen jadeos en la sala del tribunal, pero mantengo mi mirada en el acusado. No quiero perderme esto en absoluto.

—¿Es cierto que la noche del veinte de abril estaba usted en el apartamento de la señorita Star teniendo relaciones sexuales con ella, y que ella produjo una cinta de vídeo pornográfico de este evento? —Se producen más jadeos, y escucho sollozos, presumiblemente de la esposa o hija de Mick. Puedo imaginar cómo le está doliendo, pero su marido es un asesino. Es inevitable que salgan a la luz más verdades duras sobre él.

Mick se frota la frente, luego se masajea el puente de la nariz unos segundos antes de dejar que sus hombros se hundan por completo. —Brennan, tienes que entender... Por favor... —Se estira hacia la parte trasera de la sala mientras escucho a gente apresurándose. Me giro para ver a la esposa de Mick saliendo corriendo de la sala sollozando y luego oigo el martillo golpeando sobre la base. He dado en el blanco.

—Responda a la pregunta, señor O'Connor —repito mientras camino de regreso a mi mesa.

—¡Sí, vale! ¡Me la follé! —Mick está de pie ahora, y el juez Callahan está golpeando sin piedad con el martillo.

—¡Orden en la sala! —grita y mira furioso a las personas que parlotean como colegialas chismosas.

—Señoría, solicito un receso —exige Quinn—. Tenemos que comprobar la nueva coartada. —Me siento felizmente detrás de mi mesa sabiendo el oro que he desenterrado. El apartamento de la Srta. Star está a menos de dos manzanas de la casa del acusado. Le da tiempo de sobra para haberse follado a la puta, haber estado en la escena para asesinar al hombre, y volver a casa antes de que nadie se enterara. Y no podría haberlo hecho sin Liam.

El juez, feliz de conceder la solicitud de receso, despeja la sala por el día. Recojo mis cosas y busco a Finn con la mirada, pero hoy no está aquí. Es mejor así porque estar cerca de él me hace sentir y pensar cosas que no debería. Estar en sus brazos de nuevo la semana pasada me dejó muy claro que he cruzado otra línea más. Estoy desarrollando sentimientos por él y es un territorio peligroso. Quizás él también se da cuenta y por eso no está aquí.

Con mis cosas en mano, salgo por la entrada principal del juzgado, dispuesta a parar un taxi. Compruebo la hora en mi móvil. Es temprano hoy. Quizás Finn estará libre para cenar y podamos hacer algo además de tener sexo por una vez. O tal vez cenaré sola y me acostaré viendo reposiciones de mis viejas series policíacas favoritas.

Es un buen día, aunque me siento un poco más cansada de lo normal. Espero en la acera, observando cómo Quinn y algunos familiares del fallecido se marchan en sus coches, cuando oigo el chirrido de unos neumáticos y giro la cabeza bruscamente. Hay un coche acelerando por la calle a toda velocidad, serpenteando erráticamente y moviéndose de un lado a otro.

Mi instinto natural es alejarme del bordillo donde espero, pero cuando suenan los disparos, no hay tiempo. Caigo de rodillas y me cubro las orejas, dejando caer todo y despellejándome las rodillas. Suenan tantos disparos mientras me pego al cemento y me hago un ovillo. La gente está gritando y corriendo. Oigo cómo algunas de las balas impactan en los laterales de los coches aparcados o rebotan en las escaleras del juzgado, pero me quedo ahí en un tembloroso ovillo.

Cuando terminan los disparos, unas manos fuertes me levantan de un tirón y unos brazos me rodean. Tengo los ojos fuertemente cerrados, con ruidos ininteligibles saliendo de mi boca, y todo lo que puedo pensar es gracias a Dios que Finn está aquí. Pero no huele como él, y no se sienten como sus brazos.

Abriendo los ojos con dificultad, oigo: —Shh, está bien. —Mi visión está un poco borrosa por la adrenalina, pero veo a Liam inclinado

sobre mí, guiándome como si estuviera conduciendo una oveja hacia su coche—. Entra... Tenemos que sacarte de aquí. —Abre la puerta de su patrulla y me empuja dentro, luego recoge mis cosas de la acera.

Presiono una mano contra el cristal, sintiendo que las lágrimas se acumulan y fluyen libremente. ¿Qué demonios acaba de pasar? ¿Y dónde estaba Finn cuando le necesitaba?

FINN

Ronan y yo hojeamos las imágenes que tomé de los expedientes judiciales de Siobhan mientras dormía. No puedo decir que me sienta culpable por husmear en su maletín mientras ella dormía la otra noche porque no lo estoy. Esto es la guerra y mi amigo está siendo juzgado por un asesinato que podría enviarlo a prisión de por vida. Necesito saber qué tiene la fiscalía contra él, y revisar sus cosas era la única manera. Ella jamás lo habría revelado voluntariamente.

—Parece que tienen un testigo dispuesto a declarar que vio a Mick matar a Aiden a sangre fría —dice Ronan, entornando los ojos para leer la letra pequeña en la pantalla del ordenador. Hice lo mejor que pude con el tiempo limitado, pero basándome en lo que interpreto de la imagen borrosa, creo que tiene razón.

—Sarah Duncan... —digo el nombre distraídamente y me froto la cara con ambas manos. Confío plenamente en Mick cuando dice que no mató a Aiden. Como miembro de nuestra familia tanto de palabra como por sangre —ahora unido en matrimonio por el casamiento de su hija con mi hermano—, Mick nunca nos traicionaría. Aiden era la mano derecha de Ronan.

—Sí, bueno, tenemos que encontrar a la señorita Duncan y averiguar quién le ha pagado, porque no hay manera de que Mick realmente haya hecho esto. —Ronan cierra el portátil y se recuesta en el sofá

de cuero. Su esposa, Maeve, trae una bandeja con tazas, una tetera, unos terrones de azúcar y un scone en cada uno de los dos platos, y la coloca sobre la mesa.

—Gracias, cariño —dice él, y ella sonríe educadamente.

—¿Alguna novedad? —Maeve no está aquí para entrometerse. Realmente se preocupa. Recibimos noticias anteriormente de que la hija de Mick está en la consulta del médico. Su parto ha comenzado, y toda la familia espera con impaciencia noticias de mi hermano Declan.

—Nada sobre Isla, no. —Después del impacto en el juicio de hoy, al descubrir que su padre era un canalla infiel, Isla ha pasado mucho tiempo con su madre. No es de extrañar que el estrés de todo esto la haya puesto de parto. Suspiro y asiento hacia el plato—. Gracias por el té, de todas formas.

—Avisadme si sabéis algo. —Maeve sale de la habitación, y vuelvo a mirar el té que Ronan está preparando, pero mi estómago no va a calmarse lo suficiente como para tomar té y bollos. Nuestro hombre está luchando por su vida, y ahora Siobhan acaba de demostrar que no estaba donde todos dijimos que estaba aquella noche. Le pagamos buen dinero a esa fulana para que mantuviera la boca cerrada, pero alguien llegó a ella. Tenían que haberlo hecho. Probablemente, la misma gente que llegó a esta señora Duncan.

—Encuéntrala y averigua quién la está presionando para que hable. —La mirada acerada de Ronan se centra en mí, y yo le asiento mientras mi teléfono suena. Es un mensaje de texto, así que lo saco para ver de quién es.

—Joder —gruño mientras leo la vista previa del mensaje de Siobhan en la pantalla de mi móvil.

Siobhan 16:12: Me han disparado.

La ira me invade y cierro los ojos, furioso conmigo mismo por no haber ido al tribunal hoy. Debería haberlo hecho, pero recuperar

estas imágenes almacenadas en nuestro servidor para mantenerlas a salvo y revisarlas con Ronan era más importante que cualquier cosa que la defensa pudiera sacar del testimonio de Mick. De todos modos, el daño ya estaba hecho por el interrogatorio de Siobhan hoy.

—¿Qué ocurre? —Ronan sorbe su té, y yo abro mi teléfono y escribo algunas palabras clave, para encontrar noticias instantáneas.

—Tiroteo desde un coche en el juzgado hoy después del juicio. No hay heridos, pero sospechan de los hombres de Mick. Malditos idiotas. —Esta vez, no descarto que hayan sido ellos. Me levanto, guardando mi teléfono mientras Ronan abre el suyo y comienza a buscar. Si fueron los hombres de Mick, tendrá unas palabras con ellos. No podemos permitirnos errores ahora mismo, y eso es lo que es esto—. Tengo que irme.

—¿De vuelta con la guapa fiscal? —pregunta, y tengo la sensación de que se da cuenta de que hay algo más pasando ahí.

—El deber llama, jefe. —Le guiño un ojo y me marcho. Momentos como este pueden hacer o deshacer un plan, pero también pueden hacer o deshacer una relación. A Siobhan le acaban de disparar y yo no estaba allí. Probablemente sea algo bueno, sinceramente, porque habría visto con seguridad si eran los hombres de Mick, y tendríamos una guerra dentro de nuestra familia.

Tal como están las cosas, me preocupa que ella abandone este caso. Sé que puedo presionarla y conseguir que retire algunos de esos cargos por mí. Lo que no puedo hacer es empezar de nuevo con un nuevo fiscal, especialmente no con su jefe, ese bestia de hombre que casi me encierra antes.

Cuando llego al ático de Siobhan, lo único en lo que puedo pensar es en ese testigo que dice haber visto a Mick matar a Aiden. Tengo que encontrarlos y poner fin a eso antes de que ella los llame como testigos. Veo un coche de policía aparcado fuera, así que no entro inmediatamente. Aparco afuera y espero un rato. Un hombre de

cabello rubio pulcro y un bigote bien recortado sale y sube al coche, luego se marcha, y sé que el camino está despejado.

Siobhan abre la puerta e hipa. Está un poco borracha y parece un desastre. Tiene el pelo revuelto, el rímel corrido en las mejillas. Me echa los brazos alrededor antes de que esté completamente dentro y se aferra a mí.

La tomo en mis brazos y la llevo al sofá donde me siento, colocándola en mi regazo. Quiero preguntarle sobre el policía, pero a juzgar por cómo está actuando, tan feliz de verme, no hay nada entre ellos. Probablemente la trajo a casa por precaución, lo cual agradezco. Le dije que yo sería la seguridad que necesita, pero he fallado.

—Dios mío, fue horrible —balbucea, y por la forma en que se deja caer sobre mi pecho, sé que ha bebido más de lo saludable.

—He pasado por eso... Cuéntame. —Quiero saber cuánto ha visto, pero también quiero asegurarme de que está bien. Está viva, así que mi mayor preocupación ya no existe.

—Solo estaba esperando un taxi y este gran sedán apareció de la nada disparando a todo el mundo. Liam me metió en su coche y me llevó a casa, pero tuve que dar una declaración jurada. Creen que fue O'Connor. ¿Por qué haría esto? —Sigue temblando a pesar del vino en su sistema. Veo la botella en la mesa junto a las copas vacías.

—¿Cuánto has bebido? —Le pongo una mano en la frente y ella la aparta.

—Soy una adulta, Finn. No necesito un padre. —Siobhan intenta alcanzar la botella y yo se la arrebato.

—Tranquilízate. Estás a salvo ahora. Estoy aquí. —Dejo la botella fuera de su alcance y la sujeto en mi regazo con los brazos firmemente alrededor de su cintura—. Siento que hayas tenido que pasar por esto.

Desearía poder calmarla, pero no estoy aquí solo para ayudarla a sentirse segura. Debo recordar mi propósito mayor. Tenemos que evitar que Mick sea encarcelado por algo que no hizo, y necesitamos encontrar al verdadero asesino de Aiden.

Siobhan parece molesta por mi comentario y se inclina para besarme. El beso es torpe, está borracha, se está lanzando sobre mí. No soy un hombre que desanime los avances sexuales de una mujer hermosa como ella, pero hay cosas más importantes que simplemente follar. Tengo que preguntarle sobre ese testigo que planea llamar esta semana. Necesito saber cómo se enteró de su existencia.

Aun así, le sigo el juego por un rato, besándonos, agarrándole las tetas un par de veces. Ella tiene la mano dentro de mis pantalones, agarrándome la polla, cuando me aparto. Es evidente que ha bebido mucho, y si me la follo primero, empezará a despejarse. Quizá preguntarle sobre esto mientras está borracha sea la mejor manera de abordarlo.

—Sib —digo, protestando por sus caricias. Le rodeo la muñeca con mi mano y le saco la mano de mis pantalones—. Sib, necesito preguntarte sobre tu testigo estrella.

—¿Qué? No —jadea, reclamando mi boca de nuevo. Su mano se enreda en mi pelo, y mi polla palpita pidiendo atención, pero Ro me mataría si no aprovecho esta situación.

Me hundo más en el sofá mientras ella se gira y se sienta a horcajadas sobre mí, abriendo la parte delantera de su camisa para revelar sus tetas perfectas y redondas. Quiero lanzarme. Mi verga grita por deslizarse entre su escote, pero ella sigue besándome y tengo que apartarla.

—Sib, por favor. Necesito saber cómo encontraste al testigo estrella. Sarah Duncan... ¿Dónde la conociste?

El pecho de Siobhan se agita, sus tetas empujando hacia mi cara con cada respiración, y me mira con ojos entornados. Está demasiado borracha para follar, de todos modos. Se desmayará antes de que esto siquiera empiece. Necesito respuestas, así que le agarro la barbilla y la obligo a mirarme a los ojos.

—Dímelo, por favor. Tengo que salvar a mi amigo. —Solo espero que entienda que solo quiero lo mejor. Quiero la verdad tanto como ella, incluso si fue Mick. Ro lo matará si fue él, pero no creo que lo fuera.

—Maldito cabrón —gruñe, apartándose de mí.

—¿Viniste aquí para sonsacarme información? ¡Acaban de dispararme! —Siobhan se pone de pie bruscamente, tambaleándose, y camina hacia la puerta con la camisa aún abierta—. Fuera —balbucea antes de que yo esté completamente levantado. Mi polla sigue palpitando, y ahora me siento como un idiota.

—Siobhan, por favor. Ambos queremos la verdad. —Me acerco a ella e intento aproximarme, pero ella retrocede contra la pared—. La otra noche, dijiste que podíamos hacer esto, solo mantenerlo en secreto. Que nadie podía enterarse de lo nuestro.

—Fuera —repite, pero esta vez aún más arrastrado. No sé si siquiera es consciente de lo que está haciendo.

—Bien, pero enviaré a alguien para vigilar tu apartamento. —Le limpio un poco de humedad del labio por nuestros besos y ella parpadea lentamente. Ni siquiera puede mantenerse derecha. Sus tetas son tan perfectas, no quiero dejarla expuesta así, así que salgo al pasillo, aceptando mi derrota, y envío un mensaje a mi mano derecha, Noah, para que vigile el edificio mientras camino hacia el ascensor.

Ahora tengo que ir a buscar a Sarah Duncan, porque puede ser la única manera de impedir que Siobhan condene a Mick al exilio. Es muy posible que acabe de acabar con cualquier esperanza que tuviera con Siobhan.

SIOBHAN

Hoy hace un calor sofocante. La camisa de vestir azul claro de Liam muestra manchas de sudor bajo las axilas, no demasiado evidentes, pero suficientes para despertar la simpatía de los miembros del jurado, que se abanican en sus asientos. Las ventanas están abiertas, el aire acondicionado ya apagado para el verano, e incluso el juez Callahan tiene gotas de sudor en la frente mientras yo camino de un lado a otro frente al estrado de los testigos.

—Detective Kearney, ¿podría explicar qué encontró en la casa de Portsmouth Road? —El testimonio de Liam ya está causando un gran impacto. La Garda descubrió numerosas pistas, principalmente pruebas muy importantes que demuestran que se había cometido un asesinato, pero fue Liam quien me trajo la huella incriminatoria y el arma. Más recientemente, presentó una única gota de ADN de un trozo de alfombra cortado junto a la víctima, pasado por alto en la búsqueda original y descartado como sangre de la víctima.

—Bueno —comienza, aflojándose la corbata mientras se pasa un pañuelo por la frente—, fui a la casa la noche del cuatro de agosto, como escribí en mi declaración jurada. Tenía una corazonada de que habíamos pasado algo importante por alto, así que volví. Fue cuando encontré la huella registrada como prueba, dejada por la bota del acusado. Comprobamos la muestra de tierra de la huella que coincide con las botas del acusado que le requisamos durante su

detención, y es una coincidencia del cien por cien con el barro recogido en la granja de O'Connor.

Hoy el jurado está cautivado, comiendo de mi mano, y sé que están deseando más detalles jugosos. Después de los fracasos que he tenido con los testigos, hoy es mi oportunidad de brillar. Conozco la estrategia del procurador Quinn, intentar desacreditar mis pruebas, pero ¿cómo puede enfrentarse a un detective de la Garda uniformado?

—¿Así que las botas que le confiscaron al acusado tienen barro que coincide con el barro de su casa y con el barro de la alfombra en la escena del crimen? —pregunto, y Liam asiente.

—Sí, eso es correcto.

—¿Y el trozo de alfombra que cortó de la casa, que tiene la sangre del acusado? —digo a modo de pregunta, aunque realmente no es necesario añadir nada más. Aun así, Liam ofrece una explicación más detallada.

—Sí, bueno, tuve una corazonada. Estaba más alejado del otro patrón de sangre, no parecía provenir del mismo ángulo de trayectoria. Lo corté para que el laboratorio lo analizara, y dimos en el clavo. —Liam coge un vaso de agua con hielo que descansa en el banco frente a él y da un sorbo mientras yo regreso a mi sitio detrás de la mesa para sentarme.

—No hay más preguntas, Señoría. —Asiento hacia él mientras me siento, y él se dirige al Sr. Quinn, que ya está de pie.

—Detective Garda Kearney, ¿le importaría decirme quién le ordenó volver a la casa el día cuatro de agosto para registrarla de nuevo? —Quinn se abrocha la chaqueta y se alisa la corbata. Su cabeza calva brilla con el sudor mientras se acerca con pasos cortos hacia Liam. Es cómico, pero nadie se ríe, una de esas reglas no escritas de la sala del juez Callahan que todos temen romper.

—Bueno, señor, nadie me lo dijo. Sabía que la Srta. Gallagher necesitaba realmente cerrar este caso y, con el juicio acercándose tan rápidamente, pensé que otra inspección no haría daño. —Liam deja el vaso de nuevo en el banco y cruza las manos sobre su regazo mientras se recuesta en su asiento. Parece bien ensayado.

—¿Y en cuántos juicios por asesinato ha participado usted? —pregunta Quinn, entrecerrando los ojos. Los miembros del jurado miran del procurador a Liam, que está tranquilo y sereno como un pepino.

—Catorce casos de asesinato en mi carrera, señor. —Liam muestra ahora cierta arrogancia, demasiada confianza, pero con razón. Es bueno en su trabajo.

—¿Y en cuántas de esas catorce ocasiones ha entrado en la escena de un asesinato después de que el tribunal haya alcanzado la fase de instrucción? —Quinn es como un perro con un hueso. No sé adónde quiere llegar, pero no me gusta. Estoy inquieta, y veo que el juez Callahan parece molesto con esta línea de preguntas.

—Solo una vez aparte de esta, señor, por orden de mi jefe. —La sala se ha vuelto mil veces más calurosa mientras Liam me mira de reojo. Él también se pregunta qué pretende Quinn, lo que solo hace que mi estómago ansioso se sienta más tenso.

—¿Y quién le acompañaba en esa casa el día cuatro de agosto cuando volvió a entrar en la escena del crimen? —Quinn permanece de pie mirando a los miembros del jurado, no a Liam, esperando la respuesta.

—Estaba solo, Sr. Quinn. —El tono de Liam es frío ahora, y empiezo a entender la situación.

—¿Así que es concebible que un detective de la Garda como usted pudiera entrar en una escena de un crimen y misteriosamente encontrar pruebas que pasaron desapercibidas para docenas de guardias y científicos forenses, días después de que la escena

hubiera sido procesada? —La pregunta de Quinn es retórica. Está dejando clara su postura, acusando a Liam de haber plantado las pruebas.

—¿Cuál es su insinuación? —pregunta Liam, y el juez se aclara la garganta. Los testigos no deben hacer preguntas. Solo la representación y la fiscalía pueden hacerlo.

—¿Es concebible que usted pudiera encontrar pruebas después de que todos los demás hubieran peinado la escena, Detective Garda Kearney? —Quinn se gira para mirarlo a los ojos, y Liam entrecierra los ojos ante el procurador.

—Aparentemente lo es, puesto que ocurrió.

—¿Y es posible que las pruebas no fueran encontradas por los investigadores porque no estaban allí en ese momento para ser encontradas? ¿Que quizás usted las plantó? —Quinn está presionando, y la sala estalla. Los miembros del jurado hablan en tonos bajos. Los espectadores se agitan, y el juez Callahan golpea con su mazo justo cuando yo me levanto para protestar. Pero Quinn se me adelanta—. No hay más preguntas, Señoría.

Estoy frustrada, pero no voy a dejar que eso me deprima hoy. Estoy en racha y sé que mi arma secreta está aquí para subir al estrado. Miro por encima de mi hombro su rostro pálido, su suave cabello rubio arenoso recogido hacia atrás. Está nerviosa y con razón. Hemos tenido un equipo de seguridad vigilándola durante semanas para asegurarnos de que los hombres de Mick no vayan a por ella.

—Señoría, me gustaría llamar a Sarah Duncan al estrado, por favor —mantengo su mirada mientras se levanta, entregando su bolso al hombre sentado a su lado. Traga saliva con dificultad mientras se abre paso por la fila de personas hacia el pasillo y sube hacia la pequeña puerta batiente que nos separa. Le hago un gesto afirmativo y la abro, y ella camina hacia el estrado y permite que el funcionario le tome juramento.

Cuando está sentada, me acerco a ella, sin saber realmente qué esperar. Intentamos prepararla para el testimonio, pero vomitó varias veces por los nervios, más o menos como me siento yo ahora mismo. El agotamiento y el estrés son mi excusa, pero ella también parece todavía pálida.

—Señorita Duncan, gracias por tomarse el tiempo para venir hoy. Apreciamos su sacrificio —le sonrío y ella ofrece un rígido asentimiento, pero sus ojos siguen desviándose para mirar a Mick.

Hasta su forma de sentarse es extraña, como si tuviera la espalda demasiado recta, una barra de metal metida en su camisa o algo así. Y ahora no establece contacto visual. No sé qué está pasando excepto miedo. Puedo sentirlo emanar de ella a raudales.

—Señorita Duncan, ¿puede decirme, por favor, qué vio la noche del veinte de abril de este año? —Decido ir al grano y saltarme las preguntas triviales. Los miembros del jurado solo necesitan escuchar lo que tiene que decir antes de que se desmorone y no pueda hablar. Una vez oí hablar de un testigo que entró en estado catatónico en el estrado y tuvieron que sacarlo en silla de ruedas.

—Bueno —dice, retorciéndose las manos—, esa noche, yo... —Sus ojos se alzan de nuevo, pero no hay nadie ahí. Su expresión es sombría y su mirada escurridiza—. Vi... —Tropieza con las palabras y las lágrimas se acumulan en sus ojos.

—Está bien. Continúe —la animo, con cuidado de no sugerirle nada del testimonio jurado que prometió comunicar hoy. No puedo hacerlo. Sería una violación de la ética.

—No puedo hacer esto —exhala antes de romper en llanto. Sus mejillas se empapan de lágrimas saladas, sus hombros sacudidos por sollozos mientras se cubre la cara—. Me obligaron a decirlo. Tenían una pistola y me dijeron que si no lo decía, me matarían —Sarah se reduce a un desastre balbuceante.

Miro al juez Callahan, que se está frotando la frente, y luego miro a Mick y al señor Quinn, que parecen sorprendidos ante lo que está ocurriendo. Es obvio que ya no voy a conseguir mi testimonio jurado de ella, pero no entiendo qué es eso de alguien con una pistola obligándola a decir cosas.

—Señorita Duncan, ¿puede decirme quién tenía una pistola y qué le obligaron a decir? —Estoy indagando un poco, aunque no debería. Se siente como si estuviera acosando a una testigo y me siento terriblemente culpable por presionarla.

—Algún hombre con traje oscuro y gafas oscuras —Respira hondo y mira alrededor de la sala, pero sus ojos se posan en los míos—. Me obligó a decir que vi a ese hombre matando al otro. No lo vi. Oí un disparo, pero no vi nada. Por favor, no dejen que maten a mi familia —Sarah se pone de pie, pareciendo desesperada, y la sala estalla en un fuerte murmullo y sonido de movimiento.

Callahan golpea repetidamente con su mazo, pero nadie se calla. Estoy tan confundida y abrumada como cualquier otra persona, y cuando me giro para mirar a la multitud reunida para ver lo que está pasando, veo a Liam saliendo por la puerta. ¿Qué demonios acaba de ocurrir?

FINN

Siobhan no está en casa cuando llego con flores, así que espero junto a su puerta, con la esperanza de compensar lo idiota que fui el otro día. Sacar el tema del caso cuando estaba borracha después de haber sufrido un ataque me hizo sentir inhumano de formas que otras cosas que hago regularmente en mi vida nunca lo han hecho. He usado mi navaja para destripar a un hombre, pero nunca me he sentido tan frío.

Camina hacia su puerta desde los ascensores con la llave en la mano, mirándome fijamente. Es una expresión fría. No puedo leerla. Ha tenido otro día difícil en el tribunal. Lo sé porque yo también escuché el testimonio. Sus ojos cuentan toda la historia que ya conozco. Su testigo estrella se retractó y ahora no tiene nada.

—Finn —dice fríamente, y yo me interpongo entre ella y la puerta con las flores extendidas.

—Lo siento —le digo, consciente de que en algún momento esta cosa entre nosotros ha pasado de ser una situación donde ambos intentábamos manipularnos para obtener ventaja a tener algún tipo de chispa. No puedo imaginar que a Ronan le haga gracia que salga con la fiscal, pero no voy a negar que tengo sentimientos por ella.

Siobhan me mira fijamente mientras toma las flores y me hago a un lado para dejarla abrir la puerta. Cuando no me la cierra en la cara,

sé que me está invitando a entrar. La sigo, cerrando la puerta tras de mí, y observo cómo deja todo sobre la mesa y se gira hacia mí.

—¿Qué quieres? —Sus brazos se cruzan bajo sus pechos y los empujan hacia arriba, y no pierdo ni un segundo antes de mostrarle lo que quiero.

Mis manos están en su cara, acunando sus mejillas mientras mi boca se cierra sobre la suya, tomándola por sorpresa. Gruñe y lucha por un segundo, empujándome, pero finalmente se relaja en el beso y me deja atraerla a mis brazos.

—Lo digo en serio. Soy un completo imbécil. No debería haberte presionado por cosas del caso. Lo siento. Quiero empezar de nuevo, Sib. —Usar su nombre abreviado la ablanda. Siento que se relaja en mis brazos y hace un puchero.

—Finn, no creo que esto sea buena idea. Alguien va a enterarse. Podría perderlo todo. —Su cabeza está negando, pero estoy ignorando eso.

—Entonces yo cuidaré de ti. No me alejes, Sib. Te deseo, más que a cualquier otra cosa. Incluso si metes a Mick en la puñetera cárcel, te deseo a ti. —La epifanía me llegó el día que supe que le habían disparado, y desperdicié mi oportunidad de decírselo ese día. Hoy, no voy a desperdiciar mi oportunidad.

—Eres un criminal, un manipulador, Finn. No puedo...

—Basta —la reprendo suavemente—. Sabes que soy más que eso. Si solo fuera un criminal que intenta manipularte para que hagas lo que quiero, ¿por qué aparecería después de que te dispararan para consolarte?

—¿Lo hiciste? ¿O viniste por información?

Sus palabras duelen porque en parte tiene razón, pero vine por ella. Odiaba que hubiera pasado por eso. Odio a los hombres que le hicieron eso. Y voy a perseguirlos y descubrir quiénes fueron.

—No puedo mentir. Quiero que Mick quede libre, pero sé que podremos conseguirlo juntos. —Alzo la mano y le aparto un mechón de pelo de la cara con el meñique, pero ella se gira—. Quieres la verdad, ¿no?

Los ojos de Siobhan vuelven rápidamente a los míos. —Por supuesto. No trabajo con otra agenda que no sea encontrar la verdad.

—Entonces confía en mí cuando te digo que me estoy enamorando perdidamente de ti, y estoy aquí por ti. —No tengo ni idea de cómo voy a reconciliar esto con mi jefe, pero lo único en lo que puedo pensar ahora es en asegurarme de que esta mujer entienda que he tenido un cambio de corazón.

Mis labios se cierran sobre los suyos mientras retrocedemos hacia la sala de estar. Su cuerpo no me ofrece resistencia cuando empiezo a desabotonarle la camisa y la deslizo, junto con su chaqueta, por sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, pero no hay verdadera lucha en su voz.

—Estoy llevándonos a ambos al paraíso —gimo contra su piel caliente mientras mis labios trazan un camino a lo largo de su clavícula. Sus manos encuentran el camino hacia mi pelo, sus uñas clavándose mientras desciendo más.

Gimo sobre su piel. —Sabes tan condenadamente bien —murmuro contra su pecho antes de provocar su pezón con mi lengua, succionándolo bruscamente en mi boca. Su pecho sube y baja en jadeos mientras ella gime de placer. Su aroma, excitación y dulce vainilla, nubla mis sentidos, y todo en lo que puedo pensar es en cuánto la quiero debajo de mí, encima de mí, alrededor de mí.

—Dime que no —respiro en su oído, mi hombría palpitando contra su centro—. Dime que pare y dilo en serio, Siobhan. —Mis manos tiran de sus pantalones, arrancándoselos mientras ella jadea.

—Finn, ¿qué estás haciendo? —Se ríe entre dientes, pero yo estoy serio. Necesito alivio ahora.

—Dime que no, ahora. —Mi miembro está fuera antes de que pueda parpadear. Me acaricio mientras la acorralo contra el respaldo del sofá. Sus pupilas se dilatan cuando mira hacia abajo a mi polla.

—¿Quieres que pare? —gruño en su oído, mordisqueando su lóbulo.

Su respiración se entrecorta en un jadeo antes de susurrar: —Sí... para —tal como le he indicado. Sonrío contra su piel antes de deslizar sus bragas a un lado y meter bruscamente un dedo en su centro. Está empapada por mí, gimiendo mientras empujo mis dedos en su cuerpo.

—Espera, Finn —exhala, pero todo lo que puedo hacer es gemir en respuesta mientras entro en su húmedo calor centímetro a delicioso centímetro. Nuestros ojos se encuentran, y sé que esto es real. Este deseo lleno de lujuria ha estado ahí todo el tiempo—. He dicho que esperes —gime de nuevo.

—Dios, me encanta cuando te resistes —le digo, acariciándome con más fuerza—. ¿Quieres que te folle? —Es exquisita, la forma en que sus paredes calientes me aprietan.

—No, por favor, no me folles —suplica, pero su tono la delata. Qué niña mala es, resistiéndose. La presiono con fuerza contra el sofá, y ella gruñe mientras nuestros labios chocan. Su sexo está pulsando alrededor de mi dedo y no puedo esperar a estar dentro de ella.

—Finn, lo digo en serio... para —dice con un lamento que suena muchísimo como un gemido. No lo dice en serio. Me desea, y yo la deseo a ella.

—¿Ah, sí? —sonrío contra su piel mientras saco mi dedo meñique de ella—. ¿Estás segura? Porque parece que me deseas tanto como yo a ti. —Sus mejillas se sonrojan y no puede mirarme. Su vergüenza es adorable e intoxicante—. ¿Siobhan?

Sus ojos van de los míos al suelo y viceversa, con una picardía en ellos que hace que mi miembro se estremezca aún más, si es que eso es posible. La giro, inclinándola sobre el sofá y guiando mi polla hasta su entrada en un solo movimiento fluido. Ella gime pero no protesta, y me deslizo centímetro a glorioso centímetro.

—Oh, mierda... Oh, joder —gruñe, arañando el sofá, pero le obligo a bajar la cabeza de nuevo y empiezo a embestir.

Es bueno, demasiado bueno. Voy a perder el control muy rápido mientras observo cómo su trasero se contrae con cada pulsación de su sexo alrededor de mi miembro.

—Joder, Siobhan, estás tan apretada —gimo—. Se siente tan bien estar dentro de ti.

—Finn —gime contra el sofá—. Oh, Dios... me voy a correr.

Extiendo la mano alrededor de ella para rozar su clítoris, frotando al ritmo de mis embestidas hasta que grita mi nombre mientras llega al orgasmo a mi alrededor. Su cuerpo está resbaladizo por el sudor, su espalda arqueada y su cabeza inclinada mientras agarra los cojines del sofá con los puños apretados hasta que los nudillos se vuelven blancos. Mi mano se mueve a toda velocidad mientras froto su clítoris al compás de mis embestidas, observando cómo el placer contorsiona su rostro y las convulsiones de su cuerpo.

Sus gemidos y gritos de placer llenan la habitación, mezclados con el sonido de piel chocando contra piel y nuestras respiraciones entrecortadas. El chapoteo húmedo de nuestros cuerpos uniéndose resuena en mis oídos.

Mientras ella comienza a bajar de su orgasmo, saciada y flácida, continúo embistiéndola, implacable en la búsqueda de mi propio clímax. Su estrechez a mi alrededor, su piel resbaladiza por el sudor contra la mía... todo se combina en una tormenta perfecta de sensaciones, una tempestad que hace que mi control se rompa, y

gimo su nombre mientras llego al clímax profundamente dentro de ella, vaciándome en su cuerpo.

Permanecemos así por un momento, jadeando y sudorosos, con nuestros cuerpos aún unidos. Finalmente, salgo de ella y la ayudo a ponerse de pie, girándola para que me mire. Su pelo está completamente desordenado, su cara sonrojada y sus ojos vidriosos de satisfacción.

—Joder... eso fue... —me quedo sin palabras, incapaz de encontrar la manera de describirlo. En todos mis años de conquistas y rollos de una noche, nada se compara a este momento con Siobhan.

—Finn —suspira de nuevo, y oigo la vacilación en sus palabras.

Presiono un solo dedo contra sus labios y la miro a los ojos mientras con la otra mano guardo mi miembro y me subo la cremallera. —Shh, no lo digas. Somos buenos juntos, y lo sabes. Hay algo aquí, Sib.

Sus ojos parpadean rápidamente, su lengua recorre su labio inferior mientras su pecho se agita buscando aire. —Entonces quédate —susurra, palabras que tocan las fibras más profundas de mi corazón, pero no puedo.

Si voy a hacer que esto funcione, ella y yo, tengo que encontrar una forma diferente de sacar a Mick de este lío. Ella era mi carta del triunfo hasta que desarrollé sentimientos, y no puedo dejar que mi trabajo se me escape. Mi deber jurado de ayudar a mi familia es algo que no voy a descuidar ni siquiera por una mujer. Y como no puedo forzarla sin hacerle daño, tengo que hacerlo de otra manera.

Me abrocho el cinturón y le doy un beso en la mejilla. —Mañana... Esta noche tengo algo que hacer. Algo importante. —Algo que no puedo contarle o se verá obligada a entregarme, y eso lo arruinaría todo.

—Vale —gruñe. Puedo notar que está frustrada, pero tengo que irme. Hice lo que vine a hacer y ahora tengo que pasar a lo siguiente

—. Pero me debes una noche de conversación y mimos. El sexo es genial, pero ¿alguna vez has conectado emocionalmente? —Me sonríe con picardía y yo me río.

—Lo prometo. Es un trato. —Retrocediendo, le robo un beso más antes de salir. No estoy seguro de si al final se va a echar atrás, pero sé cómo convencerla de que somos buenos el uno para el otro si lo hace.

Fuera, me dirijo hacia mi coche mientras mis ojos recorren la calle, y noto algo que no debería estar viendo. A mitad de la manzana, en el lado derecho, hay un coche que reconozco muy bien. Pertenece a Shaman Doyle, uno de los dos hombres que sé que estuvieron involucrados en ese ataque en el restaurante la noche que Siobhan y yo cenamos, y no voy a dejar que se queden aquí vigilando su casa. Me acerco directamente y golpeo la ventanilla.

Baja lentamente, permitiendo que una bocanada de humo del interior se dirija hacia mí. Me agacho para mirar dentro del vehículo y veo a otro hombre en el asiento del pasajero a quien no reconozco.

—¿Qué estáis haciendo hoy, chicos? —pregunto, sabiendo perfectamente que han acampado frente al apartamento de Siobhan porque tienen algún interés en este juicio. Si creen que me van a engañar, van listos.

—Ocúpate de tus asuntos, O'Rourke. No te metas donde no te llaman. —La ventanilla empieza a subir y alcanzo mi arma, apoyándola en el borde del cristal para evitar que se cierre.

—Yo diría que esto es asunto mío tanto como tuyo. —Mi amenaza no pasa desapercibida. La puerta se abre lentamente y el hombre sale. Es más alto que yo, más ancho de pecho, y su mirada está dirigida solo a mí.

Con mi arma en la mano, lo miro, sin intimidarme por su imponente figura, y él intenta golpearme, pero lo esquivo. No voy a dispararle

sin más. Eso iniciaría una guerra, pero no dudo en usar mi arma para partirle el cráneo. Desafortunadamente, no veo al otro acercándose por detrás. Me golpea con la rodilla en la parte posterior de las piernas y luego me da un codazo en la cabeza cuando empiezo a desplomarme.

La paliza es dura y rápida, unos cuantos golpes en la cara, uno en el estómago, y los dos me tienen dominado. El más grande, Shaman, me agarra por el pelo y mantiene mi cara levantada mientras me golpea repetidamente en la nariz, y el segundo hombre me patea en la espalda y los muslos una y otra vez.

Mi salvación llega cuando uno de los dos grita: —¡Policía! —y ambos suben al coche. Mi pistola resbala por el pavimento, caída por cualquiera de ellos que me la quitó de la mano en la refriega. Me desplomo en la calle sujetándome el estómago y me hago a un lado después de que su coche se haya ido. Desde donde estoy, veo el mismo coche patrulla que vi el otro día. El policía larguirucho sale de su coche, ajeno a mi presencia, y se mete en el edificio con paso firme. Sé que ha venido a verla, y no puedo subir a escuchar a escondidas.

Se acaba el tiempo. Tengo que llegar al juzgado y hacer mi trabajo o puedo despedirme de una relación con Siobhan. Ronan se encargará de eso. También necesito averiguar cómo conectar a los Doyle con todo esto. Tal vez Sarah Duncan pueda ayudarme con eso.

SIOBHAN

Una sonrisa estúpida se dibuja en mi rostro mientras veo a Finn marcharse. No debería estar encariñándome, pero ¿cómo no hacerlo? Es fuerte y decidido, tremendamente sexy, sabe lo que quiere. Estoy perdida en un mar de emociones interminables y personas que me arrastran en todas direcciones, pero cuando estoy con él, cada célula de mi cuerpo grita por estar más cerca, por sentir la atracción de lo que me hace sentir. Es una buena sensación aunque sé que está mal.

Sé qué tipo de hombre es Finn O'Rourke: un asesino, un criminal. Mientras me pongo las bragas, cojo mi ropa y camino hacia el dormitorio para prepararme un baño y pensar en lo retorcido que es todo esto: que hice de mi vida una misión para cazar a hombres como él, y ahora me estoy enamorando de uno. La vergüenza me inunda, pero no puedo evitar el placer culpable que siento cuando pienso en él.

Cierro el desagüe y abro el grifo, luego me quito la ropa, echando las prendas sucias al cesto y poniéndome mi bata de seda. Después voy a la cocina y alcanzo una botella de vino y una copa, pero incluso mientras lo sirvo, mi estómago se revuelve. He estado sintiéndome un poco nauseabunda últimamente, y también más cansada. Finn y yo hemos estado teniendo sexo sin protección, que es lo último que debería estar haciendo con él, pero maldita sea, el

placer es tan intenso que en medio de todo, no puedo parar para ponerle un condón.

Así que dejo la copa de vino y cojo un vaso de agua en su lugar. Mi cuerpo todavía pulsa con el placer del orgasmo mientras regreso al dormitorio, lista para darme un largo y caliente baño y pensar en cómo voy a proceder con este caso, pero oigo el timbre y me detengo. No ha pasado mucho tiempo. Me pregunto si Finn ha olvidado algo, así que cierro el grifo, dejo mi agua en la mesita y corro a la puerta para abrirla. Solo para encontrar a Liam allí con el teléfono pegado a la oreja.

—Tengo que irme —corta y me lanza una sonrisa mientras retrocedo, invitándole a entrar.

—Estaba a punto de darme un baño, Kearney. ¿Qué ocurre? —Me he sentido más cómoda con él últimamente, especialmente después de aquel día en que alguien pasó en coche frente a los juzgados y disparó contra las escaleras.

No me gusta admitir que lloré en el hombro de un hombre casado mientras él me abrazaba y yo me emborrachaba con vino, pero estaba asustada y él estaba aquí. En ese aspecto, fue bueno conmigo, y siento que le debo algo.

—He venido a ver cómo estabas, Sib. Me preocupo por ti, ¿sabes? —Sus ojos recorren mi apartamento mientras habla, como si estuviera buscando algo o a alguien. Quizás sospecha que sigo viendo a Finn. Tal vez por eso ha venido a comprobar cómo estoy.

Cierro la puerta y me adentro en el apartamento, siguiéndolo—. ¿Vino?

—Era para mi baño —digo, cruzando los brazos sobre mi vientre—. Tómatelo tú. Me encuentro indispuesta. —No estoy mintiendo, tampoco. Mi estómago ha estado agitándose y solo quiero sumergirme en agua para calmarlo. La hidroterapia es algo que hago para calmar mis nervios, no solo para relajar mis músculos tensos.

Coge la copa y se la bebe de un trago, luego se sirve otra de la botella que dejé sobre la mesa. Entonces señala con un gesto el salón, y le sigo a regañadientes. El baño me llama, pero cuando Liam se pasa por aquí, normalmente tiene algún tipo de novedad que contarme.

—Siento cómo salió todo aquello, ya sabes... Lo de las pruebas. Sabía que era arriesgado, pero... —Su voz se apaga, y vuelve a dar un sorbo a la copa. Me froto la nuca y me quedo de pie junto al sofá mientras él mira por el ventanal con vistas a Dublín. La luz se desvanece ahora mientras la tarde comienza a convertirse en noche. Sé que debería ir a la farmacia para comprar un test de embarazo, pero parece dudoso ahora que ha aparecido una visita.

—Dijiste que venías a ver cómo estaba. Estoy bien, ¿vale? No tienes que rondarme como si fuera tu hermana pequeña. —Sintiéndome un poco molesta, me encuentro frotándome la nuca de nuevo. Los ojos de Liam se desvían para examinarme. Se bebe su segunda copa de vino y camina hacia mí, dejando la copa vacía en la mesa junto al mando a distancia.

—Déjame a mí —ofrece, y antes de que pueda protestar, está de pie detrás de mí, con sus firmes manos amasando los músculos de mis hombros. Se siente increíble, pero ahora estoy tensa de nuevo—. Yo también tengo nudos como estos, Sib.

Mi pecho se contrae y cierro los ojos, preguntándome qué diablos está haciendo tocándome. No tenemos el tipo de relación en la que hacemos esto el uno por el otro, pero quizás le he dado falsas esperanzas por lo que sucedió después del tiroteo. Quizás piensa que me siento más cómoda con él. He visto cómo me desnuda con la mirada, pero tiene esposa.

—Liam —protesto, girándome y alejándome de él. Mis ojos se abren de golpe y él está ahí con una expresión ardiente. No puede ser el vino tan rápido, así que debe haber venido con algo en mente, y no es algo que vaya a conseguir.

—Siobhan, creo que deberíamos hablar. —Su mano alcanza mi cadera, acercándome a su cuerpo. Sus manos son firmes y duras, no suaves e invitadoras como las de Finn. Y tira de mi bata también, intentando desnudar mi pecho ante sus ojos que ávidamente recorren mi rostro y mi cuerpo.

Todo sucede tan rápido que no pienso. La boca de Liam se cierra sobre la mía, forzando su lengua entre mis labios, con su mano metiéndose bajo mi bata para encontrar mi piel y agarrarla, y le empujo al instante. Mi mano vuela sin vacilación, golpeando su mejilla y barbilla, y él retrocede, cubriendo su piel enrojecida mientras yo forcejeo con los lazos de la bata para atarla de nuevo.

—¡Madre de Cristo! Liam, ¿qué demonios te pasa? —Los lazos de la bata son finos y resbaladizos, se enredan entre mis manos, pero logro hacer un nudo fuerte mientras me alejo—. ¿En qué estabas pensando? Tienes una esposa esperándote en casa.

Estoy de pie en medio de mi salón mirándole fijamente mientras se sujeta la mejilla. Sus ojos están oscuros y duros, nada que ver con los ojos del hombre al que he llegado a llamar amigo. Solo puedo ver su reflejo en el televisor, pero parece más el monstruo que la mayoría de la gente cree que es Finn que el detective de la Garda que encierra a hombres así.

Estoy temblando ahora, con miedo de que vaya a hacer algo peor que besarme y manosearme. Nunca he tenido motivos para temer a Liam, aunque me irrita bastante. Pero ahora, sola en mi casa sabiendo que Finn no va a aparecer mágicamente otra vez, estoy temblando.

—Siobhan, te han visto con ese cabrón de O'Rourke. Si no paras, esto te va a salpicar —su voz sale como un gruñido, incluso como una amenaza. Cuando se gira para mirarme, veo las claras marcas rojas de mis dedos en su mejilla y ni siquiera me siento culpable.

—Así que has venido a acosarme, ¿no? ¿Y crees que de alguna manera eso me alejará de Finn para qué? No soy de tu propiedad,

Kearney. Eres un hombre casado y no tienes ningún derecho a entrar en mi casa y hacer eso. Ahora, lárgate. —No sé si me va a hacer caso o no, pero señalo la puerta y él niega con la cabeza.

Me mira como si quisiera decir algo más. Hay ira en sus ojos ahora, quizás por haber sido rechazado, o quizás por otra cosa, pero me fulmina con la mirada y se dirige hacia la puerta. Cuando llega allí, se vuelve por encima del hombro con la puerta abierta y dice:

—La gente está vigilando.

Cuando se va, corro hacia la puerta y echo todos los cerrojos, luego me quedo temblando mientras pienso qué hacer a continuación. Tiene razón. Si la gente está observando y me ven con Finn, arruinará mi carrera, pero no tiene por qué ser así. No tengo que dejar que esto me destruya.

De nuevo mi estómago se revuelve, pero corro a mi dormitorio, esta vez dirigiéndome a mi ropa sucia en el cesto. Busco mi teléfono, aún en el bolsillo de mis pantalones que tiré allí cuando empecé mi baño. Lo saco y marco el número de mi supervisor, y él contesta a la segunda llamada.

—Dirección de la Fiscalía Pública, ¿quién es? —La voz de Boyd es severa como siempre, y me apoyo en su valor por la letra de la ley.

—Sí, hola, Fiscal McVeigh, soy la fiscal Gallagher y tengo algo que discutir con usted. —Mi corazón late con fuerza. Creo que puedo vomitar mientras sigo en esta llamada, pero logro tragar la bilis y respirar profundamente para calmar mis nervios.

—Sí, hola, Gallagher. ¿Cómo va el caso? —Oigo el ruido del tren de fondo. Está en su trayecto a casa, así que lo he pillado en un buen momento. Sé que las líneas de su oficina se graban con fines probatorios, pero su móvil normalmente no está intervenido.

—Señor McVeigh, si puedo hablarle con franqueza. —Nunca soy tan directa con él. Es mi jefe, pero esto no es algo para andarse con rodeos. Estoy hablando de todo mi futuro en el derecho.

—Sí, por supuesto. —El revisor del tren hace un anuncio tan alto que temo que McVeigh no me oirá, así que espero hasta que termina de anunciar las paradas que hará el tren antes de continuar. Esto me da unos segundos para ordenar mis pensamientos.

—Señor, necesito hacerle un anuncio formal de que estoy involucrada con Finn O'Rourke. —Hago una pausa por un momento y solo oigo silencio—. Señor, ¿está ahí?

—Estoy aquí —dice, sonando más rígido de lo normal.

—Señor, tuve una oportunidad y la aproveché. Estoy trabajando de incógnito. El hombre está comiendo de mi mano y espero obtener conocimientos internos sobre su familia y el funcionamiento de su organización para poder derribarlo. Debería habérselo dicho antes, pero no estaba segura de que diera resultado. Ahora creo que lo hará. —Mis palabras salen precipitadas, pero hablo con claridad sin tartamudear ni tropezar con los hechos. Justo cuando termino, el revisor hace otro anuncio, y McVeigh se ve obligado a esperar para responder.

La espera es una tortura. Podría ir en cualquier dirección, pero mi esperanza es que él lo entienda porque me conoce. Es mi único factor motivador, encontrar al hombre responsable de la muerte de Trevor y hacer que pague, y luego desmantelar el submundo sistemáticamente yo sola. Él lo ha sabido desde que acepté este trabajo o quizás incluso desde antes.

—Bueno, Siobhan, no es frecuente que nuestros fiscales se involucren en el trabajo de campo, pero tienes más agallas que la mayoría de nosotros. Si crees que puedes conseguir datos precisos y sacar a la luz la verdad, te aplaudo. Asegúrate de llevar un diario con tus notas. Contacta conmigo en cuanto tengas algo, y por el amor de Cristo, ten cuidado. Esos hombres son monstruos. Pueden hacer cualquier cosa. Realmente no lo sabes.

Suspiro aliviada al oír sus palabras y me apresuro a decir:

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Ah, y Siobhan, lo digo en serio. Cuídate. Estás entrando en un juego peligroso. —Tomo nota de la advertencia de Boyd. Estoy asintiendo aunque él no pueda verme.

—Sí, señor. Lo haré. Gracias, señor. —Cuelgo y me siento en el borde de mi cama.

Las amenazas de Liam de que alguien está vigilando, de que la gente se enterará, me asustan. No quiero ser vista como la fiscal que podría estar sucia. Quiero una reputación intachable. Pero también quiero a Finn, y eso parece estar desgarrándome por la mitad, junto con un temor persistente que sigue creciendo cada vez que me siento mareada.

Por ahora, mi tapadera está a salvo. McVeigh cree que estoy investigando, así que si Liam me delata, tendré eso para respaldarme. Y si no, al menos tengo esa tranquilidad. Las cosas acaban de complicarse bastante.

FINN

—Ahí, sujeta esto —dice Noah mientras desliza el cuchillo por el marco de la ventana. Mi mano derecha es un genio con los edificios antiguos como este, donde la carpintería sigue intacta, solo pintada y sellada. Probablemente sea pintura con plomo, que ha mantenido pegado el marco a la ventana durante años y quizás ni siquiera está cerrada con llave. El cuchillo de Noah rasga las capas mientras trabajamos ocultos tras los arbustos junto al juzgado.

—Shh —susurro, recordándole que debemos guardar silencio. El juzgado está cerrado ahora, el último del personal se ha marchado hace solo unos momentos. El sol se está poniendo en el horizonte, pero todavía hay suficiente luz para que cualquiera que pase pueda vernos. Sé que también hay seguridad, patrullando el interior, cámaras en cada pasillo y en el exterior, pero aquí estamos escondidos.

—Joder —gruñe Noah cuando la punta de su cuchillo se rompe. Meto la mano en mi bolsillo, saco mi navaja y se la entrego. Él me hace un gesto con la cabeza mientras guarda la suya y coge la mía —. La tenía desde que era un crío —dice distraídamente mientras trabaja. La ventana está casi liberada.

—¿Quieres darte prisa? —Miro por encima de mi hombro. Nadie podría vernos realmente a menos que se fijara mucho, pero no es del todo inconcebible que alguien pueda mirar. El juzgado está

acogiendo uno de los casos más infames de la historia en este momento. Me sorprende que no tengan un guardia apostado en cada esquina vigilando.

—Ya está —anuncia, y cierra la navaja y me la devuelve—. Solo tengo que... —Empuja hacia arriba el marco, y el chirrido seco y el arañazo de madera contra madera llega a mis oídos. Lo ha conseguido. Estamos dentro.

—Dios santo —digo para celebrarlo. La ventana se desliza con facilidad y ambos miramos alrededor para asegurarnos de que no nos han visto. Entonces Noah entrelaza sus dedos formando un estribo y me impulsa mientras yo apoyo un pie en sus manos y me empujo hacia arriba. En segundos, ambos estamos dentro del despacho del juez Brendan Callahan.

Cerramos la ventana por ahora, manteniendo nuestra cobertura, y ambos nos ponemos guantes azules de cirujano para asegurarnos de no dejar rastro de pruebas.

—¿Qué estamos buscando, exactamente? —Noah mira un archivador mientras yo empiezo a hurgar en los cajones del escritorio del juez.

—Cualquier cosa... Pruebas de que este tipo no es quien dice ser. O quizás algún tipo de evidencia que hayamos pasado por alto. Tiene que haber algo aquí. —No sé dónde guardan las pruebas durante los juicios, aquí o en la comisaría del centro. Lo único que sé es que tenemos que encontrar una manera diferente de demostrar a Siobhan y al mundo que Mick es inocente. Solo ella puede retirar los cargos.

—Entonces me encargo de esto —dice Noah, abriendo el primer cajón del archivador.

—No queremos un juicio nulo, así que ten cuidado. Y asegúrate de volver a dejar todo como lo encontraste. —Mi mente divaga hacia el pendrive en mi bolsillo, un montaje digital hecho por los hombres de Ronan para intentar desviar la atención de Mick. Si es necesario,

plantaré pruebas para deshacer este horrible montaje para incriminarlo, pero espero que no tengamos que hacerlo.

Mis manos se ponen a trabajar, abriendo un cajón tras otro. Encuentro un montón de cheques cancelados, todos a nombre del juez, todos de varias fuentes. No estoy seguro de lo que significan, así que los organizo en el escritorio y les saco fotos, luego los apilo y los vuelvo a guardar. Encuentro un llavero con llaves que sabe Dios a qué pertenecen y pienso en llevármelas, pero en el instante en que abriéramos la puerta del despacho del juez, nos verían en el circuito cerrado de televisión. No podemos hacer nada excepto registrar esta habitación. Siobhan dice que el juez es su amigo, pero ¿por qué se presentaría en su casa sin avisar y le daría el susto de su vida?

—Oh, vaya, creo que tengo algo. —Levanto la mirada hacia Noah, cuyos ojos están escudriñando los expedientes grapados del segundo cajón del archivador. Parece absorto en los documentos, y yo me siento en la silla del juez y lo observo.

—¿Qué es?

—Expedientes de casos antiguos —responde mientras sus manos vuelven a sumergirse en el archivador para sacar más. Hay un montón, una pila tan alta como su antebrazo, que lleva hasta el escritorio. Me echo hacia atrás y le dejo acercarse para dejarlos. Mi cuerpo me grita por los golpes que recibí antes. Tengo moretones por toda la parte delantera y trasera.

—¿Qué son? —pregunto, haciendo una mueca al inclinarme de nuevo.

—Callahan ha supervisado catorce juicios relacionados con casos de crimen organizado. Catorce —repite para enfatizar. Sus manos sostienen uno de los expedientes grapados, así que cojo el siguiente de la pila y leo la primera página, un resumen de cómo terminó el caso. Parecen ser las notas personales del juez.

—Joder —suspiro. Este juez es más sucio que una serpiente arrastrándose en la arena—. Ha sido clemente. —No puedo creer lo que estoy viendo. Parece que el juez se las ha ingeniado para ser el único que supervise casos de crimen organizado y todos los que estoy viendo involucran a los hombres de Cormac Doyle. Todos ellos recibieron un veredicto de no culpabilidad del propio juez, evitando cualquier juicio con jurado.

—Joder es poco —dice Noah, encontrándose con mi mirada severa —. Este juez está completamente corrupto. Está trabajando con los Doyle. Apostaría la vida de mi madre a que sí.

—Yo también. —Me paso una mano por la cara y saco mi teléfono de nuevo, entregándoselo—. Fotos de todo. No podemos pasar por alto ningún detalle si vamos a sacar a Mick de esto. —Noah coge mi teléfono y empieza a hacer fotos de cada página.

Así que el juez Callahan está sucio. En realidad, eso no es ninguna novedad para mí. Cualquier hombre puede ser comprado por el precio adecuado. Es una pena que Siobhan le admire tanto y esté a punto de descubrir que su mentor no es más que un criminal. Me pregunto cuánto tienen que pagarle los Doyle para que haga lo que les convenga o qué amenazas habrán lanzado sobre él, porque esa es la mejor manera de poseer a un hombre. Agarrándolo por los huevos.

Centrando mi atención en un cajón que no consigo abrir, saco mi navaja de nuevo para forzar la cerradura. Trabajo en ello mientras Noah continúa haciendo fotos, y finalmente, cuando ya ha completado casi la mitad de la pila, logro abrir el cajón. Cuando algo está asegurado de esta manera, significa que hay algo valioso que proteger.

Y encuentro el premio gordo. Hay un portátil escondido aquí, que saco y enciendo. La pantalla cobra vida, proyectando su brillo y arrojando mi sombra sobre la pared detrás de mí. Ahora debemos tener cuidado. La luz del día casi se ha desvanecido, y la luz en esta habitación ciertamente llamará la atención, pero si tiene este portátil

bajo llave, es muy probable que haya algo en él que no quiere que nadie vea.

Estoy listo para poner a prueba mi memoria USB con el algoritmo que programó el hombre de Ronan para romper contraseñas, pero el juez es un hombre ingenuo que pensó que la cerradura de su escritorio protegería su secreto. El portátil ni siquiera está protegido con contraseña, un error que muchas personas mayores cometen hoy en día.

Empiezo utilizando la función de búsqueda de archivos para buscar cualquier cosa relacionada con los Doyle porque, por muy tonto que sea este hombre, creo que será lo más rápido, pero no aparece nada. Así que abro su navegador y empiezo a revisar su historial. De repente, todo empieza a tener sentido.

El juez ha visitado diariamente durante el último mes un sitio web de un banco que opera con criptomonedas. Es tan tonto que incluso ha guardado sus contraseñas en el portátil, y mientras examino sus cuentas bancarias veo pagos de grandes sumas que entran con muy pocos retiros. El hombre está forrado, rico por los sobornos, y apuesto a que si llevo estos números de ruta al técnico de Ronan, descubriremos que estos pagos provienen de los Doyle. Junto con los cheques cancelados y los expedientes de casos que Noah está capturando actualmente con la cámara, es fácil ver que Callahan está podrido.

—Ya tenemos suficiente —extiendo la mano para que me devuelva mi teléfono y él me lo entrega. Unos clics más del obturador de la cámara y he capturado también toda la información de su ordenador. He terminado de investigar.

Puede que Mick no pueda quedar libre con esta información, pero demuestra que el juez no le está dando un juicio justo. También demuestra que los Doyle tienen algún interés en este juego. Pensaría que es solo una coincidencia si no hubieran atacado a Siobhan fuera de aquel restaurante y estacionado hoy frente a su apartamento. Pero ahora es demasiado obvio.

—Entonces, ¿qué están haciendo? —me pregunta Noah mientras organiza los archivos y los lleva de vuelta al archivador—. ¿Qué ganan los Doyle al incriminar a Mick?

—No estoy seguro —le digo. Deslizo el ordenador del juez de vuelta en su cajón y lo cierro. No puedo bloquearlo de nuevo, pero si sabe que alguien ha estado aquí, al menos se asustará, tal vez camine por la línea recta. Podría intentar chantajearlo para que deje libre a Mick, pero eso podría ser contraproducente. Si sabe que yo sé que está sucio, se lo dirá a los Doyle. Empezaría una guerra que no queremos librar.

Es mejor llevar esta información a Siobhan y dejar que ella lo resuelva con el director de la fiscalía. Ella tendrá más posibilidades de conseguir que echen al hombre.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Noah cierra el archivador mientras me levanto y camino hacia la ventana.

—Llevamos esta información a Ronan y a las personas adecuadas. Siobhan puede ayudar a derribar al juez, pero depende de nosotros averiguar cómo se relacionan los Doyle con esto. Mick es inocente, ambos lo sabemos. —Me giro hacia él y suspiro—. Solo nos quedan unas pocas semanas para demostrarlo.

—Vámonos entonces. No hay tiempo que perder.

Noah y yo nos escabullimos del juzgado y cerramos la ventana. No me molesto en llamar con antelación. Simplemente conducimos directamente a casa de Siobhan. Le enviaría los archivos por mensaje de texto, pero no sé quién podría estar vigilando su teléfono o monitorizando sus llamadas. Prefiero mostrárselos en persona también. Es probable que sea un gran shock para el que no estará preparada.

Pero cuando llamo varias veces y no responde, supongo que ya se ha ido a dormir. Se lo di bastante bien y estaba cansada por su largo día. Tendré que volver mañana y mostrarle todo.

Estamos más cerca que nunca de liberar a Mick, y finalmente, parece que las cosas se están materializando para nosotros.

SIOBHAN

Me siento en el banco del pasillo justo fuera de la sala del tribunal mientras la gente entra una a una para sentarse en los bancos y observar el proceso judicial de hoy. Me siento enferma del estómago, con el cuerpo pesado por el agotamiento. Después de la visita irritante de Liam anoche, apenas dormí. Acabé bebiendo el resto del vino para noquearme, y estoy segura de que esa es la razón de mis náuseas.

Me late la cabeza, la visión borrosa mientras leo las notas que he tomado. Ya no me quedan testigos, nadie que pueda volver y ayudarme a defender mi caso. Cuando Sarah Duncan se retractó, la llevaron para interrogarla y desapareció. Nadie la ha visto desde entonces y eso me aterroriza. Si lo que dijo era correcto, puede que la haya condenado a muerte simplemente por presionarla para que dijera la verdad.

Presionando una mano contra mi pecho, trago la bilis que quiere subir. Tendré que soportar a los testigos de la defensa uno por uno, y si surgen preguntas, algo para contrarrestar sus declaraciones o pruebas, puedo luchar contra eso, pero temo no haber hecho mi trabajo para convencer al jurado de que Mick O'Connor asesinó a ese hombre.

Mi cuerpo está tenso, así que doblo mis cosas y las meto en mi maletín antes de decidirme por un paseo para despejar la mente. Me

dirijo hacia los ascensores, pensando que algo de aire fresco antes de entrar será agradable, pero en mi camino, veo una cara que debería darme la bienvenida. En cambio, me hace tensar.

Finn sale de los ascensores y posa sus ojos en mí inmediatamente. Sus cejas se alzan en señal de reconocimiento, pero teniendo en cuenta lo que dijo Liam, me doy la vuelta y me siento aún más enferma. No hay forma de alejarme de él, ni manera de hacer esta interacción más privada. Me dirijo rápidamente hacia el baño de señoras y me meto dentro, rezando para que no me siga, pero lo hace.

Una mujer que se está lavando las manos levanta la mirada y jadea, murmurando maldiciones mientras sale apresuradamente. Finn cierra la puerta con llave detrás de nosotros y me atrae a sus brazos, besándome con fuerza y robándome el aliento.

Cierro los ojos y permito que sus brazos sean un consuelo por un momento, pero esto no está bien. Lo aparto y me arreglo la chaqueta.

—Esto es arriesgado, pedazo de idiota. ¿Qué estás haciendo? —No puedo evitar que una sonrisa curve mis labios hacia arriba, y él se apoya en la pared detrás de mí.

—Tenía que verte —admite—. Volví a tu piso después de mi trabajo, pero estabas durmiendo.

No lo estaba, pero no se lo digo. Cogí un taxi a una farmacia para comprar un test de embarazo, pero no tuve el valor de hacérmelo. Está ahí en mi encimera esperándome, y estoy demasiado asustada para hacerlo. ¿Y si realmente estoy embarazada de su bebé? ¿Qué dirá eso de mí?

—Sí, bueno, esto va a meterme en un buen lío. —Pienso en McVeigh y en cómo me dijo que documentara todo. No puedo precisamente decirle al tribunal que me follé a un criminal en el baño del juzgado

durante el juicio de uno de sus familiares. Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica.

—Solo tenía que decirte algo. —Sus labios roban besos de los míos otra vez, y me encanta. No deseo nada más que desvanecerme en el paraíso con este hombre y sus dedos mágicos, pero tengo un caso que defender. Tengo una vida que vivir, una vida que no debería incluirle, pero mi cerebro se esfuerza furiosamente para intentar que funcione de alguna manera. Para hacer que esta fiscal adjunta pueda tener su momento de cuento de hadas con final feliz con Finn O'Rourke.

—Adelante. —Miro mi reloj—. Tengo que estar en el tribunal en unos minutos.

—Sib, el juez... —Los ojos de Finn están tormentosos. Puedo ver que está luchando con algo—. Callahan está sucio, Sib. Tengo pruebas de ello. Ha aceptado sobornos del Sindicato Doyle, cheques cancelados, criptomonedas, de todo. Y también tengo los veredictos de todos los casos juzgados contra ellos. Los ha tirado todos. Está en su nómina.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Mi pulso se dispara de nuevo, la adrenalina fluye por mi pecho. Lo que Finn está sugiriendo es absurdo. Brendan nunca aceptaría sobornos ni dejaría que hombres culpables quedaran libres. Es un buen hombre, un hombre justo.

—Estás equivocado —digo, pero noto que me tiembla el labio y que el estómago me da vueltas.

—No lo estoy, Sib. Sé que debe ser difícil escuchar esto, pero está acabado. Tengo pruebas. Se las llevaría a McVeigh yo mismo, pero me preguntarían cómo las conseguí y... —Los ojos de Finn buscan los míos, y la vergüenza me inunda. Le he chupado la polla a este hombre y me lo he tragado, y ahora me está mirando a los ojos para decirme que cometió un delito para encontrar pruebas de que mi mentor está corrompido.

—Tengo que irme —suelto, pasando junto a él. El cerrojo me lo impide, así que alargo la mano para abrirlo, y Finn me agarra la mano.

—No estoy mintiendo sobre esto. Nunca mentiría. Estoy haciendo que los informáticos de Ronan impriman las imágenes que tomé de los archivos en el despacho del juez y...

—No, para. —Levantando la mano, me cubro una oreja y me pongo un dedo en la otra, con el maletín colgando de mi mano, pellizcándome la piel—. Para. No puedo oír esto. —Finn está confesando un allanamiento, y no puedo oír esto o me veré obligada a procesarle también, incluso si es para descubrir a un juez corrupto.

Levanta las manos y abre la puerta, retrocediendo en señal de rendición mientras yo salgo corriendo. Mi cabeza da vueltas, las lágrimas se acumulan en mis ojos mientras empiezo a tener arcadas secas. Necesito alejarme de él, muy lejos. Necesito tiempo para procesarlo y pensar, pero tengo que estar en el tribunal. El único lugar donde sé que no se acercará a mí es en la sala del tribunal detrás de mi mesa, así que atravieso rápidamente las puertas dobles justo cuando están anunciando al juez Callahan, y pierdo la batalla con mi desayuno.

El vómito sube, derramándose de mi boca por todo el pasillo de la sala del tribunal. Brendan está de pie detrás de su estrado mirándome fijamente mientras todos los ojos se vuelven para observarme. Soy un desastre, sollozando y vomitando, y el mazo golpea mientras la gente empieza a susurrar.

Una mujer cercana me pasa un pañuelo que uso para limpiarme la boca, y Callahan dice:

—Parece que la Fiscal Adjunta Gallagher se encuentra indispuesta hoy. Haremos un receso hasta mañana.

Me quedo ahí parada un segundo mirando mi desayuno en el suelo antes de darme cuenta de que si no salgo de aquí, Finn vendrá a

buscarme de nuevo. Salgo disparada hacia el pasillo y él no está allí, así que me dirijo directamente a las escaleras y bajo apresuradamente, todavía conmocionada por su noticia.

No hay manera de que Brendan sea corrupto, es imposible. No puedo creerlo. Si lo creyera, entonces toda mi visión del sistema judicial de este país estaría distorsionada. ¿Cómo podría haberme guiado para ser la fiscal más honesta, ética e íntegra, para derribar al mundo criminal con dignidad, y luego ser corrupto también? No tiene sentido.

Paro el primer taxi y le doy al conductor un billete de cincuenta para que me lleve a casa rápidamente. El único lugar donde me sentiré segura es encerrada en mi ático con las puertas cerradas. Ni siquiera sé por qué estoy huyendo, o de qué estoy huyendo. ¿Es de Finn? ¿Le tengo miedo? ¿O tengo miedo de que tenga razón, de que toda mi vida profesional sea una farsa?

¿Y cómo pudo haberlo visto todo desde el principio cuando yo no vi nada? Sí, el juez estuvo en mi casa sin mi permiso, pero es un hombre poderoso. ¿Verdad? Tiene sus métodos debido a su posición, no porque algún criminal esté detrás de él manejando los hilos.

No puedo pensar con claridad hasta que estoy dentro de mi apartamento con las puertas cerradas. Dejo mi maletín, dándome cuenta de que también le he echado vómito encima. Después de limpiarlo, me quito los zapatos y voy a servirme una copa cuando recuerdo el test de embarazo. No vomité solo porque el desayuno me sentó mal o porque estaba estresada.

Mis pechos sensibles, mi fatiga extra, las náuseas... Todo apunta a algo. Y mi periodo también se ha retrasado. Ya sé lo que significa y estoy viviendo en negación. Puedo servirme una copa de vino pero eso no eliminará la verdad. Solo me adormecerá para no sentirla.

Entro en el baño y saco el test. La varilla blanca de plástico es ligera, pero mi corazón pesa. Oigo golpes en mi puerta, la voz de Finn

llamándome, pero lo ignoro mientras me subo la falda y me bajo las bragas. Me pongo en cuclillas sobre el inodoro, sosteniendo la varilla en el chorro de mi orina.

Dice que hay que esperar tres minutos completos, pero el test se procesa casi al instante. Antes de que termine de orinar, veo dos líneas rosas. Estoy jodidamente embarazada. Voy a tener un bebé de la Mafia. Estoy sucia, manchada, mancillada. No hay vuelta atrás. Esto ya no es solo trabajo encubierto. Estoy unida a ellos para siempre y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Las lágrimas brotan calientes y rápidas, y me desplomo en el inodoro con las bragas alrededor de los tobillos escuchando a Finn O'Rourke —el padre de mi bebé— golpeando mi puerta. ¿Qué he hecho?

FINN

Está oscuro, tan oscuro que la noche parece absorber incluso la luz de mis faros. Conduzco por la serpenteante carretera rural hacia las colinas que se extienden al sur de Dublín. El condado de Wicklow está casi a noventa minutos en coche desde la ciudad, un lugar hermoso con exuberantes colinas verdes. Perfecto para esconderse cuando no quieres que te encuentren. Perfecto para un hombre como Sean McCarty, que no tiene nada por lo que vivir si los Doyle le encuentran.

La carretera que necesito se me escapa. Es difícil encontrar el desvío y no lo noto hasta que he ido demasiado lejos. Un camino de entrada me sirve para dar la vuelta, aunque tengo que esperar a que pase un coche para salir marcha atrás y volver en la dirección correcta. Es extraño, he estado solo en esta larga y sinuosa carretera toda la tarde, así que encontrar otro coche en mi camino me hace recapacitar. No estoy solo aquí como pensaba, y tampoco lo está el señor McCarty. Me pregunto si él lo sabe.

Cuando vuelvo a encontrar el camino y llego a la pequeña cabaña escondida en una parcela boscosa, apago las luces y dejo que mis ojos se adapten a la oscuridad antes de avanzar sigilosamente. No puedo asustarlo. Si presiente que me acerco, disparará primero y preguntará después. O huirá, lo que en esta oscuridad absoluta sería igual de malo. No puedo perderlo. Él ha visto con sus propios ojos

que Mick es inocente. Sean McCarty vio al hombre que asesinó a Aiden Hughes.

Aparco a más de un campo de fútbol de distancia, salgo del coche en silencio, apagando la luz interior. Saco mi arma mientras me acerco sigilosamente a la vieja estructura que se inclina sobre sus cimientos. Este lugar está fuera de la red eléctrica. Puedo oír el generador funcionando en algún lugar del bosque, produciendo electricidad para la casa. Las luces brillan en las ventanas, y veo a un hombre alto y robusto caminando por dentro.

Estoy solo, sin refuerzos en caso de que monte un escándalo, pero espero que saber que tiene a la familia O'Rourke de su lado le persuada a hacer lo que hasta ahora ha temido hacer. Puedo obligarle, pero si Siobhan o ese juez corrupto se enteran de que tiene una pistola en la cabeza, alegarán coacción y rechazarán su testimonio, o peor aún. Vendrán a por mí.

Sé que ella no me cree respecto al juez. Lo demostró hace cuatro días cuando vomitó en plena sala y luego salió corriendo. No me ha hablado desde entonces. No puedo acercarme a ella. Ese amigo policía suyo siempre está cerca, y sé que si me ve y estamos solos, no tengo ninguna posibilidad. O me disparará o me arrestará con cargos falsos, aunque Dios sabe que hay muchas cosas de las que podría acusarme que serían ciertas.

La cabaña está aislada. Sé que este hombre podría asesinarme a sangre fría y nadie me encontraría si el GPS de mi coche no estuviera rastreando mis movimientos. Pero me acerco de puntillas a través de la maleza hasta la puerta trasera, arriesgándome. Es boxeador, pelea en un ring cerca de la escena del crimen. Las fuentes de Ronan dicen que este hombre salía del club cuando escuchó los disparos y corrió para ayudar a Aiden, solo para ver al asesino apuntándole con su arma. Si testifica sobre eso, Mick podrá quedar libre.

Mi mano en el pomo lo hace chirriar, así que me detengo y escucho. Hay ruido dentro, una radio o televisión encendida. Es imposible que

el hombre me haya oído, pero tengo que ser cuidadoso mientras extiendo la mano e intento de nuevo. Al abrir la puerta, cruje un poco, pero al asomarme al espacio de la cocina, lo veo. Está de espaldas a mí, con un cuenco de fideos instantáneos en la mano mientras mira un partido de fútbol local en la televisión. Es una repetición. Los Rovers están perdiendo. Pero está tan absorto que puedo entrar directamente y ponerle la pistola en la espalda sin que me oiga.

—Muévete y estarás muerto antes de llegar a la puerta —susurro, y él se yergue, dejando caer su cuenco. Sus manos se levantan en señal de rendición y aspira profundamente.

Los bíceps del hombre son más grandes que mis muslos. Sin duda me ganaría en una pelea a puñetazos. Es un atleta entrenado, pero no está cerrando los puños. Está asustado.

—Por favor, no me mates. Tengo una esposa y un hijo en camino — está temblando también, probablemente a punto de orinarse encima. Nada que ver con los criminales endurecidos con los que trato a diario. Lo empujo hacia adelante con el cañón de mi pistola y él da unos pasos tambaleándose.

—No he venido a matarte, Sean —bajo mi arma pero la mantengo en la mano mientras él se gira lentamente para mirarme.

—No vi nada. Por favor... —está negando con la cabeza, asustado. Un hombre de su tamaño tiene poco que temer la mayoría de los días, pero sé por qué está huyendo asustado. Tengo buena información ahora de por qué todo encaja. El hombre que mató a Aiden era un Doyle, y este hombre que tengo delante lo sabe. Es el único que puede unir las piezas. Por eso han sobornado a Callahan.

—Viste algo y necesito saber qué viste. No estoy aquí para matarte. Estoy aquí para obtener respuestas. Los hombres que quieren matarte están ahí fuera —digo, señalando con mi pistola hacia la puerta trasera.

—Lo juro, señor. No vi nada. Solo quiero vivir —está sudando, pálido como una sábana. Lo he pillado desprevenido, pero no es de eso de lo que tiene miedo. Lo matarán si lo encuentran porque es un cabo suelto.

—Necesito saber lo que sabes —avanzo hacia él, pero mientras lo hago escucho el crujido de neumáticos sobre la grava por encima del rugido del televisor—. ¡Mierda! —gruño, girándome para ver unos faros entrando por la puerta trasera—. Me han seguido. ¡Al suelo! —ordeno mientras estalla un tiroteo. Él se tira al suelo lloriqueando como un idiota mientras abro fuego para cubrirnos.

—¡Oh, joder, oh, joder! —sus lamentos son una señal de debilidad que yo no tengo. Quienquiera que esté ahí fuera lo quiere muerto, y tengo que luchar para mantenerme con vida y mantenerlo vivo a él también. La vida de Mick depende de ello.

Más disparos acribillan la estructura en descomposición mientras meto la mano en mi bota y saco mi pistola de repuesto. La dejo en el suelo y se la pateo, gruñendo:

—Si quieres vivir, lucha conmigo. Si no, nos matarán a los dos.

Sean levanta la cabeza y toma la pistola. Es lo suficientemente inteligente para saber que no soy su enemigo aquí. En cuanto los tiradores hacen una pausa, rueda por el suelo y se cubre detrás de un viejo sofá destartalado. Aprovecho la oportunidad para unirme a él, respirando con dificultad.

Un SUV negro atraviesa con estruendo la parte delantera de la cabaña, bloqueando cualquier vía de escape. El coche revienta los neumáticos y los disparos continúan volando hacia nosotros. Me tomo un momento bajo la encimera de la cocina para evaluar la situación. Estamos atrapados. Salir por la puerta trasera es un suicidio con quién sabe cuántos pistoleros fuera. Y ahora nuestra única salida está bloqueada por llamas y metal retorcido.

—Tenemos compañía —sisea Sean desde donde está agazapado bajo la mesa del rincón del desayuno, intentando convertirse en el objetivo más pequeño posible. Maldigo entre dientes, con el corazón latiéndome fuertemente en los oídos. La única salida es atravesarlos, y ambos lo sabemos. La cuestión es si salimos luchando o dejamos voluntariamente que nos pongan balas en la espalda.

—Sean —susurro con voz ronca—, tenemos una oportunidad. ¿Estás conmigo?

Me mira, con los ojos llenos de terror pero también con una chispa de determinación. —Aye, estoy contigo —dice, agarrando su pistola con fuerza en su mano temblorosa. No tiene más remedio que confiar en mí.

—A la cuenta de tres, vamos a correr. Tú toma la izquierda, yo la derecha. Dispara a cualquier cosa que se mueva, ¿entendido?

Sus ojos están muy abiertos. El miedo corre por su cara en grandes gotas de sudor, pero asiente mientras empiezo la cuenta.

—Uno... dos. —A la cuenta de tres, ambos nos ponemos en pie de un salto, con las pistolas disparando.

Me lanzo a la derecha, Sean a la izquierda, y comenzamos a abrirnos paso por el laberinto de madera y cristal destrozados, dirigiéndonos hacia la puerta trasera. La puerta de la cocina explota en una lluvia de balas cuando llegamos a ella, pero logro poner mi cuerpo delante del de Sean justo cuando otra andanada de disparos golpea la casa. Proporcionando fuego de cobertura, nos lanzamos hacia la oscuridad donde los Doyle ya no tienen ventaja. Veo mi coche en la distancia, pero está en llamas, incendiado por ellos para que no podamos escapar.

—Al bosque —siseo, y Sean lidera ahora la carga. Tengo que confiar en él, ya que no sé nada de esta propiedad.

Los árboles azotan mi cara mientras tropiezo tras él, las balas silbando a nuestro lado como avispones furiosos.

Sean tropieza con una raíz y cae, estrellándose contra el suelo con un crujido. Hago lo mismo para ganar algo de tiempo, girándome y vaciando el cargador contra nuestros perseguidores. Mi corazón late desaforadamente mientras expulso el cargador y busco otro que no está ahí. —¡Corre! —le grito a Sean, que se está poniendo en pie de nuevo. Duda, con los ojos llenos de miedo e indecisión—. ¡Ve! ¡Corre, joder!

Juntos, corremos por un sendero hacia la oscuridad. El ruido se hace más tenue detrás de nosotros y escucho su respiración laboriosa. Se detiene, girando hacia un montón de zarzas, y gruñe: —Por aquí. — Lo sigo con incertidumbre, pero cuando se arrodilla detrás de las zarzas, por ahora estamos camuflados y a salvo, pero vendrán a buscarnos.

—¿Qué coño era esa gente? —jadea Sean, apretado entre dos árboles mientras recuperamos el aliento. Su respiración es áspera, incluso gorgoteante. Uso el móvil como linterna para iluminar brevemente su cara y noto que le sale sangre de la boca. Le han disparado.

—Madre de Dios —gruño mientras marco el número de Ronan. Es nuestra única oportunidad de salir vivos de esta... si podemos sobrevivir noventa minutos hasta que él llegue conduciendo.

SIOBHAN

Hace días que no hablo con Finn. Incluso Liam parece callado últimamente. Hemos tenido varios días escuchando el testimonio de los testigos del Sr. Quinn, pero en mi lado del caso, todo ha estado tranquilo. Fue mi decisión mantener a Finn a distancia, rechazando sus llamadas e ignorando el timbre cuando venía a verme. No tengo ni idea de qué decirle sobre el bebé. No sé lo que quiero ahora mismo.

No ha venido al tribunal, no me ha parado en la calle ni en la acera. Siento que está captando que necesito espacio, pero esta mañana me he despertado con un mensaje suyo, algo urgente que sé que necesito hablar con el juez Callahan, y si Finn tiene razón y mi mentor está corrupto, esta noticia no le sorprenderá en absoluto.

Mis manos tiemblan mientras aliso la parte delantera de mi falda azul marino, de pie frente al despacho del juez. Estamos programados para reanudar los testimonios en una hora y escuchar los alegatos finales después de eso más tarde esta semana, pero la llamada de Finn lo cambia todo. Ni siquiera estoy segura de cómo procesar lo que está ocurriendo. Si el Sr. Quinn llama a un testigo que no está en la lista, nos veremos obligados a hacer un receso y verificar al nuevo testigo.

Respiro hondo y con el corazón acelerado llamo a la puerta. Brendan sabe que vengo. Le dejé un mensaje diciendo que era urgente

hablar con él, y me dijo que bajara inmediatamente. Ahora no estoy segura de si estoy loca o simplemente asustada. ¿Cómo puede estar corrupto mi mentor? Tengo que saberlo por mí misma, pero la única manera de saberlo es exponerme, hacerle saber que conozco la verdad o al menos sospecho algo. ¿Y cuán peligroso será esto para mí entonces?

—Adelante —llama desde el otro lado de la puerta. Cuando entro, lleva puesta su toga pero no está abrochada. Su camisa blanca está abierta en la parte superior, con la corbata colgada flojamente alrededor de sus hombros. Levanta la mirada por encima del borde de sus gafas y sonríe.

—Siobhan, pasa —dice amablemente, quitándose las gafas y señalando con ellas la silla frente a su escritorio. Es difícil creer que Finn haya estado aquí. Sé que es un delincuente, pero hace falta valor para irrumpir en un juzgado hasta el despacho del juez y husmear en los archivos. Miro el archivador y me hundo nerviosamente en la dura silla de cuero—. ¿Qué te trae por aquí?

Callahan dobla sus gafas y las coloca sobre el escritorio antes de entrelazar sus dedos y apoyarlos sobre un expediente frente a él. Parece tranquilo y sereno, como siempre. Sin preocupaciones, como si nada estuviera mal. Es su naturaleza, su personalidad. Es padre, hermano, tío, un hombre amable y cálido del que nadie sospecharía. Claro, no es culpable de asesinato, pero si está corrupto, es culpable de hacer la vista gorda, de mirar hacia otro lado.

—Señor, tengo algo que discutir que considero muy importante para este caso y no estoy segura de si el Sr. Quinn necesita estar presente para esto, pero si estoy cruzando límites, por favor hágamelo saber —Aprieto los labios en una línea firme y trago saliva. Este despacho ahora me intimida. Las estanterías con libros de derecho se alzan como distintivos de honor, juzgándome por lo que estoy haciendo, por quién soy: la madre de un futuro delincuente, la amante de un delincuente actual, una persona que duda del único hombre en quien realmente confió.

—Está bien, querida. ¿Qué ocurre? —Abre las manos en un gesto acogedor y luego las vuelve a entrelazar. Intento relajarme. No es un criminal endurecido. Es mi mentor, un amigo.

—Señor, ha salido a la luz nueva evidencia, algo que puede desbaratar todo mi caso. Un testigo se ha presentado diciendo que vio el asesinato de Aiden Hughes y no fue Mick O'Connor —Mis ojos escudriñan sus facciones ahora, buscando cualquier señal de que algo va mal. Él se mueve en su asiento, sus ojos se tensan pero su rostro permanece relajado. Su cara de póker es buena.

—¿Qué fiabilidad tiene este testigo? ¿Sabemos algo sobre él? —Me mira como si yo fuera la que miente, pero por la forma en que se recuesta, presiona un dedo contra su mejilla mientras su pulgar sostiene su barbilla, puedo ver cómo está luchando internamente. Ahora está nervioso.

—Muy fiable, señor. Ha estado escondido en una cabaña al sur de Dublín. Hace cuatro noches, hubo un tiroteo en su propia cabaña. Le hirieron intentando matarle para evitar que testificara. Sabemos que el verdadero asesino no era un O'Connor en absoluto —Retengo lo que realmente sé porque no quiero revelar demasiado. Incluso excluyo a Liam de esta ecuación. Él solo me diría que soy una tonta.

—Ya veo... —Nunca le he visto sin palabras. Se queda sentado mirándome, entornando los ojos, y pregunta—: ¿Qué piensas hacer al respecto?

Un escalofrío me recorre hasta los huesos, agitando las náuseas matutinas que he estado teniendo. Han sido leves, pero las emociones intensas las han empeorado. Tengo que pensar en mi bebé nonato, que he decidido que no es una opción. No puedo simplemente desechar una vida, aunque tenga un coste para mí. Aunque me resulte inconveniente. Y con el giro en este caso, ahora me siento aterrorizada. Mi vida siempre ha estado en riesgo, pero ahora también tengo que pensar en un hijo.

—Bueno, señor, lo único que puedo hacer es lo correcto. Tengo que examinar las pruebas y moverme en la dirección adecuada. Si este testigo es creíble, tengo que retirar los cargos contra Mick O'Connor y perseguir al verdadero responsable —Mis entrañas se sienten como cera derretida bajo su ardiente mirada. No está contento conmigo y mis principios morales, pero no puedo enviar a un hombre inocente a prisión por asesinato, sin importar cuántas otras cosas incorrectas haya hecho. No está bien.

—Señorita Gallagher, permítame recordarle que usted es una servidora de este tribunal y que tiene el deber de cumplir con su obligación —Se sienta más erguido, adoptando ahora el tono de mi mentor. El amistoso Brendan Callahan ha desaparecido, y estoy mirando al Honorable Juez Brendan Callahan con la autoridad que respalda su nombre.

—Pero señor, Mick O'Connor...

—Seguirá siendo juzgado y declarado culpable —Hay una amenaza en su expresión que nunca había visto antes, algo intenso que me empuja al límite y hace que mi cuerpo se inunde de adrenalina. Es aterrador en toda su autoridad y no estoy segura de cómo sentirme al respecto.

—Puede que sea inocente —le digo, pero escucho las palabras de Finn resonar en mi oído. He escuchado ese mensaje de voz tantas veces ya. Finn insiste en que Mick no está recibiendo un juicio justo, y me inclino a estar de acuerdo con él.

—Siobhan, te han visto complaciendo a un criminal. Deberías tener cuidado con lo que andas soltando por ahí. La gente podría pensar que estás sucia —Sus ojos se entrecierran sobre mí, oscuros, ominosos. Me levanto lentamente y asiento, ya temiendo por mi vida.

—Sí, señor —digo—. Gracias, señor.

—Ten cuidado ahí fuera —Sonríe de nuevo, pero es una sonrisa oscura, siniestra.

Mensaje recibido alto y claro. El hombre que pensaba que era el más íntegro y noble de todos está sucio. Lo atraparon en algún momento, y he sido una tonta por pensar que algo en este mundo es como debería ser.

Antes de salir del juzgado, envío un mensaje a Finn.

Siobhan 8:12 AM: Creo que necesito esa protección que me ofreciste. YA.

FINN

Nuestro nuevo testigo estrella, Sean McCarty, el único que puede limpiar el nombre de Mick, yace en el dormitorio de invitados de la casa de Ronan. Ro insistió en que lo llevara allí para que Maeve le cosiera las heridas. El disparo solo le rozó el esófago. El hombre tiene una suerte de mil demonios. Un centímetro a la derecha y habría muerto.

Camino hacia la habitación donde descansa. Maeve está revisándolo, Ronan preparado para interrogarle sobre todo lo que ha visto y lo que ocurrió después del incidente. Sé que Sean está muerto de miedo, y debería estarlo. Si está diciendo la verdad y los Doyle están detrás de la muerte de Aiden, no pararán hasta que él también esté muerto. Se han tomado todas estas molestias para inculpar a Mick. No dudarán en asesinar a cualquiera que manche su versión, incluidos Sean o Siobhan.

Maeve sale de la habitación mientras me acerco a la puerta. Me dedica una sonrisa suave y suspira. Sé que odia esta parte del negocio, cómo Ronan la tiene a mano para atender a cualquiera que resulte herido en el curso de nuestro trabajo, pero todos estamos agradecidos de contar con una de las mejores cirujanas de la ciudad. Es mejor que acudir a un veterinario.

—Está cansado —dice en voz baja.

—¿Ha hablado con Ro? —Miro dentro de la habitación y veo a Sean postrado en la cama, con el cuello vendado y los ojos cerrados. Ronan está de pie sobre él, con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Puedo ver la tensión en su rostro. No podemos simplemente llevar a este tipo al juzgado y declarar la verdad. Los Doyle lo matarían al instante. La policía querría interrogarlo, y los hombres corruptos a sueldo de los Doyle que trabajan en el sistema judicial o en la comisaría acabarían con él.

—Está débil, pero le dijo a Ronan que lo vio todo. —Maeve me toca el brazo y baja la cabeza mientras se aleja. Mi móvil vibra y lo saco para comprobarlo mientras entro, y veo que es un mensaje de Siobhan. Se supone que debería estar en el juzgado ahora mismo, pero el mensaje parece urgente. Está pidiendo algo de seguridad después de días sin hablarme.

—¿Cómo está? —le pregunto a Ronan, y mi hermano mayor me mira con ira en los ojos.

Después de ocultarnos en el bosque durante noventa minutos, rezando a Dios en el cielo para que esos idiotas no nos encontraran, Ronan y una horda de nuestros hombres asaltaron el lugar y los ahuyentaron. Por suerte para nosotros, nadie perdió la vida en nuestro bando, pero había varios Doyle abatidos. No se molestaron en limpiar el desastre. Nuestro principal objetivo era traer a McCarty de vuelta aquí a salvo.

—Está vivo y está hablando. —Rodea el pie de la cama, me agarra del codo y me saca de la habitación—. ¿Está ahora de nuestro lado? —pregunta, refiriéndose a Siobhan.

—Sí, creo que sí. —Mi instinto me dice que si está pidiendo seguridad es que ha ocurrido algo que le ha ayudado a descubrir la verdad. Odia que yo haya expuesto a ese juez corrupto por lo que realmente es, pero a veces la verdad duele—. Me está pidiendo que le busque seguridad. Creo que está lista para jugar duro.

—Justo a tiempo. —Ro cierra la puerta después de salir de la habitación y mira con furia el pasillo en la oscuridad—. No la cagues, Finn. Si Mick cae, todos caeremos, uno por uno. —Sus ojos son de acero endurecido.

Sé lo que tengo que hacer. Lo he sabido desde el principio y está funcionando de maneras que nunca previ. Mick saldrá libre. Me aseguraré de ello. Y de una forma u otra, Siobhan será mía. No dejaré que se me escape.

—Voy a salir.

—Termina esto ahora. Saca a Mick de ahí y metamos al verdadero culpable entre rejas. Tengo la sensación de que se está gestando una guerra. Necesitaremos a todos para luchar cuando estalle. —Su declaración me añade presión, pero soy consciente de lo cierta que es. Cuando los Doyle descubran que tenemos a un hombre que puede meter a su activo entre rejas, vendrán buscando problemas. Y algo me dice que ahora que Ronan sabe quién mató a Aiden, puede que él ataque primero de todos modos.

Cojo a Noah y a Patrick, dos de mis mejores hombres, y me dirijo hacia la casa de Siobhan. Soy muy consciente de que los Doyle han tenido a alguien siguiéndome, aunque no estoy seguro de por cuánto tiempo. Es la única forma en que habrían sabido dónde estaba Sean, y yo les llevé directamente hasta él. Tuvimos suerte de salir apenas con un rasguño, pero no puedo ser demasiado cuidadoso ahora.

—Noah, tú conduces —le digo mientras subimos al coche. Me siento atrás, donde puedo enviar un mensaje a Siobhan para hacerle saber que vamos en camino, y Patrick se une a Noah delante. Serán sus guardaespaldas personales hasta que todo esto termine, lo que me permitirá seguir trabajando en otras cosas mientras me aseguro de que está a salvo. Su seguridad, por encima de todo, es mi prioridad principal. Necesito que se dé perfecta cuenta de ello.

Mi teléfono vibra con una llamada entrante justo cuando Noah se aleja de la acera. Veo que es ella, y elevo una silenciosa plegaria de agradecimiento antes de contestar. —Siobhan.

—Finn —dice entre respiraciones entrecortadas—. Necesito ayuda...

—Lo sé, cariño. Estoy de camino. Dime qué ha pasado. —Suena frenética y asustada. Me la imagino tirándose del pelo, enrollándoselo en un dedo. No está preparada para esta mierda y se enfrentó a ella con todas las armas cargadas. McVeigh debería haber sabido que no era buena idea darle este caso.

Siobhan comienza contándome que confrontó al juez sobre retirar los cargos contra Mick, y antes de que pueda terminar, Noah hace que el coche dé un volantazo. Oigo disparos, y me agacho cuando la luneta trasera se hace añicos.

—¿Qué demonios? —jadeo, dejando caer el teléfono. Instintivamente alcanzo mi pistola enfundada en la cadera, y las maniobras evasivas de Noah nos compran unos minutos de tiempo.

—Patrick, ¿tienes una pistola? —grito, y él asiente, alcanzando la guantera—. ¡Dispara, nos están siguiendo!

Los neumáticos chillan cuando Noah gira el coche para evitar un contenedor de basura. Mi corazón martillea en mi pecho, el sonido casi ahogado por el rugido del motor. El SUV negro sigue pegado a nuestro rabo, implacable como siempre. No aparto los ojos del retrovisor, viendo cómo los faros se hacen más grandes con cada segundo.

—¡No dejes que se acerquen, Noah! —grito, preparándome.

No responde. No necesita hacerlo. Está haciendo todo lo que puede. Sus manos son un borrón en el volante, sus ojos agudos.

La calle más adelante está despejada, pero nos estamos quedando sin opciones. Miro a mi derecha. Patrick saca su pistola de la funda, con los nudillos tensos alrededor de la empuñadura. Está listo.

—¿Listo para devolver el fuego, Finn? —gruñe Patrick, como si hubiera estado esperando esto.

No necesito responder. Ya tengo la mía desenfundada. Golpeo la culata de mi pistola contra el asiento para estabilizarme.

—Toma el siguiente giro, Noah. Fuerte a la izquierda.

No duda. Los neumáticos chirrían mientras hacemos el giro brusco, cruzando dos carriles de tráfico. Una rápida mirada al espejo lateral confirma lo que ya sé. El SUV nos sigue, como una sombra.

Los faros parpadean en la carretera húmeda detrás de nosotros, y levanto mi pistola por la ventana. Suena un único disparo. El SUV se tambalea, sus neumáticos delanteros derrapando durante un segundo antes de que el conductor recupere el control. Estamos ganando terreno, pero no el suficiente.

—Métenos en el siguiente callejón. ¡Rápido!

Los ojos de Noah se desvían hacia mí durante una fracción de segundo, el tiempo justo para que pueda vislumbrar cómo aprieta la mandíbula. Gira bruscamente el volante a la izquierda de nuevo, llevándonos por un estrecho callejón, con los muros de ladrillo acercándose por ambos lados.

El sonido del motor del SUV retumba detrás de nosotros. Miro hacia atrás justo a tiempo para ver los faros destellar antes de que desaparezcan tras una esquina.

—¿Todavía nos siguen? —grito a Patrick, que tiene sus propios ojos pegados al retrovisor.

—¡Están cerca! —grita Patrick mientras una ráfaga de disparos impacta en la puerta trasera.

Siento el coche tambalearse, mi cuerpo presionado contra el asiento. —¡Nos han dado! —grito. La adrenalina es densa en el aire, asfixiante. Mis manos se aprietan alrededor de la empuñadura de mi pistola.

—¡Concéntrate en conducir, Noah! —ladro.

Ya se ha adelantado a mí, girando bruscamente a la derecha hacia otro callejón. Zigzagueamos por las calles como una rata en un laberinto. Los faros del SUV permanecen en persecución, cortando la brumosa noche como un depredador cazando a su presa.

—¡Patrick, cúbrenos! —grito mientras apoyo mi cabeza contra el asiento, intentando mantenerme agachado. Patrick responde al fuego, los disparos resuenan, pero parece que no hacen más que empujar al SUV hacia atrás temporalmente. Necesitamos más tiempo.

Noah vuelve a girar a la derecha, evitando por poco un contenedor. Mantenemos nuestra velocidad, pero el SUV no se queda atrás. Iguala cada movimiento, permaneciendo pegado a nuestro parachoques.

Ahora puedo verlo: la distancia se está reduciendo. Necesitamos perderlos. No hay otra opción.

—¡Toma la siguiente a la izquierda, Noah. Fuerte a la izquierda! —grito de nuevo.

Obedece al instante, los neumáticos chirrían mientras el coche se desliza hacia una vía más amplia. El SUV se precipita tras nosotros. Esta es nuestra última oportunidad. Mis ojos escanean la calle que tenemos por delante.

—¡Allí! —grito, señalando. Una obra en construcción, ampliamente abierta con barreras de hormigón a ambos lados, una estrecha salida al final. Si podemos llegar...

Nos colamos, dirigiéndonos directamente hacia la apertura. El SUV no lo consigue. Se estrella contra las barreras, lanzando una bola de fuego al aire en un impacto explosivo. Observo la nube en forma de hongo elevarse y suelto un suspiro furioso.

Llegamos al final, el camino de tierra levantándose a nuestro alrededor. Estamos libres, por ahora, pero sé que vendrán más. Siobhan también lo sabe. Por eso finalmente me pidió seguridad, y no un momento demasiado pronto. Los Doyles no van a rendirse sin luchar. Harán cualquier cosa para evitar que su secreto salga a la luz.

SIOBHAN

Me he mordido las uñas hasta la carne viva y tengo el pelo hecho un desastre. Cuando Finn llama a la puerta, casi me sobresalto esperando que sean Liam o Brendan, y estoy tan aliviada al verlo que ni siquiera me importa lanzarme a sus brazos mientras otros dos hombres corpulentos con pistolas y sudor goteando de sus frentes nos observan.

—Dios mío, estoy muerta de miedo —estoy lloriqueando como una maldita cría, pero después de descubrir que el juez Callahan es tan corrupto como dice Finn, ya no sé ni dónde estoy. Hace dos meses, le habría dicho a cualquiera que el juez Callahan era el bueno y Finn O'Rourke el malo, pero hoy las tornas han cambiado. Confío en Finn con mi vida.

—Shh, tranquila, estoy aquí —dice Finn mientras me envuelve con sus brazos. Me hace retroceder por mi oscura cocina hasta el salón. No puedo soltarle. He estado temblando todo el día desde que terminó el testimonio. No presenté réplicas ni objeciones a los interrogatorios o testigos de Quinn. Callahan parecía notar mi inquietud. Levantó la sesión una hora antes, y juro que alguien estaba siguiendo el taxi en el que volví a casa. Debería haber pedido a Liam que me llevara, pero después de cómo intentó ligar conmigo, ya no sé a quién recurrir.

Lo que me deja con Finn.

—No solo hizo la vista gorda con el nuevo testigo, Finn. Me ordenó continuar con el caso contra Mick O'Connor. Me dijo que declararía culpable a ese hombre —creo que voy a vomitar solo de recordar la interacción de esta mañana—. Eso significa que probablemente también ha manipulado al jurado.

Le conté todo a McVeigh, pero no sé cómo alguien puede detener esto ahora. Si van contra Callahan, irán contra los hombres que lo controlan. Se pondrá feo rápidamente, y no quiero formar parte de eso.

—Vigilad la entrada —dice Finn, mirando a sus hombres. Se mantienen estoicamente junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y las pistolas en mano. Si no supiera mejor, pensaría que también están algo alterados, como si hubiera ocurrido algo que los asustó. Pero mi concentración ahora está en mantener la cabeza fría y asegurarme de que Finn sepa lo grave que se ha vuelto todo esto.

Me toma de la mano y me lleva a mi dormitorio, donde cierra la puerta y se vuelve hacia mí, acunando mis mejillas entre sus manos.

—¿Estás bien? ¿Te amenazó?

Niego con la cabeza y parpadeo para contener las lágrimas.

—No hubo amenazas, solo lo que te dije. Me ordenó continuar con el caso tal como está porque Mick O'Connor sería declarado culpable. Finn, él no lo hizo, ¿verdad?

Mis ojos buscan los suyos y puedo ver la verdad en ellos. Me aferro a él de nuevo, agarrando sus manos y llevándomelas a los labios. Las lágrimas brotan y esta vez no puedo detenerlas.

—Sib, cariño, yo me ocupo de esto —se libera de mi agarre y me abraza para que quede acurrucada contra su pecho. Me siento segura aquí donde nunca pensé que lo estaría. Liam no se equivocaba con sus advertencias iniciales de que los hombres de

O'Rourke son peligrosos. Nunca debería haber aceptado este caso. No estoy preparada para este nivel de maldad.

—Eh, está bien... —Finn besa mi mejilla, luego besa algunas lágrimas—. Mis hombres son los mejores en este negocio. No van a dejar que te pase nada. ¿Vale?

—Está corrupto... —sollozo y escondo mi cabeza en la curva de su cuello. Huele a almizcle y a algo primario. Puedo ver que mi suposición anterior de que había ocurrido algo es correcta, pero no puedo ni imaginar qué más podría haber salido mal como para preguntarle.

En lugar de eso, levanto mis labios y lo beso, un beso desesperado y hambriento. De esos que suplican que alguien corresponda. Necesito sentirme más segura, más cerca de él. Necesito ser una con él y sentir el poder crudo de sus brazos alrededor de mí. Todo está fuera de control: el caso, el bebé, mi vida. Necesito sentirme anclada y con los pies en la tierra, y no puedo pensar en una mejor manera que sacudir mi sistema nervioso hacia la realidad.

—¿Ahora? —pregunta, y una tormenta se forma detrás de sus ojos.

—Cállate y bésame —gimoteo, reclamando sus labios otra vez.

Finn nos gira hacia la cama y me lleva en esa dirección. Sus manos hacen un trabajo rápido con mi ropa, quitándomela pieza por pieza mientras desabrocho su cinturón y sus pantalones. No puedo tener suficiente. Sus manos están por todas partes, en todos lados a la vez, y la sensación de tenerlo contra mí, la seguridad que proporciona es lo que mi cuerpo tembloroso necesita.

—Maldita sea, Siobhan —gruñe en mi cuello mientras siento sus dientes hundirse en mi piel. Tengo sus pantalones desabrochados, su camisa por fuera, y él aparta mis manos, arrancándose la camisa él mismo. Le ayudo a bajar mis bragas por los muslos y sobre mis caderas, luego me aparto lo justo para dejarle quitarse sus propios pantalones y calzoncillos, y entonces caemos en la cama.

Los músculos se tensan donde los toco, el calor de su piel como una droga. Mi cuerpo tiene sed de esto, de él, y ahora mismo, no me preocupa lo que sucederá después. No puedo pensar más allá del próximo roce, del próximo gemido. Sus labios vuelven a los míos, febriles y desesperados mientras se acomoda entre mis muslos y entierra su miembro en mí.

—Dios, Sib —gime contra mi cuello—, te necesito.

Arqueo mis caderas hacia arriba, suplicando por más. Finn responde, empujando más hasta que cada centímetro de él está dentro de mí. Es largo y grueso, y me muerdo el labio para no gritar. Después del paréntesis que ambos hemos tenido la semana pasada, duele deliciosamente. Mi cuerpo recuerda esta sensación, lo recuerda a él, e instantáneamente se derrite a su alrededor como mantequilla mientras envuelvo mis piernas alrededor de su cintura.

—Eso es —jadea en mi oído.

—Cómo me agarras, cariño —su mano se mueve para acariciar mi trasero y la otra se enreda en mi pelo, atrayéndome a un profundo beso que nunca quiero que termine.

Las caderas de Finn se mueven con las mías en un ritmo que enciende cada terminación nerviosa. El calor se acumula entre mis muslos y mi cuerpo se tensa mientras el orgasmo se construye. Puedo sentirlo, burlándose de mí desde lejos. El calor me atraviesa como si me hubiera electrocutado cuando él se hunde aún más dentro de mí, hasta la empuñadura, y eso es todo lo que necesito para deshacerme debajo de él. —Dios —gime Finn, y luego, trazando un camino de besos por mi cuello, susurra en mi oído—: Te quiero.

Me aferro a él, con el corazón en la garganta. ¿Acaba de decir lo que creo que dijo?

—Finn... —empiezo, pero sus labios silencian mis protestas.

Finn acelera el ritmo, embistiéndome con una ferocidad que necesito desesperadamente. Pensé que sería tierno, suave, pero no, hay algo salvaje en sus ojos esta noche. Me está poseyendo, y me estoy permitiendo ser consumida por él, plena y completamente.

—¡Finn! —gruño su nombre, arañando su espalda y arqueando mis caderas.

—Dios, sí —murmura en el espacio entre nosotros—. Córrete para mí, Siobhan.

Todo mi cuerpo tiembla debajo de él. El calor me inunda y las estrellas bailan detrás de mis ojos. Me retuerzo y jadeo. El aire llena mis pulmones, pero mi cabeza da vueltas mientras me estremezco y tiemblo. No sé cuánto tiempo tardo en recuperar el aliento, o en que él reduzca la velocidad, pero cuando mi visión se aclara, Finn sigue dentro de mí, jadeando tan fuerte como yo. Sus ojos están fijos en los míos, y puedo ver la misma cosa salvaje en ellos que corre por mí.

—Yo también te quiero —respiro, con el corazón latiéndome en el pecho. Sus embestidas son más lentas ahora, pero con propósito. No puedo apartar la mirada de la suya, y él tampoco lo intenta.

—Te tendré cada día por el resto de mi vida. —Su voz es ronca, su mano acunando la parte posterior de mi cabeza mientras me besa profundamente, sus labios fusionándose con los míos—. Déjame cuidarte.

—Sí —jadeo—. Por favor —suplico.

Sonríe contra mis labios y continúa con el ritmo tortuoso hasta que me sorprende y nos da la vuelta. Ahora estoy encima, mi cuerpo presionando el suyo contra el colchón mientras él se hunde más profundamente dentro de mí.

—Dios, te quiero tanto —gimo, agarrándome a sus bíceps mientras embiste dentro de mí una y otra vez.

Las manos de Finn están por todas partes, sus dedos extendidos sobre mi trasero mientras susurra cosas sucias en mi oído.

—Grita para mí, nena. Grita mi nombre —exige, y lo hago.

—¡Finn! ¡Oh, joder, Finn! —grito cuando otro orgasmo me atrapa, mi cuerpo tenso como la cuerda de un arco antes de romperse. No puedo detener las convulsiones que me doblan, y muerdo su hombro para ahogar más gritos. Mi nombre escapa de sus labios en un gruñido un momento después mientras su propio clímax le domina. Su calor me inunda deliciosamente y humedece la fricción entre nosotros.

Ambos respiramos pesadamente, con los pechos agitados mientras yacemos enredados en los brazos del otro. Todavía no sé qué le voy a decir sobre el bebé o cómo me las arreglaré para manejar esta relación y mantener mi reputación. Pero sí sé que él es lo que quiero. Cuando sentí que mi mundo se derrumbaba, fue a él a quien llamé.

Solo tengo que sobrevivir a este caso judicial y podremos resolver los detalles más adelante.

FINN

Comienza otra vez la sesión judicial y, aunque Siobhan no ha movido un músculo salvo para garabatear algunas notas en su bloc de vez en cuando, mi atención está centrada en ella. Después de una larga conversación en plena noche, ambos decidimos que por ahora es más seguro si pongo a hombres completamente ajenos a cualquier organización criminal para vigilarla. No quiero arriesgarme a que parezca que hay irregularidades en este caso, ni ella tampoco, especialmente sabiendo que Callahan está corrupto.

Si trae a otro fiscal aquí, será una sentencia de muerte para la libertad de Mick. Así que he contratado a algunos hombres que sé que son los mejores en el negocio, dos rangers del ejército con calificaciones excelentes. No fue difícil convencerles para que vigilaran a una fiscal del DPP, y mi oferta de tres mil libras diarias a cada uno ayudó, estoy seguro.

—Señor O'Hare, lo que le estoy preguntando es... —El señor Quinn está divagando y Siobhan no lo detiene. El testigo es dueño del restaurante calle abajo donde supuestamente vieron a Mick esa noche antes de disparar a Aiden. Todos sabemos que Mick estaba follando con su puta en un apartamento del piso superior a una manzana hacia el este, y Quinn está intentando demostrar que nunca fue al restaurante. Es una lástima que en esta parte antigua de la ciudad no haya muchas cámaras, o habríamos acabado con estos cargos hace mucho tiempo.

Un miembro del jurado tose y Siobhan levanta la mirada. Noto que su forma de sentarse es diferente a la habitual. Desde que le dije que Callahan está corrupto, se ha retraído, como si ni siquiera estuviera luchando por el caso. Sé que tiene miedo de lo que le pueda pasar, pero necesito que luche con más fuerza, que demuestre la inocencia de Mick. Hablamos de esto la otra noche cuando estuve en su apartamento, pero cuando se sienta en esta sala, se convierte en un ratoncillo asustado que teme enfrentarse al elefante.

—¿Y cree que es posible que simplemente lo haya confundido con otra persona? —Quinn se para frente al estrado de los testigos, fulminando al hombre con la mirada. El testigo parece sereno, ensayado. Me pregunto quién le habrá pagado para que diga estas cosas. Probablemente sean los mismos hombres que pagaron a Sarah Duncan para que dijera lo que dijo.

Hemos estado apagando fuegos desde el principio. Ella no va a soltar los nombres o las descripciones de los hombres que la sobornaron, y Ronan exigió que la escondiéramos, probablemente por insistencia de su mujer. Le dije que dejara a Duncan sentada esperando y cuando los Doyle vinieran a buscarla, los atraparíamos. Pero eso no funcionó exactamente cuando fuimos a por Sean McCarty. Salieron disparando y casi lo perdimos.

—Señoría, protesto —Siobhan, ahora frustrada, se levanta y objeta a la línea de interrogatorio—. Estamos hartos de esto. Está acosando al testigo. ¿Podemos seguir adelante? —Planta una mano en su cadera y suspira. Observo la curva de su trasero y sonrío al recordar las cosas que le he hecho en secreto. El caso judicial nunca va a salir como yo quiero, he abandonado esa idea y he pasado a una nueva estrategia.

—Se acepta. Señor Quinn, por favor, continúe. —Callahan levanta las cejas mirando al abogado y el hombre levanta las manos.

—No tengo más preguntas para este testigo, Señoría. —Quinn mira brevemente a Siobhan con desdén, luego sus ojos se encuentran

con los míos antes de sentarse. La objeción no carecía de fundamento. Estaba dándole vueltas a un asunto sin sentido.

—Señoría, solicito un receso de diez minutos. —Siobhan, aún de pie, presiona la punta de sus dedos contra la madera de la mesa que tiene delante y Callahan da un golpe con su mazo.

—Receso de diez minutos. El tribunal se volverá a reunir en punto. —Esperamos a que se levante y salga, y entonces estalla a mi alrededor una oleada de sonidos y movimiento mientras la gente se dirige al baño y al pasillo.

Espero un segundo, con la esperanza de tener una conversación rápida con Siobhan, pero ella se escabulle al pasillo de inmediato, dejando sus cosas sobre la mesa. Con los funcionarios del tribunal fuera de la sala, el juez en su despacho y Siobhan en el pasillo, me acerco a Mick en su lugar.

Está sentado junto a Quinn con la cabeza gacha. Las cosas han sido más difíciles para él desde que se supo la noticia de su verdadera coartada. No solo Rebecca y Brennan no han vuelto a aparecer ni un solo día, sino que ha dado a la acusación un caso más sólido. Tuvo una oportunidad mucho mayor de cometer el crimen dado que realmente estaba en las inmediaciones. Me pregunto si es por eso que los Doyle lo eligieron a él. Sabían dónde estaba esa noche...

—Mick —digo, de pie tras la media pared que me separa de él. Mis manos descansan sobre el muro agarrándolo, y Mick se da la vuelta para tomar una. La agarra con ambas manos y se la lleva a la frente como si yo fuera su salvador.

—Finn, estoy desesperado. —Sus ojos están hundidos, con profundas arrugas en la frente y patas de gallo que no estaban ahí hace unas semanas—. ¿Dónde está mi familia? ¿Cómo está Isla?

—Isla está bien. El bebé también está bien, Mick. No he visto a Brennan. Mi trabajo es sacarte de aquí, no mimar a tu mujer. —Estoy firmemente de su lado, pero también entiendo cómo se siente

ella. Descubrir que tu marido anda de putas, de la manera en que ella lo hizo, no puede haber sido fácil.

—Tienes que ir a verla. Por favor, dile que la quiero. Por favor, dile...

—Se lo puedes decir tú mismo —le interrumpo. Bajándome a la silla que tengo detrás, dejo que siga sujetando mi mano. Quinn se vuelve también hacia mí mientras empiezo a hablar de nuevo—. Tengo nuevas pruebas. El hombre que presenció el asesinato real está vivo. Está en casa de Ro. Está dispuesto a testificar que fue un Doyle quien tenía el arma que mató a Aiden.

Las lágrimas acuden a los ojos de Mick, pero niega con la cabeza. —Es demasiado tarde. El juez nunca nos permitirá añadir otro testigo a la lista.

También he pensado en esto, en lo avanzado que está el juicio. No parece haber una buena manera de incorporar el testimonio de Sean ahora, pero si atraparan y arrestaran al hombre que hizo esto, Sean podría testificar contra él. Solo tengo que detener este absurdo caso contra Mick y no parece posible.

—Mick tiene razón, señor O'Rourke —gruñe Quinn en respuesta, y yo le miro con el ceño fruncido—. Callahan no es fácil de tratar en un día normal, pero algo le ha subido por el culo. No está colaborando con nosotros en absoluto.

¿Así que el juez corrupto quiere jugar duro? Tendré que hablar con Siobhan y hacer que llame al nuevo testigo, y quizás entonces tengan que hacer algo. Si el juez piensa que es una forma de convertir este caso en un éxito rotundo, entonces le permitirá hacerlo.

—Encontraré una manera, chicos. Mick, no pierdas la esperanza —le doy una palmada en la mano mientras me levanto y camino hacia el pasillo donde vi desaparecer a Siobhan. Nos quedan unos cinco minutos de receso, así que solo tengo unos pocos minutos para encontrarla y comunicarle lo que necesito.

Cuando entro en el pasillo, la veo salir de los aseos. Ese amigo suyo de la Garda también está aquí, vigilando al fondo del pasillo. Me acerco a ella, pero al hacerlo, retrocede, lanzándome una mirada desalentadora. Está de espaldas al detective de la Garda y puedo notar que no está intentando enfadarme. Tiene miedo. Sus ojos se mueven nerviosos, entrecerrados.

—Sib —susurro.

—Ahora no, Finn —sisea. Sus ojos se desvían hacia el agente de la Garda al final del pasillo que nos observa. Su mirada ominosa me dice que sabe que algo está pasando. Él fue quien le puso el micrófono aquella noche antes de nuestra cena en el restaurante. Apostaría mi fortuna a ello.

Su expresión arrogante se mantiene firme mientras me mira fijamente y Siobhan pasa junto a mí de vuelta a la sala del tribunal. Este hombre realmente tiene un problema conmigo, y estoy a punto de coger ese palo que tiene metido por el culo y retorcerlo un poco. No dejaré que se interponga entre ella y yo, aunque respeto que ella no quiera causar problemas ahora mismo. Él solo está haciendo su trabajo, pero está completamente equivocado y tengo la intención de hacérselo ver.

Mirando por encima de mi hombro a Siobhan, que desaparece en la sala del tribunal, seguida por los dos hombres que sé que son su equipo de seguridad, me vuelvo hacia nuestro amigo de la Garda. Pero ha desaparecido, se ha esfumado en el tiempo que me ha llevado ver a Sib regresar a la relativa seguridad de la sala.

Corro hasta el final del pasillo y doblo la esquina. No está allí. Así que me meto en el baño de hombres y tampoco está ahí. Está vacío. Como un fantasma en la oscuridad, se ha ido, se ha desvanecido en el aire. Sabe que no voy a joderle. Probablemente se haya encontrado con otros hombres como yo, puede que incluso me haya visto entrar y salir de su casa. Tal vez él sea la razón por la que ella tiene miedo de que la vean conmigo, o quizás sea la amenaza a su carrera.

Enderezándome la corbata, sé que hoy no voy a conseguir nada, al menos no en este juzgado. Siobhan está segura con sus guardaespaldas, y tengo más trabajo que hacer. Ella nunca convencerá al juez de que retire los cargos, y si tengo razón y él es tan corrupto como creo, antes permitiría que la mataran o dejaría que los Doyle lo hicieran para causar un juicio nulo. Luego sobornaría a alguien o los chantajearía para que culparan a Mick.

La única forma de detener este tren ahora es adelantarse a él y cambiar el rumbo. Tengo que mostrar al mundo que Mick es inocente, incluso si tengo que llevar a Sean McCarty a la Leinster House y hacer venir a los medios de comunicación para que cuente su versión de la historia en las noticias nacionales. Seguramente captaría la atención del tribunal y McVeigh pausaría el proceso para asegurarse de escuchar el testimonio completo de McCarty antes de que el jurado pudiera decidir.

Podría ser la única manera... suponiendo que McVeigh tampoco sea corrupto.

SIOBHAN

—¿Quién es el músculo? —me pregunta Liam mientras me acerco a los baños. Ha estado aquí toda la tarde mientras escuchábamos los testimonios. Tiene un trabajo que hacer, pero por alguna razón está inusualmente fascinado con este caso. Quizás porque es mi primer juicio por asesinato, o quizás porque es el detective principal de la Garda en este caso.

Echo un vistazo por encima de mi hombro a Kyle y Erick, ambos personal contratado que Finn insiste en que tenga conmigo en todo momento. No voy a discutir con él. No puedo tener a sus colegas siguiéndome, pero estos armarios empotrados destacan como un pulgar dolorido. Aun así, me siento más segura con ellos cerca. Quien quiera hacerme daño tendrá que atravesar dos muros de ladrillos antes de poder alcanzarme.

—Seguí el consejo de Callahan y contraté seguridad. Nunca se es demasiado precavida —le digo, pero no me detengo a hablar con él. Entro directamente al baño y me inclino sobre el lavabo, salpicándome la cara con agua fría. No necesito usar el inodoro, pero puede que vomite. Las náuseas matutinas hacen que mi estómago sea mi peor enemigo. Hace más de una semana que no desayuno. Si lo hago, acabo vomitándolo todo encima de mí o de lo que esté cerca. Tal como están las cosas, ahora vomito bilis al menos una vez al día. Finn tiene que sospechar algo, a menos que

esté tan distraído con el caso que él tampoco pueda ver más allá de sus narices.

—¿Te encuentras bien? —pregunta una mujer. No sé qué relación tiene con todo esto, pero la he visto en la sala del tribunal. Quizás solo sea una periodista, pero no me conviene hacerme amiga de nadie.

—Estoy bien, gracias. Todavía me siento mal —La mayoría de las personas que han estado en el juzgado a diario me han visto vomitar varias veces. No es temporada de resfriados y gripe, pero eso no significa que la gente no enferme.

—Tengo un caramelo de menta —me ofrece, hurgando en su bolso, y le doy las gracias mientras lo cojo.

Me meto el caramelo en el bolsillo y desenrollo un trozo de áspera toalla de papel marrón para secarme la cara. El baño se vacía. Solo estoy yo mirando mi reflejo. No puedo creer que sea una marioneta, sentada viendo cómo Callahan arruina este caso y a Mick O'Connor. Puede que sea culpable como el demonio, pero no está recibiendo un juicio justo, no si el juez que preside el proceso no puede escuchar todos los testimonios de manera imparcial.

Y Finn... que Dios le bendiga. Cada vez que le veo, quiero correr a sus brazos, enterrar mi cara en su pecho y esconderme de la dura verdad de que el mundo no es lo que parece. Dice que tiene un testigo ocular verificado, uno que casi fue asesinado por el sindicato Doyle porque vio el asesinato. Pero ahora no hay manera de llevarlo al estrado. He acudido a McVeigh, le he contado todo lo que sé. Su única respuesta es aguantar, esperar y ver cómo se desarrollan las cosas. No entiendo por qué no corta por lo sano ahora mismo.

Miro mi reloj y veo que solo me quedan cinco minutos. Tiro la toalla de papel y vuelvo al pasillo. Liam sigue allí, observándome. Me mira con el ceño fruncido cuando salgo del baño de señoras y me corta el paso para que no pueda caminar libremente.

—Lo siento, Siobhan, por lo del otro día —No lo siente. Esa expresión en su cara es voraz. Si estuviera a solas con él ahora mismo, lo intentaría de nuevo. He visto esa misma mirada en su cara durante meses. Es un depredador. Siento lástima por su mujer.

—No puedo hacer esto, Liam —Quiero alejarme, pero él me agarra de la muñeca y me retiene allí. Miro alrededor, preguntándome qué pensará la gente al verle tratarme así—. Suéltame —susurro en voz baja.

—Te dije que hay gente vigilando, y estaba haciendo todo lo posible por ser un buen amigo y protegerte, Siobhan —Su voz es baja, amenazante.

—Liam, me estás haciendo daño —gimo. ¿Por qué se comportaría así conmigo? No entiendo si está tratando de protegerme, por qué me amenazaría.

—Mírame —gruñe, y dejo de intentar alejarme de él y encuentro su mirada—. Te estoy diciendo que te apartes. Saca a O'Rourke de tu vida. Haz lo que se supone que debes hacer: tu trabajo —Sus ojos se oscurecen y se estrechan, y siento un escalofrío de miedo—. Y termina este caso antes de que ocurra algo malo. Por favor.

Hay un sentido de urgencia en su tono. Veo cómo me mira, casi con miedo pero demasiado intimidante para que yo conecte con cualquier profundidad real de emoción. Liam sabe algo que yo no sé y está preocupado por mí. Me suelta la muñeca, y me la froto por un segundo antes de alejarme. Si está metido en esto o sabe algo sobre el caso, ¿significa que él también está sucio?

Camino de vuelta hacia la sala del tribunal sintiéndome un poco alterada. Antes estaba abrumada por lo que está sucediendo y cómo manejarlo todo, pero ahora estoy asustada de nuevo. Si Liam sabe que algo está pasando, significa que alguien en alguna parte me está vigilando. Alguien que está moviendo hilos que ni siquiera puedo ver.

Finn se acerca a mí, pero tengo que despedirle. Todo en mí quiere saltar a sus brazos y huir para no volver a enfrentarme a esto nunca más, pero no puedo hacer eso. Puede que Mick no sea inocente, pero cuantas más cosas ocurren, más me doy cuenta de que quizás realmente no mató a Aiden Hughes. Quizás soy un peón en un juego que no quiero jugar y si me rindo, un hombre será condenado injustamente.

—Sib —dice Finn, pero aparto la mirada, sabiendo que Liam está observando. Fijo mis ojos en los guardias detrás de él, apoyados contra las puertas de la sala del tribunal.

—Ahora no, Finn —le siseo y sigo caminando. Si me refugio en su pecho, puede que nunca vuelva a salir. Puede que nunca encuentre el valor para luchar contra estos hombres cuyas vidas me he propuesto destruir. Estoy tan confundida por todo esto, entumecida. Si este caso ni siquiera implica llegar a la raíz de quién mató a mi primo y estoy huyendo asustada, ¿cómo encontraré a su asesino y acabaré con él? Especialmente si hombres como Callahan me rodean y me acorralan por todos lados.

Uno de mis guardaespaldas me hace un gesto con la cabeza y paso junto a ellos. Les oigo seguirme. Se sientan en el primer banco detrás de mí. No pueden unirse a mi mesa. Incluso si pudieran, no me sentiría más segura. Cuando Callahan me mira, siento que el diablo me está observando. Pero el precio que me pide pagar es demasiado alto para alguien como yo.

¿Enviar a prisión a un hombre que bien podría ser inocente de los cargos? ¿Cómo puedo hacer eso y seguir viviendo conmigo misma? Sí, Mick O'Connor ha hecho cosas despreciables y probablemente cosas que merecen tiempo en prisión, pero cada día estoy más convencida de que no tiene nada que ver con el asesinato de Aiden.

El mazo golpea y todos se levantan mientras el juez vuelve a ocupar su posición. Ni siquiera puedo mirarlo ahora. Esa interacción con Liam me ha dejado temblorosa. Él sabe algo y necesito saber cómo lo sabe. Quiero saber cómo Callahan entró en mi ático. ¿Por qué

estaba allí realmente? ¿Y quiénes eran los hombres que movían los hilos para que todo esto sucediera? Finn dice que son los Doyle, pero no veo las conexiones con ellos en nada de esto.

—Señor Quinn, llame a su próximo testigo, por favor —la voz de Callahan suena lejana, como si estuviera en una tumba, haciendo eco en las paredes.

Me froto la frente y miro las notas en mi bloc legal. El papel amarillo brillante contrasta con mi bolígrafo rojo oscuro, haciendo que las letras resalten. No he tomado ni una sola nota sobre los testigos de Quinn o cualquier refutación que pudiera tener. La única razón por la que objeté su interrogatorio a ese dueño de la tienda fue porque quería refrescarme la cara. De lo contrario, le dejaría divagar durante días. Me daría tiempo para resolver este asunto. Tal como están las cosas, tenemos unos pocos días como mucho para que algo ocurra o Callahan gana, y toda esta ciudad bien podría arder en llamas. Si nuestro sistema judicial está infiltrado por criminales, ¿qué esperanza nos queda a cualquiera de nosotros para una vida moral?

Las notas frente a mí no están organizadas. Son solo puntos y garabatos de lo que sé que es cierto. Las pruebas, las sospechas sobre Callahan. Añado a ellas una sospecha sobre Liam: su nombre en mayúsculas, encerrado en un recuadro con una línea gruesa y pesada y un gran signo de interrogación.

Entonces algo llama mi atención. Es un trozo de papel rosa, cuya esquina asoma por debajo de mi carpeta legal. Entrecierro los ojos mientras miro alrededor. No uso papel rosa para nada, ni para un bloc de notas, ni siquiera para un Post-It. Alguien lo ha puesto aquí cuando yo estaba fuera, y tengo curiosidad por ver qué es.

Los pelos de la nuca se me ponen de punta cuando lo saco y reconozco instantáneamente la caligrafía. La letra de Callahan es inconfundible. La reconocería en cualquier parte. La pequeña nota debe haber venido de él de alguna manera, aunque estaba en su despacho, así que no veo cómo pudo haberla puesto aquí, lo que significa que también tiene a un funcionario del tribunal de su lado.

Cuando levanto la mirada hacia él, está mirando a Quinn, pero sus ojos se desvían para encontrarse con los míos. La misma mirada oscura y tintada que me aterrorizó hace más de una semana en su despacho se fija en mí durante una fracción de segundo y casi me orino encima. Cuando mis ojos vuelven al papel, tengo que parpadear varias veces para obligarlos a enfocarse.

La nota dice: *O'Connor es culpable. Condénalo, o te estarás sentenciando a ti misma. Sin apelaciones. Sin segundas oportunidades*. Me hace sentir un escalofrío que me recorre la columna vertebral, acumulándose en mi estómago, agitando mis nervios. Tiemblo mientras la leo otra vez, y mi cuerpo se siente como si me hubieran sumergido en agua helada. Pero estoy sudando.

Antes de que pueda evitarlo, tengo arcadas secas, me levanto para inclinarme sobre el borde de la mesa donde la bilis y el ácido estomacal suben y se derraman sobre el suelo. La jarra de agua de mi mesa se vuelca, cayendo por el borde, y jadeo buscando aire.

Nunca en un millón de años pensé que llevar un caso como este me pondría en esta posición, pero ahora lo sé mejor. Sé que necesito ayuda. Necesito a Finn, y a McVeigh, y a cualquier otro que esté de mi lado, porque las fuerzas a las que me enfrento no se detendrán a menos que me absorban en su vórtice con ellas.

FINN

El coche se detiene frente a la casa de campo de Mick. Puedo ver al instante el dolor en el rostro de Isla. Su padre no está aquí para conocer a su nuevo nieto. Está sufriendo tanto como supongo que están sufriendo Brennan y Rebecca. Estoy aquí con Declan y su familia para cumplir lo que le prometí a Mick. Tengo que hablar con Brennan y ayudarla a entender a su marido infiel y sus necias costumbres. Puede que sea un sinvergüenza, pero no es un asesino, al menos no de Aiden.

—¿Estás bien? —pregunta Declan, mi hermano mayor, a su esposa.

Isla asiente pero sorbe por la nariz mientras desabrocha el asiento del bebé y comienza a sacarlo del coche. Me bajo y respiro hondo el aire del campo. Estamos al sur de la ciudad, no exactamente a medio camino del condado de Wicklow, pero sigue siendo un paisaje precioso. Mick eligió este lugar para sus operaciones y fue perfecto durante un tiempo. El tiempo suficiente, de hecho, para que ninguna de sus hijas supiera nada sobre su vida criminal. Lo mantuvo todo bajo secreto mientras dirigía esta enorme granja.

—Entrad —les digo, tomándome unos minutos para ordenar mis pensamientos.

Declan acompaña a Isla al interior con el bebé mientras permanezco en la niebla. Está fresca contra mi piel, húmeda. Percibo movimiento en el granero, pero oigo el batir de alas y veo un pájaro lanzarse al

aire. No ocurre mucho por aquí desde que la Garda registró el lugar. Los hombres de Mick han tomado empleos dentro de la organización O'Rourke por el momento. Dudo que vuelva a ocurrir algo en este lugar que no sea agricultura genuina.

Oigo el relincho de un caballo, más aleteos de pájaros y suspiro. Estoy tenso incluso cuando las cosas están tranquilas. Estoy seguro de que Brennan se siente igual con su marido en juicio. Debe estar angustiada por todo esto. La idea de enfrentarse al futuro sin Mick es solo una molestia, un contratiempo para nosotros. Pero para ella, es perder a su compañero de vida.

Con mi actitud ajustada, entro en la casa. El ambiente es pesado. Parece que alguien ha muerto, no que Mick esté simplemente en juicio. Las cortinas están echadas. El polvo flota en el aire. Solo hay una lámpara encendida en la esquina, y Brennan está sentada en una vieja mecedora de madera con una manta sobre las piernas. Hay una taza de té junto a ella, con la bolsita aún colgando por el borde, pero Rebecca, Isla y el bebé no están por ninguna parte. Solo Declan está sentado con la matriarca de esta familia rota.

Me meto un dedo en el cuello y aflojo la corbata, sin sombrero que sostener en la mano. Brennan levanta la mirada hacia mí con ojos desconsolados y asiente. Parece cansada, con el pelo revuelto alrededor de su cabeza y hombros.

—Siento no tener té para vosotros. —Incluso su voz suena entorpecida por el dolor y la fatiga.

Me siento en la silla más cercana a ella y dejo que mis ojos se adapten a la penumbra que hay aquí. El débil murmullo de las mujeres en la otra habitación llega a mis oídos y me pregunto por qué Brennan habría mandado a Isla lejos con su nuevo nieto. ¿Por qué no querría coger al pequeño?

—¿Cómo está? —me pregunta, y me encojo de hombros antes de respirar profundamente.

—Es un viejo duro, Brennan. Le irá bien si sabe que su único amor verdadero está luchando por él. —Escudriño su expresión mientras ella frunce el ceño y aparta la mirada, hacia la luz de la vieja lámpara de cristal cranberry. Como la mujer que tengo delante, la lámpara tiene un valor incalculable para la persona adecuada—. Te necesita allí luchando por él.

Hace una pausa, parpadeando varias veces antes de sonreír suavemente.

—Conozco la clase de hombre que es Mick. —Sus palabras suenan distantes, como si se hubiera proyectado a otro tiempo o lugar donde la vida era un cuento de hadas y nadie la había herido ni dañado su sentido de la moralidad—. Sé las cosas que hace. —Sus ojos se encuentran con los míos, y veo la tristeza en ellos—. Solo que no pensé que querría que el mundo lo supiera.

Entonces lo comprendo. Brennan ha conocido a Mick como quien realmente es —un mentiroso y un tramposo— toda su vida. Es la vergüenza de que el mundo sepa que él es así, y que sepa que ella lo ha permitido y se ha quedado con él. Eso es lo que le afecta.

—La lealtad no es algo que deba despreciarse, mamá —dice Declan, tocando su rodilla. Ella le da una palmadita en la mano y le sonríe cálidamente por la forma familiar en que le habla. Me alegro por ella de que pueda apoyarse en mi hermano como el hijo que nunca tuvo, especialmente mientras este juicio está en curso y no tiene ningún hombre en esta casa.

—La lealtad, contra todo pronóstico, es una señal de honor. —Cuando hablo, ella me mira y asiente.

—Sí, lo es. —Su respuesta no me desconcierta en absoluto. Las mujeres que se casan con este estilo de vida saben en lo que se meten. Hombres como Mick hay a patadas. ¿Y qué hombre entre nosotros no ha pensado al menos en hacer lo que él ha hecho?

Aun así, solo pensar en hacerle eso a Siobhan mancha mi conciencia con una marca candente que no estoy seguro de poder borrar jamás. Ver cómo sufre Brennan lo hace demasiado real para mí. Mick es un hombre afortunado.

—Si aparezco en el tribunal después de eso, el mundo me verá como realmente soy, y no estoy segura de poder afrontarlo. —Retira las manos y se cruza de brazos, metiendo las manos bajo las axilas. Siento su dolor y no voy a presionarla para que haga más de lo que está dispuesta.

—Quiere que sepas que lo siente y que te quiere. —Apenas logro pronunciar las palabras cuando oigo un estruendo y gritos.

Declan y yo nos ponemos de pie de un salto, girando hacia el sonido. Brennan se levanta más lentamente mientras Isla y Rebecca vienen corriendo por el pasillo con el bebé en los brazos de Isla. Parecen asustadas y están tosiendo mientras el humo sale por la puerta del dormitorio del que acaban de salir.

—Fuego —logra decir Isla entre toses, con los ojos llorosos, levantando el brazo para cubrirse la cara.

—Maldita sea —gruñe Declan, y me dirijo a la gran ventana cubierta por cortinas gruesas y oscuras. La aparto y veo la casa rodeada—. Tenemos compañía. —Hay algunos coches en la entrada, pero varios hombres, cada uno con un arma en la mano y algunos con una botella de algún tipo de líquido y una mecha encendida.

—¿Cuántos? —pregunta Declan, comprobando su arma. Las mujeres están histéricas, jadeando y gimoteando.

—Al menos diez. Madre de Cristo, ¿por qué no se largan de una vez? —Alcanzo mi arma mientras el hedor a humo llega a mis fosas nasales. No sé nada sobre esta propiedad o la casa, así que no puedo empezar a decirles a estas mujeres cómo ponerse a salvo. Los hombres de fuera son Doyles, enviados aquí por el propio

Cormac Doyle para cazarme porque saben que tengo a Sean McCarty bajo mi custodia.

—Isla, ¿hay alguna salida que no sea la puerta principal o la trasera? —pregunta Declan, y Brennan ya está guiando a las chicas hacia la cocina. Corro al dormitorio de donde sale el humo que está llenando el resto de la casa, y luego les sigo hasta la cocina.

Declan mueve la gran mesa del comedor hacia una pared mientras Brennan grita órdenes. Las chicas se acurrucan en la esquina, mirando por la ventana que da al pasto trasero, y veo a los hombres acercándose.

—¡Al suelo! —les grito, y levanto mi arma para disparar a los hombres antes de que puedan lanzar sus bombas incendiarias por las ventanas de atrás. Las detonaciones aterrorizan a las mujeres y al bebé. Todas están sollozando mientras Declan enrolla la alfombra y abre una trampilla hacia un sótano.

—No podemos meternos en el sótano de una casa en llamas —espeto, manteniendo mi arma levantada mientras los hombres de fuera se dispersan y buscan cobertura. Segundos después, las bombas incendiarias se estrellan contra la parte trasera de la estructura y las llamas estallan allí. Les siguen disparos que acribillan el revestimiento de madera y nos hacen a Declan y a mí caer sobre una rodilla.

—Hay un túnel por la parte trasera hacia el pasto sur. Id ya. —Brennan nos guía uno a uno, pero Declan no dejará que ella sea la última en descender. La obliga a ir delante de él, y yo cierro la marcha. Está completamente oscuro aquí abajo y hace frío. Hay estanterías con conservas y también un alijo de armas.

Declan me mira, y sé lo que está pensando. —Cada uno coja una —ordena, e incluso Rebecca y Brennan agarran un arma. Sus manos tiemblan de miedo, aterrorizadas por la guerra que se desata sobre nosotros mientras su casa se quema hasta los cimientos encima de nosotros.

—Necesitaremos luces —dice Brennan sin aliento. Su mano flota hacia su pecho y asiente hacia la estantería junto a las armas donde encuentro varias linternas.

—No tenemos tiempo. Este lugar arderá en cuestión de minutos. Vamos. —Abro el camino con mi luz cortando la oscuridad, rezando para que no sepan que hay un túnel secreto bajo esta casa.

Juntos, nos apiñamos en el pasadizo estrecho y húmedo, ahuyentando a las ratas y dirigiéndonos hacia la salida. El suelo se hunde y desciende más, luego una colina nos hace subir, y lentamente, ascendemos por una escalera.

Nos lleva a una puerta horizontal que está firmemente atascada. No puedo moverla a pesar de lanzarme contra ella con el hombro. Debemos estar a quinientos pasos de la casa, Dios sabe dónde, y con suerte fuera del alcance del oído de los hombres que están arrasando la propiedad de Mick.

—Déjame ayudarte —gruñe Declan, y juntos, ambos hacemos fuerza contra la puerta hasta que se abre y el aire fresco se cuela en el túnel con nosotros.

El bebé sigue gritando, ahora envuelto en los brazos de Isla, mientras lo colma de besos y palabras suaves. Me asomo primero, asegurándome de que no nos vean, y descubro que una colina bloquea la vista de donde estamos desde la casa.

—Vamos —le ordeno a Declan, y me sigue hacia arriba y fuera del sótano. Subimos la colina y nos tumbamos en su cresta, viendo cómo la casa es devorada por las llamas. Los hombres de Doyle todavía la rodean, como si esperaran los chillidos de muerte que les indicarían que todos estamos muertos.

—No van a parar, ¿verdad? —le pregunto, y Declan niega con la cabeza.

—Nunca pararán. Tenemos que sacar a Mick de esto y tenemos que hacerlo ahora. Y luego tenemos que hacer un plan porque esta

guerra apenas acaba de empezar. —Escucho a mi hermano mayor y sé que tiene razón. El hedor a humo en el aire es arrastrado en nuestra dirección por el viento y se cierne como un presagio. Incluso si logramos sacar a Mick con vida, los Doyle han iniciado una guerra que no podemos ignorar. Tenemos que contraatacar ahora. Y tengo que asegurarme de que Siobhan esté a salvo mientras lo hacemos.

SIOBHAN

Los hombres vienen con cubos y fregonas. Me quedo sentada allí, humillada en mi mesa, observándolos limpiar el desastre. Callahan no es tan amable esta vez como para decretar un receso. Me fulmina con la mirada durante todo el tiempo que los hombres limpian mi vómito, aunque al menos ha despejado el resto de la sala de jurado y público. Me siento vulnerable sin mi escolta de seguridad, pero Callahan no va a hacer ninguna estupidez con Quinn y O'Connor aquí, por no mencionar también al funcionario del tribunal.

Cuando los conserjes se han ido y el desastre está limpio, Callahan nos habla con franqueza y lo único que puedo hacer es aguantarlo. —Señorita Gallagher, le sugiero que se controle mejor. Si está enferma, asigne a alguien para que lleve este caso en su lugar. Si no, entonces gestione estos síntomas adecuadamente. No podemos terminar un juicio con usted vomitando cada dos por tres —está siendo frío y duro, aunque entiendo su punto. Si hubiera sido cualquier otro caso, ya me habría recusado.

Sin embargo, sé que si lo hago ahora, Mick irá a prisión con total seguridad. Al menos con mi presencia aquí, tiene una oportunidad de luchar. Es curioso cómo he pasado de estar convencida de la culpabilidad de este hombre a comprender lo retorcido que se ha vuelto todo esto y desear no haber formado parte de ello jamás, a

ver cómo hombres inocentes van a la cárcel por los culpables. Quiero hacer lo correcto, no lo fácil.

—Pido disculpas, Señoría, y me encuentro bastante indispuesta. Pensé que el caso terminaría hoy y podría descansar después, pero...

—Suficiente —espeta, mirándome con furia. Sus ojos se desvían hacia Quinn y pregunta—: ¿Cuántos testigos más tiene?

El señor Quinn me mira nervioso, como si pensara que soy su salvavidas en este mar embravecido de ira. Ninguno de los dos quiere que nos declaren en desacato y estoy segura de que ambos estamos listos para que esto termine hoy. Sé que si dice que no hay más testigos, el juez convocará al jurado y les pedirá que decidan. Mis dedos se entrelazan, cruzándose con la esperanza de que Quinn no se rinda todavía. Necesito más tiempo para hacer las cosas correctamente.

—Señor, tenemos un testigo más. La señorita Miriam Flaherty, la...

—La puta, lo sé —interrumpe de nuevo. Es degradante oírle hablar así de ella. Es una trabajadora sexual, y quizás es lo único que le queda para ganarse la vida—. Escucharemos su testimonio mañana a partir de las diez de la mañana. Después, el tribunal se aplazará para la deliberación del jurado —se vuelve hacia mí con enfado de nuevo—. ¿A menos que tenga alguna objeción, señorita Gallagher?

—No, señor. Señoría, me parece bien —estoy temblando mientras respiro hondo y asiento. Menos de veinticuatro horas para hacer que este idiota pague por todo lo que ha hecho hasta ahora y conseguir que Mick O'Connor tenga al menos un juicio justo, si no la libertad de toda acusación infundada.

—Hasta mañana, entonces —dice y golpea su mazo en la base.

No pierdo tiempo en recoger mis cosas, metiendo desordenadamente mis papeles en mi carpeta legal y luego en mi maletín. Quinn y O'Connor me observan con curiosidad mientras me

apresuro frenéticamente, y salgo corriendo de la sala con una sola cosa en mente. Tengo que llegar hasta McVeigh y rezar para que no sea tan corrupto como los demás.

Los guardaespaldas esperan justo fuera de la entrada de la sala. Uno de ellos toma mi maletín para llevarlo, pero ambos caminan a paso rápido junto a mí mientras mis tacones repiquetean en los suelos de mármol.

Después de leer esa nota, la deslicé en mi bolsillo. Ahora tengo pruebas, no solo rumores basados en evidencias que no pueden presentarse en un juicio, sino pruebas reales de que Callahan está sucio. Su letra en esta nota, amenazándome de muerte si no me aseguro de que Mick O'Connor sea declarado culpable, es suficiente para enviarlo tras las rejas durante mucho tiempo, si no para siempre. Y nunca volverá a presidir un caso.

—Señorita Gallagher, tengo órdenes estrictas de llevarla a su ático —uno de los guardias intenta detenerme, y lo esquivo lanzándole una mirada fulminante.

—Apartaos de mi camino, por favor. Necesito llegar al director de la fiscalía inmediatamente —la expresión de mi cara debe mostrarle lo seria que estoy porque me abre la puerta y se pone a caminar sin hacer más preguntas.

—¿Cómo podemos ayudar? —pregunta el otro, y yo niego con la cabeza.

—Mantenerme con vida el tiempo suficiente para hacer que estos malditos bastardos paguen por sus crímenes —replico mientras camino más deprisa. Solo hay una manzana hasta el edificio donde está mi oficina y las de los otros fiscales. Sé que McVeigh está allí ahora. Hablé con él antes del juicio esta mañana sobre las sospechas de Finn. Me dijo que incluso si tenía "supuestas imágenes" de delitos, no podía usarlas. Necesitaba algo más.

Aunque la nota me produjo un shock que me dejó temblando hasta la médula, después supe que era justo lo que necesitaba. Ahora me apresuro hacia la oficina de mi jefe para proporcionarle esa prueba con la esperanza de que termine este juicio en seco. Al menos entonces Mick podrá tener el juicio justo que se merece y no ser condenado a cadena perpetua sin él.

Cuando llegamos, el guardia abre la puerta de golpe y yo me precipito dentro, pasando rápidamente junto al asistente de McVeigh que jura que está en una reunión. Irrumpo directamente en su despacho y veo a un juez sentado en el pequeño sillón de madera frente a McVeigh, y ambos hombres me miran sorprendidos.

—Señorita Gallagher, estoy en una reunión. ¿Puede esperar esto? — se levanta lentamente, asintiendo hacia el juez, a quien conozco como Winslow O'Hare, otro hombre que siempre he creído intachable, pero ahora no estoy segura de qué pensar.

—Disculpe, señor McVeigh, Señoría, pero esto no puede esperar. Es un asunto de extrema urgencia. —Mi corazón late con fuerza, el pulso acelerado. Rezo para que Callahan no me haya visto entrar en este edificio con tanta prisa. Alguien me ha estado vigilando, pero no sé quién, ni cómo, ni dónde. Me siento enferma otra vez solo de pensarlo.

—Señor O'Hare, ¿podría pedirle que salga unos momentos mientras atiendo esta grosera interrupción? —McVeigh me mira con cautela mientras se dirige al juez, y el hombre asiente y se levanta.

Observo cómo se marcha, cerrando la puerta tras de sí, luego saco la carta de mi bolsillo y la extiendo hacia mi supervisor. —Él escribió esto. Callahan me está amenazando. —Mi mano tiembla mientras él toma el papel rosado y lo lee. Sus cejas se alzan y me mira a los ojos.

—¿Sabe lo que significa esto, Siobhan? —McVeigh permanece de pie sosteniendo la prueba, y estoy temblando pensando que va a

reprenderme, decirme que él también está corrupto y que estoy metida en un buen lío.

No puedo seguir de pie. Mis piernas se sienten débiles, las rodillas a punto de ceder. Me hundo en la silla, aún caliente por el cuerpo del juez, y me cubro la boca con ambas manos.

—Lo tenemos. Podemos hacerlo. —McVeigh camina hasta mi lado del escritorio y se sitúa sobre mí—. Esta es la prueba que hemos estado esperando.

—Entonces, ¿va usted a arrestarlo o qué? —Estoy aliviada, lista para que esto termine y recuperar mi vida. Aún no sé cómo se resolverá todo con Finn, pero solo saber que no tendré que vivir bajo el yugo de un hombre malvado es un gran peso que me quito de encima.

—Todavía no —dice, sentándose en el borde de su escritorio—. No puede compartir esto con nadie, pero quería que fuera la primera en saberlo. Ha llegado una cinta de vídeo que revela al verdadero asesino de Aiden Hughes. Su nombre es Hagen Doyle, hijo de Cormac. Es el heredero del trono de los Doyle y lo tenemos con las manos en la masa. También tenemos información de que existe un testigo ocular que sitúa a Hagen en la escena del crimen, y sabemos que el arma utilizada nunca perteneció a Mick O'Connor.

La noticia da vueltas en mi cabeza y me marea. Hay pruebas físicas que me han sido ocultadas por alguien de la Garda que lo sabía. Liam... tiene que ser él. Mis ojos se alzan para encontrarse con los de McVeigh.

—¿Entonces se acabó?

—No del todo. Hay algunos jugadores de los que no estamos seguros y tenemos que sacarlos a la luz. —Su expresión se vuelve seria y golpea ligeramente el papel contra la palma de su mano opuesta—. ¿Está dispuesta a aguantar un poco más? Necesitamos que algunas cosas más encajen antes de poder jugar nuestra mano, pero tenemos que hacerlo de la manera correcta. Queremos atrapar

a todas las partes culpables que participaron en esto al mismo tiempo. Sin oportunidad de que ninguno de ellos pueda escapar.

Estoy asqueada, muerta de miedo por lo que Callahan pueda ser capaz de hacer. Estuvo en mi cocina esa noche, sin alertar a mi seguridad ni activar las alarmas del ático. Me amenazó activamente con matarme si no hacía lo que él decía. Ahora va a estar libre durante el tiempo que le lleve a McVeigh terminar con esto.

—No estoy segura —digo, sintiendo náuseas otra vez—. Señor, estos hombres están amenazando con matarme.

—Y tiene a uno de ellos en su cama —dice, alzando las cejas—. Seguramente, puede continuar con esto un poco más. —Un escalofrío me hace estremecer. ¿McVeigh sabe que me estoy acostando con Finn? Me paraliza por un momento mientras pienso en cómo lo sabe. Le dije que estaba trabajando de incógnito, investigando asuntos turbios sobre ellos, pero eso no significaría inmediatamente que me estoy acostando con él.

—¿Cómo? —digo, entornando los ojos hacia él.

—Los ojos y oídos están en todas partes, señorita Gallagher, y aunque usted se presentó para contarme lo que estaba pasando, no puedo pasar por alto las indiscreciones. —Aprieta la mandíbula y sus ojos se llenan de una expresión seria que sé que significa que no va a ceder. He cavado mi propia tumba y ahora debo acostarme en ella —. Cualquier cosa que tenga con O'Rourke producirá pruebas suficientes para asegurar que nuestro amigo Callahan se vaya por mucho, mucho tiempo. Y cómo recopilo mi información no es de su incumbencia. —Suspira y se levanta de nuevo.

—Por ahora, confíe en que ha encontrado un alma moral que no ha sido pervertida por el oscuro hilo que teje a través del resto de este sistema intentando deslizarse en cualquier vida que lo permita. — Camina alrededor de su escritorio y me mira fijamente—. Y revise su casa en busca de micrófonos al menos una vez a la semana.

La amabilidad en su tono relaja mis hombros. Veo honestidad en sus ojos cuando me mira, y asiento. —Gracias, señor.

—¿Entonces está dispuesta a hundir a estos cabrones de vuelta a las profundidades de donde vinieron para siempre? —Las cejas de McVeigh se alzan, y yo asiento con certeza. Sé lo que estoy haciendo y voy a terminarlo, por Trevor.

—Sí, señor. Hagámoslo.

Puede que tiemble durante todo el camino, pero voy a terminar con esto aunque sea lo último que haga. Y cuando termine, voy a reconsiderar si encontrar al asesino de Trevor es lo correcto para mi futuro. Ahora tengo un bebé en quien pensar.

FINN

La sala del tribunal está abarrotada hoy, solo hay sitio para estar de pie. El abogado Quinn ha llamado a su último testigo y, después de eso, escucharemos los alegatos finales. Hablé con Siobhan esta mañana en su ático, acurrucado alrededor de su cuerpo desnudo mientras me confesaba en voz baja lo asustada que estaba por el día de hoy. Le aseguré que todo saldría bien, que encontraríamos una solución. Le dije que solo dijera declaraciones verdaderas y que dejara que las cosas siguieran su curso.

Ahora, mientras Quinn termina y se sienta tras su mesa junto a Mick, me preocupa que Siobhan no sea capaz de cumplir con lo acordado, que su determinación vacile y que tema más a los tentáculos de esta maquinaria dispuesta a devorarla que al miedo de hacer lo incorrecto. Yo mismo me he encontrado en esta posición muchas veces en mi vida y siempre he elegido hacer lo incorrecto. Aunque el monstruo que me persigue es una vida separada de mi familia, el suyo es una muerte segura. A los Doyle no les importará la ética ni si sus argumentos fueron correctos o incorrectos.

—Si eso es todo, pasaremos a los alegatos finales —Callahan mira con desprecio a Siobhan. Ha sido su expresión constante durante la última semana. Sabe que ella lo ha visto tal como es y aún no sabe cómo ha ocurrido todo esto, pero con las pruebas que tenemos contra él, no hay escapatoria. Siobhan dice que su jefe, McVeigh, intervendrá. Está segura de ello. Pero sigue asustada.

—Por supuesto, Señoría —se levanta, estirando el dobladillo de su chaqueta, y camina alrededor de las mesas para situarse frente al jurado. Es su momento de brillar. No sé qué dirá, pero después de pasar la noche en la cama con ella agonizando sobre los alegatos finales, sé que ahora cree que Mick es inocente.

Siobhan toma aire profundamente, tan fuerte que toda la sala puede oírlo, aunque eso no es difícil. Se podría oír caer un alfiler aquí. Hay casos de asesinato cada año en Dublín, pero este es el caso que todos siguen. Organizaciones criminales rivales han hecho explotar esta ciudad, literalmente, intentando asegurarse de que las piezas caigan en los lados correctos de esta división. Ronan tiene hombres preparados para asaltar el complejo de los Doyle y acabar con todos ellos si los investigadores no llegan primero. Yo solo estaré feliz de poder tomar a Siobhan entre mis brazos y abrazarla mientras el estrés de todo esto se disipa.

—Señoras y señores del jurado, lo que habéis escuchado durante los últimos meses es el testimonio en el caso contra Mick O'Connor, acusado de asesinar a sangre fría a Aiden Hughes —camina mientras habla, evitando cuidadosamente el contacto visual con Mick o el juez. Está caminando sobre una cuerda floja y lo sabe. Un movimiento en falso y cae, y no hay red de seguridad para atraparla.

—Habéis escuchado el testimonio del señor O'Connor, cómo mintió sobre su coartada, para revelar más tarde que estaba con otra mujer la noche del asesinato —está eligiendo sus palabras con cuidado, pero no pintan bien para Mick. Oigo crujir el banco detrás de mí y sé que es Brennan. Extiendo la mano por encima del respaldo de mi banco, tomo la suya y la aprieto mientras Siobhan continúa.

—Habéis oído que es posible que abandonara la casa de la trabajadora sexual y llegara al escenario del crimen, asesinara al hombre y luego regresara a la casa de la trabajadora sexual. Habéis visto vídeos del señor O'Connor en la casa de esa misma trabajadora sexual que prueban que estuvo allí. Y también habéis escuchado testimonios de que su ADN, junto con una huella de bota embarrada

de su mismo tamaño y patrón de suela, se encontraron en la escena del asesinato.

Hace una pausa y se gira para mirarme, luego vuelve a girarse hacia el jurado. La observo con atención. Parece inestable sobre sus pies, una señal de los nervios que está tratando de controlar. Espera un milagro, que su supervisor, el director de la fiscalía pública, entre y detenga esta farsa. El miedo grabado en su frente me muestra que no quiere enfrentarse a ese juez manipulador, pero tiene que hacer lo correcto.

—Y habéis escuchado cómo el detective Garda Liam Kearney estaba solo en esa casa cuando se encontraron las supuestas pruebas —la declaración hace que algunos miembros de la audiencia jadeen, pero ella no se detiene—. Todo esto puede llevaros a dudas o a vacilar a la hora de condenar al señor O'Connor, y os imploro, como ciudadanos de este gran país, que hagáis vuestra debida diligencia y consideréis todas las pruebas.

Callahan está fulminándola con la mirada, con la cara roja, hirviendo de rabia que sé que pronto convertirá en acción. Siobhan regresa a su asiento con piernas temblorosas mientras Callahan la mira fijamente. Un funcionario del tribunal se acerca a él con un sobre de manila y lo desliza cuidadosamente sobre el estrado. El juez le hace un gesto afirmativo con la cabeza y se aclara la garganta mientras lo abre y saca un papel. Todo el mundo está al borde de sus asientos esperando mientras él levanta la mirada hacia Siobhan con más odio que cualquier otra cosa en su expresión.

—Por favor, dadme un momento. Todo el mundo debe permanecer sentado —Callahan se levanta, llevándose el sobre, y sale por la entrada trasera de la sala hacia su despacho.

Siobhan me mira por encima del hombro, mordiéndose el labio, y yo asiento para tranquilizarla. Algo se aproxima, una explosión que todos podemos sentir. Sea lo que sea esto, no es normal, y lo anormal normalmente no significa nada bueno. Me pregunto por un momento si es una intervención de su jefe, pero no hay señal de

ello. Y cuando miro a Brennan, parece tan ansiosamente confundida como todos los demás.

—¿Qué está pasando? —susurra Rebecca, pero nadie, ni siquiera Ronan sentado a la izquierda de Brennan, puede responder.

Cuando el juez regresa y vuelve a subir a su asiento en el estrado, se quita las gafas y se sienta. —Ha llegado a mi conocimiento que la abogacía de este caso ha quedado comprometida. —Se frota el puente de la nariz en un gesto exagerado que parece excesivamente dramático antes de continuar—. Señora Gallagher, está usted siendo retirada de este caso, y me veo obligado a declarar un juicio nulo.

—¿Qué? —jadea ella, poniéndose de pie. Sus dedos presionan la madera de la mesa—. ¡Exijo saber por qué!

La sala es como un arroyo burbujeante, una corriente constante de susurros y murmullos. El juez Callahan niega con la cabeza, con los labios fruncidos, y golpea su mazo en el bloque sonoro.

—Orden en la sala —exige, y luego continúa—. Se la está retirando por conducta impropia y comportamiento poco ético tras ser descubierta manteniendo relaciones sexuales con un miembro vinculado familiarmente a la defensa. —Callahan hace lo impensable, levantando una tableta y girándola para mostrarla a toda la sala.

En esa tableta, se reproduce un vídeo. Siobhan está tumbada sobre su sofá con la cabeza echada hacia atrás de placer mientras yo la tomo por detrás. La noche fue increíble, pero revivirla así es humillante para ella, estoy seguro, aunque lo único más impactante que ver ese vídeo en la tableta en la sala es la persona que lo está compartiendo con nosotros. El bastardo inmundo y corrupto estuvo en su casa, y sabemos por qué. Colocó esa cámara allí para vigilarla y mantenerla controlada. Ahora todo tiene sentido también. Querían tener un plan para desacreditarla en caso de que desarrollara una brújula moral que la alejara de sus maquinaciones.

—Madre de Dios —murmura y se cubre la boca. Quiero ponerme en pie de un salto y defenderla, pero antes de que pueda hacer nada, la puerta se abre de golpe y empiezan a entrar hombres. Es McVeigh y un puñado de agentes de la Garda.

Callahan les hace un gesto con la cabeza y los mira con el ceño fruncido, señalando a Siobhan. —Está ahí —dice, inclinando la cabeza en su dirección, pero McVeigh va directamente al estrado del juez y toma la muñeca de Callahan.

Siobhan se deshace en su asiento, y yo me inclino hacia delante sobre la barrera, rodeándola con mis brazos. Está sollozando, y le beso la mejilla y la aprieto.

—Se acabó, Sib. Van a acabar con él ahora. —Esto no podría haber ocurrido en mejor momento. Ella se aferra a mis brazos, que rodean sus hombros, y la sostengo mientras le dicen al juez que está siendo arrestado por chantaje y extorsión y una docena de otros cargos. Sé que él no es quien está detrás de esto y queda evidenciado cuando más agentes de la Garda encuentran a Liam Kearney y lo arrestan antes de que pueda escabullirse de la sala también.

Siobhan todavía está temblando cuando me veo obligado a sentarme de nuevo. Un hombre alto con la toga de juez, calvo, sin gafas, ocupa el estrado. Se pone de pie con una presencia imponente mirando a todos desde arriba y no tiene necesidad de usar el mazo. Todos en esta sala quieren saber qué va a pasar ahora. Callahan declaró un juicio nulo, pero ha sido sacado de la sala y probablemente se enfrentará a tiempo en prisión.

—Señoras y señores, mi nombre es juez Ross Gregory. Se me ha designado para supervisar este procedimiento y finalizarlo. Como no he estado aquí para escuchar el juicio, y ha llegado a nuestro conocimiento que varios factores han influido en este juicio, el Director McVeigh y yo declararemos un juicio nulo. —Asiente a Siobhan, que se está secando los ojos, y luego al Sr. Quinn, ambos parecen aliviados.

—Quedan desestimados —dice el nuevo juez y luego se dirige al oficial de la corte—. Por favor, devuelva al Sr. O'Connor a...

—No, Señoría —dice Siobhan, poniéndose de pie rápidamente—. No necesitamos poner al Sr. O'Connor en custodia preventiva. Retiro todos los cargos. Tenemos un nuevo sospechoso y pruebas más sólidas para construir un caso.

Parece que toda la sala estalla en vítores, aunque estoy seguro de que hay algunas personas a las que no les complace tanto escuchar esta noticia. Pero Siobhan lo ha conseguido. Mick queda libre, y estoy orgulloso de ella por mantenerse firme y seguir lo que sabía que era la verdad.

Mick se pone en pie, estrechando la mano del abogado, y Brennan se abre paso entre una multitud de personas para llegar a sus brazos. Todo el mundo está levantado, moviéndose. Yo encuentro mi camino hacia Siobhan primero para abrazarla, y es como si estuviéramos solos en la sala a pesar de estar rodeados de gente.

—Bien hecho —le digo, apartándole un mechón de pelo de la frente. Sus ojos aún están húmedos de emoción.

—Gracias. Me alegro de que haya terminado. —Su labio aún tiembla mientras habla, y puedo notar que algo todavía le molesta.

—¿Qué ocurre?

—Estuvieron en mi ático, Finn. Y cuando Liam... bueno, él... —Parpadea y mira al espacio entre nosotros. Tomo su barbilla con mi dedo y la levanto.

—¿Qué hizo? —No me ha hablado de nada relacionado con ese hombre, aunque he sabido que era una serpiente desde la primera vez que lo vi entrando en su apartamento.

—Intentó que me acostara con él en mi salón. Le di una bofetada. Te juro que no pasó nada, pero...

—Pero estaba intentando que hicieras algo poco ético para prepararte para el fracaso. Si no cedías, te obligaría. Sabía que ese micrófono estaba allí. —Podría matar al bastardo, pero está tras las rejas donde está a salvo de mí por ahora.

—No me lo puedo creer. Estoy tan asqueada. McVeigh me dijo que revisara mi casa en busca de micrófonos, pero no pensé que hablara en serio. —Se cubre la cara y se hunde en mi pecho, y yo la abrazo con fuerza.

—Hey, shh, se acabó. Está hecho, y ya no tienes que pensar en ello. Seguro que tendrás que dar una declaración, pero eso será todo. —No sé cómo será el futuro para nosotros, pero estoy listo para dejar todo esto atrás y descubrirlo. Quiero una vida con ella, no estas vueltas. —Salgamos de aquí —le digo, y la guío a través de la multitud hacia fuera.

Tenemos algunas cosas importantes que discutir y no puedo esperar a tenerla a solas.

SIOBHAN

Apoyándome en el costado de Finn, me relajo por primera vez en semanas. Sé que ser vista con él afectará mi vida, quizás permanentemente, pero no estoy pensando en eso ahora. En realidad, no estoy pensando con claridad.

El peso de hacer lo correcto por Mick O'Connor se ha levantado, pero la amenaza mayor del juez Callahan y quien sea que esté trabajando en la oscuridad, empujándole a desviarse, sigue ahí, todavía cerniéndose sobre mí como una nube oscura. Nunca podré vivir libre de esta pesadez y de mirar por encima del hombro, pero espero que algún día desaparezca para poder tener alguna apariencia de vida normal.

—Lo has conseguido —dice Finn de nuevo. Su sonrisa es enorme. Puedo notar que este es el resultado que ha estado esperando, y no puedo culparle. Cuando vi la grabación que McVeigh compartió conmigo revelando que otra persona disparó a Aiden Hughes, supe que no fue Mick. La persona en el vídeo era demasiado baja y dominante con la mano izquierda. No había forma de que pudiera haber sido Mick.

Ese fue el momento que consolidó las cosas. Incluso sin el misterioso testigo de Finn, conseguí liberar a Mick, pero ese hombre definitivamente vendrá a testificar en el nuevo juicio. El heredero Doyle será arrestado y juzgado por el asesinato, y toda la familia

Doyle se unirá para apoyarlo. Sin duda, habrá intentos contra la vida de Sean McCarty, quizás contra la de McVeigh, y posiblemente incluso contra la mía también.

El juzgado está lleno. Nos dirigimos hacia los ascensores y esperamos a que uno nos lleve abajo. Finn está especialmente físico ahora mismo, atrayéndome hacia su costado, acariciando mi cuello con su nariz. Puedo imaginar lo que haremos cuando lleguemos a mi ático, y eso hace que mi cuerpo se active para recibir su atención.

—Sabes que mi carrera está destrozada. McVeigh va a ver esto como algo mucho más grave que mi fisgoneo por atención encubierta con la mafia —le sonrío mientras él se inclina para capturar mis labios. Un largo beso me silencia por un momento antes de que se aparte.

—¿Es eso lo que le dijiste? ¿Que estás encubierta? —Es codicioso, apretando mi trasero aunque todavía estamos rodeados de gente. Las puertas del ascensor se abren y entramos, pero incluso aquí, no estamos solos.

—Tenía que decir algo. Liam estaba presionándome. Creo que sabe que hemos estado involucrados. —Recordar lo horrible que fue Liam conmigo me hace estremecer. Pensar que esos enfermos nos vieron follando a Finn y a mí allí mismo en mi sala de estar en más de una ocasión... Sacudo la cabeza. Casi consiguió que me acostara con él también.

—Me gustaría meterme bajo las sábanas contigo —susurra Finn en mi oído, y le empujo juguetonamente.

—Para ya —siseo y me río—. Supongo que tendré que buscar un nuevo trabajo. Si no estoy con la fiscalía, significa que tendré que pasarme a la defensa. Me pregunto si es así como sucede para todos los fiscales que se independizan.

Las puertas se abren y la gente comienza a salir en tropel. La mano de Finn agarra mi trasero de nuevo mientras yo abro camino, y él me sigue.

—¿Quieres decir que todos encuentran a un sexy criminal con quien meterse en la cama y abandonan el camino recto para seguir sus corazones?

No puedo creer que esté siendo tan descarado conmigo. Me giro y camino hacia atrás, apartando sus manos de mi cuerpo.

—Quiero decir que los echan por falta de ética.

—Podría usar una buena abogada defensora. Puedes ponerme en el estrado esta noche. Testificaré sobre lo increíble que eres. —Finn me atrae de nuevo, tomando mis mejillas con ambas manos y forzando mis labios contra los suyos. Después de este espectáculo, no hay manera de que pueda convencer a nadie de que solo estoy encubierta. Pero tampoco estoy segura de que quiera hacerlo. Finn hace que mi corazón cobre vida, y quiero que mi corazón siga vivo con él.

—Finn —suspiro cuando me da la oportunidad.

—¿Qué? —pregunta, retrocediendo. Me mira a los ojos y me escruta, y lo único que puedo hacer es sonreírle.

—No he dicho nada porque tenía miedo de que fueras a obligarme a recusarme o algo así, pero... —muerdo su labio inferior y vuelvo a besarle. Estoy lista para esto. No puedo ver otro futuro para mí que uno con él, incluso si tengo que hacerme independiente y no ser fiscal. Le quiero. Sé que todavía puedo buscar justicia para mi prima incluso si no soy fiscal. La idea de derribar el submundo es más aterradora de lo que imaginaba. No estoy segura de estar preparada para eso nunca.

—¿Qué pasa? —pregunta de nuevo, esta vez sin permitirme besarle, aunque es lo que me gustaría hacer.

—Voy a tener un bebé. Nuestro bebé.

La noticia se desliza de mi lengua, dibujando una sonrisa en sus labios.

—¿Qué has dicho?

Asiento con la cabeza.

—Me enteré hace unas semanas, y...

—¡Wohooo! —Su fuerte grito va acompañado de un abrazo aplastante mientras me levanta y me hace girar en círculo, luego me deja en el suelo y me besa con fuerza. Su barba incipiente raspa mi cara, e intento lo mejor que puedo aguantar el ritmo mientras me devora en su alegría.

—Joder, no puedo creerlo. ¿Voy a ser padre? —Apenas me da espacio para respirar, pero no quiero espacio. En absoluto, ya no.

—Sí. Y no puedo esperar para ser madre.

Nuestra celebración atrae más atención de la que me gustaría, y tomo la mano de Finn y empiezo a bajar las escaleras del frente del juzgado antes de detenerme en seco. Mi maletín está en la mesa de arriba. He estado tan emocional que no he prestado atención. Quizás el cerebro de embarazada sea realmente algo real.

—Mi maletín —suelto de repente, y él suspira.

—Yo lo recojo. Tú espera aquí.

—No... —digo, deteniéndole—. Yo lo recojo. Tú acerca el coche. Es tonto que me quede aquí esperándote cuando soy yo quien ha cometido el error y ha olvidado mis cosas.

Finn arruga la nariz pero me hace un gesto afirmativo mientras vuelvo corriendo escaleras arriba. Mi corazón está ligero, mis hombros relajados después de meses de estrés. Lucho contra la corriente de gente que sale del edificio y opto por las escaleras hasta el segundo piso esta vez, en lugar de esperar el ascensor.

Cuando llego a la sala del segundo piso, el pasillo está vacío. Todo el mundo ya se ha ido, y mi maletín sigue abierto sobre la mesa con mis cosas esparcidas alrededor. Mis zapatos resuenan en el suelo de

mármol mientras me acerco caminando para recogerlo todo, y no oigo a nadie en la sala hasta que siento el frío acero de una pistola presionando mi costado.

—Señorita Gallagher, ha sido un espectáculo impresionante el que nos ha ofrecido. —No reconozco la voz del hombre, pero no me sorprende que alguien esté aquí. El juez no trabajaba solo. La detención de Liam solo era una parte. Tenía al menos un miembro del jurado, quizás también algún funcionario del tribunal. Quien sea este hombre puede que solo sea un peón también. Los Doyle están detrás de todo.

—¿Quién es usted? —pregunto, intentando darme la vuelta, pero la pistola golpea mi cabeza con fuerza y me estremezco, cubriéndome la cabeza con la mano.

—Le gusta jugar duro, pero yo no soy un jugador, señorita Gallagher. Callahan fue fácil. Kearney fue como quitarle un caramelo a un niño, pero déjeme decirle que si no hace lo que exigimos, no tenemos miedo de ensuciarnos las manos. —La pistola vuelve a mi costado, presionando con fuerza, y gimo.

Una rápida mirada por encima de mi hombro revela exactamente con quién estoy tratando. Hagen Doyle tiene su arma lista para matarme, con ojos de acero taladrándome la nuca. Ya tiene un cargo por asesinato. ¿Qué más da añadir otro a su lista?

—No se saldrá con la suya —le digo, mientras mi mano se desliza alrededor del asa de mi maletín.

—Oh, pero lo haré, y usted me va a ayudar. —Su risa siniestra hace que me duela el pecho. No puedo dejar que me haga daño o me saque de aquí.

Pensando rápido, agarro el asa de mi maletín abierto y giro con fuerza, balanceándolo conmigo. Le golpea en la cabeza, obligándole a tambalearse hacia un lado, dándome tiempo para correr. Y corro. Salgo disparada, perdiendo un tacón, rompiéndome el tacón del otro

zapato, y me lanzo hacia la puerta. El hombre me persigue hasta el pasillo donde resbalo y caigo, y él se abalanza sobre mí, inmovilizándome contra el suelo, con la pistola en mi cabeza.

—Estúpida zorra, no escaparás. Nunca escaparás. ¿No lo ves?

Lo empujo, pataleando y arañando, pero él es más pesado que yo. Y aparecen dos hombres más vestidos con trajes oscuros sobre nosotros mientras forcejeamos en el suelo. Tienen pistolas. Estoy en inferioridad numérica, y todo lo que puedo hacer es gritar pidiendo ayuda y esperar que alguien me oiga.

FINN

Observo a Siobhan mientras desaparece tras las puertas del juzgado, sintiendo una alegría serena en mi pecho. Ahora lleva algo muy preciado, no solo para mí, sino para la vida que aún tenemos que construir. Apenas puedo creerlo. El peso de lo que me ha dicho me golpea de repente: voy a ser padre. Es surrealista y, por un momento, casi no puedo respirar.

Padre. Yo.

Este no es un papel que jamás imaginé para mí, especialmente en este mundo duro e implacable. Ni siquiera era un sueño que me atreviera a considerar. Demasiada violencia, demasiados recuerdos empapados en sangre acechaban en mi pasado para tales pensamientos. Pero ahora, en este momento, siento un destello de esperanza, una pequeña chispa que enciende la visión de algo mejor que la vida que siempre he conocido. Siobhan, con su fuerza gentil y espíritu inquebrantable, lleva a mi hijo en su vientre. Aunque permanece ignorante de esta profunda verdad, estoy decidido en mi promesa de protegerlos a ambos con cada fibra de mi ser.

Visualizo la tierna imagen de ella acunando a nuestro bebé, sus brazos envolviendo suavemente el pequeño paquete de vida, y luego me veo a mí mismo, abrazándolos estrechamente. Casi puedo imaginarlo con claridad: su suave risa melodiosa resonando por toda nuestra casa, la dulce manera en que conversaría con nuestro hijo,

cada palabra llena de amor y calidez. Me imagino viéndolos crecer, presenciando cada hito con el corazón lleno de orgullo. Las escenas se desarrollan vívidamente en mi mente, pero una persistente sensación incómoda se retuerce en mis entrañas.

Los Doyle.

No la dejarán ir fácilmente. Lo sé.

Aparto ese pensamiento y me centro en la alegría, en lo que está por venir, pero ese maldito chirrido de neumáticos me devuelve bruscamente al presente. El sonido es ensordecedor en mis oídos. Me giro rápidamente, con la adrenalina inundando mis venas. El sedán pertenece a los Doyle. Lo he visto antes, el día que esos matones me dieron una paliza. ¿Estaban aquí? Por supuesto que sí. Tienen intereses en este juego.

—Siobhan —murmuro, recordando que está dentro del juzgado sin mí. Nunca debería haberla dejado fuera de mi vista, y menos ahora.

No pierdo ni un segundo. Mis piernas se mueven antes de que mi mente haya procesado completamente el peligro. Mi mano golpea contra la puerta del juzgado, abriéndola de un empujón. La marea de gente que sale ahora es apenas un goteo, la mayoría del público y los jurados ya se han marchado en cuanto terminó el drama. Mick no está aquí. Ronan y Quinn también se han ido.

Estoy solo mientras subo corriendo la gran escalera hacia el segundo piso, donde las luces se han atenuado hasta un resplandor suave y sombrío. Las ornamentadas barandillas brillan tenuemente bajo la iluminación tenue, y el aire está cargado con los aromas de madera pulida y papel viejo. Un conserje se desliza por el reluciente suelo de mármol, empujando una mopa, silbando una melodía despreocupada que resuena suavemente por el pasillo. Parece ajeno a la tensión que permanece en el ambiente.

Irrumpo en la sala del tribunal, con el corazón acelerado, la escena aún vívida en mi mente donde momentos antes estábamos en medio

de una intensa batalla contra un juez corrupto.

Su maletín está ahí, abandonado, a pocos metros de donde había estado sentada durante el proceso. Su bolso está cerca, con su contenido esparcido por el suelo, papeles revoloteando como hojas de otoño atrapadas en una brisa, formando un sendero irregular hacia lo desconocido.

Mi pecho se contrae dolorosamente ante la escena de desorden, la evidencia de una lucha grabada en el caos. Estaba aquí hace solo unos momentos, su presencia aún palpable y, sin embargo, inexplicablemente, se ha escapado de mi alcance. ¿Cómo he podido perderla?

Siento que el pánico aumenta, un nudo de miedo que se aprieta más con cada paso que doy hacia sus cosas. Esto no está bien. Ella no se iría sin decir palabra. Algo ha pasado.

—¡Siobhan! —grito, pero mi voz se quiebra bajo el peso del terror en mi pecho. Girándome, corro de vuelta al pasillo, pasando junto al hombre que barre y bajando las escaleras. Mi teléfono ya está en mi mano marcando el número de mi hermano.

Pulso el botón de llamada, con el dedo tembloroso, pero me obligo a mantener la concentración. El teléfono suena una, dos veces, y entonces Ronan responde con un tono alegre. Acabamos de ganar la batalla, pero la guerra aún continúa.

—Finn, ¿qué ocurre? —pregunta, con vítores de celebración sonando de fondo. Debe estar con Mick.

—Siobhan ha desaparecido. No está aquí, Ronan. Ella... —me ahogo con mis palabras, luchando por estabilizar mi respiración—. Creo que se la han llevado.

Un momento de silencio sigue, pesado y sofocante, antes de que Ronan hable de nuevo, con voz afilada.

—¿Qué demonios quieres decir con "se la han llevado"? ¿Cómo lo sabes?

—Sus cosas —murmuro, con la voz tensa—. Su maletín. Está todo esparcido por todas partes. Como si hubiera luchado... pero no sé qué pasó, adónde fue. —Estoy a medio camino de la puerta ahora, las pesadas puertas de madera del juzgado delante de mí, y mi corazón late como un tambor de guerra en mi pecho—. Ronan, son los Doyle. Estoy seguro.

Le oigo exhalar bruscamente al otro lado.

—Mantén la calma, Finn. Voy para allá. Reuniré a algunos hombres...

—¡Madre de Dios! —exclamo, sin esperar a que termine—. Necesito encontrarla ahora. Ya me llevan ventaja. —Golpeo la puerta con la mano mientras salgo precipitadamente.

Llego a mi coche en cuestión de segundos, con el corazón latiéndome en el pecho. Las calles están más tranquilas ahora, el bullicio de la ciudad se desvanece mientras cierro la puerta de un portazo. Mis manos tiemblan, pero me obligo a estabilizarlas mientras forcejeo con las llaves.

El motor ruge al encenderse, el sonido retumba en el silencio de la noche. Mi agarre se tensa en el volante, con los nudillos blancos. Mi mente corre con un solo pensamiento. *Siobhan*.

Piso el acelerador con fuerza, los neumáticos chirrían contra el pavimento mientras salgo disparado del aparcamiento. El tiempo se escapa, y no voy a perderla. No así. La matarán sin dudarlo. Esto es lo que han estado esperando, y ahora que ha conseguido liberar a Mick, no tienen ninguna razón para querer mantenerla con vida. Tiene pruebas contra Hagen. Es su peor pesadilla.

Hundo el pie con más fuerza en el acelerador, el motor ruge mientras acelero calle abajo, ignorando los semáforos en rojo que destellan en mi visión periférica. Las ruedas protestan con un

chirrido, pero soy implacable, centrándome solo en el camino por delante.

El sedán... ¿dónde demonios está? Tenía ventaja, pero no dejaré que se escape. Mi corazón martillea en mi pecho mientras examino cada esquina, cada calle lateral, cada reflejo en el cristal.

Las calles me resultan más familiares ahora, los bordes ásperos del territorio de los Doyle se infiltran en mi vista mientras me adentro más profundamente en su mundo. Conozco este lugar: las aceras rotas, los letreros de neón descoloridos, los edificios sin identificar que no son más que una fachada para algo más oscuro. El aire se siente pesado, cargado de tensión. Cada esquina que doblo solo me lleva más adentro de su dominio.

Estoy concentrado, pero el nudo en mis entrañas sigue apretándose. Tengo que llegar a ella rápido. No la mantendrán cautiva por mucho tiempo.

Tomo la siguiente esquina con una explosión de velocidad, mis ojos recorriendo el cruce que tengo por delante en busca de cualquier signo de peligro. Mi coche avanza a toda velocidad a través del resplandor ámbar del semáforo cuando, de la nada, un SUV negro viene a toda velocidad desde la izquierda, cortando mi trayectoria con una velocidad alarmante.

El corazón me da un vuelco, y el instinto toma el control. Giro el volante con todas mis fuerzas, desviándome violentamente para esquivar la inminente colisión. Los neumáticos gritan en protesta, y el coche hace un trompo salvaje, la parte trasera balanceándose como a cámara lenta, un momento surrealista donde el mundo parece retorcerse y contorsionarse a mi alrededor. El chillido de la goma deslizándose por el asfalto es ensordecedor mientras lucho por recuperar el control del vehículo.

Mis dientes rechinan mientras el coche vuelve bruscamente a una línea recta, a escasos centímetros del borde implacable de la acera. El SUV pasa rugiendo a mi lado, su silueta oscura es un borrón que

apenas evita el contacto. Permanezco paralizado durante un instante, con las manos aferradas al volante, mis respiraciones salen en ráfagas pesadas y entrecortadas que llenan el habitáculo. Eso ha estado demasiado cerca, muchísimo.

Por un segundo, pienso que debería esperar y confiar en que Ronan pueda ayudarme, pero no hay tiempo. Piso a fondo otra vez y salgo disparado. Incluso si tengo que cazar a cada uno de ellos y masacrarlos individualmente, lo haré. No le harán daño a ella ni a mi hijo nonato.

SIOBHAN

Mi corazón late con fuerza, cada músculo de mi cuerpo rígido mientras los hombres que me han atacado me zarandean. No puedo gritar, no puedo defenderme. Me han puesto una bolsa sobre la cabeza y luego me han atado algo alrededor de la boca, haciendo imposible emitir sonido y dificultando mi respiración. Y mis manos y pies están atados con demasiada fuerza, los dedos se me están quedando dormidos.

Lo único que sé es que me han metido en un espacio estrecho. No puedo estirarme, pero puedo sentir cada bache en el camino. Creo que es el maletero de un coche porque, de vez en cuando, la inercia cambia y me golpeo la cabeza contra algo duro. Estoy aterrorizada y desearía al menos poder ver algo.

Intento calmarme porque llorar no me ayudará, y mis senos nasales están produciendo tanto moco que me resulta aún más difícil respirar. Odio admitirlo incluso para mí misma, pero Liam tenía razón sobre todo este asunto desde el principio. Odiaba cómo me trataba —como a una niña—. Pero era un buen amigo a pesar de ser corrupto. Sabía en qué me estaba metiendo mejor de lo que yo nunca imaginé porque él lo estaba viviendo.

Me pregunto qué le hicieron para quebrarlo, si esto es algo que les hacen a todos o si soy diferente porque soy la fiscal. Cada bache en

el camino me hace cuestionar si mi tiempo en la Tierra ha terminado, si mis respiraciones están contadas ahora.

Cuando el coche por fin se detiene, poniendo fin a la paliza que he estado recibiendo, oigo voces masculinas. Hay al menos dos hombres ahí fuera, riendo y bromeando. Me sacaron de ese juzgado con facilidad, como si le quitaran un caramelo a un niño. No estaba preparada para el ataque, pero de todas formas nunca habría tenido ninguna posibilidad contra dos hombres adultos a la vez. Me pregunto si son los mismos hombres que intentaron atacarme en la calle.

—Vamos a meterla dentro —dice uno de ellos, lo único que puedo entender de su conversación amortiguada. Oigo que el pestillo se abre y, al cabo de un momento, siento que más luz y aire fresco se filtran a través de la tela de este saco de arpillera sobre mi cabeza.

—Vamos, Princesa —la voz áspera del hombre va seguida de su firme agarre. Me coge del brazo y me levanta de un tirón, sin preocuparse por mi seguridad. Mi cabeza golpea contra algo muy duro, y me estremezco, gimiendo contra la mordaza, pero la tela lo absorbe todo. Quiero protestar y luchar contra ellos, pero es imposible con estas ataduras. Físicamente, he sucumbido a mi destino de ser su cautiva, aunque mi mente sigue ágil y reactiva. No dejaré que me quiebren.

Más manos rodean mi otro brazo. Me siento levantada, y luego mis rodillas golpean contra algo muy duro. Pronto me doy cuenta de que es el suelo, pues empiezan a arrastrarme, desgarrando la piel de mis rótulas y espinillas. Mi espalda se pone rígida. Clavo los dedos de los pies en el suelo con la esperanza de detener el dolor, pero rápidamente recuerdo que he perdido los zapatos, y el pavimento es mucho más amable con mis rodillas que con los dedos de mis pies.

Es horrible sentir cómo la piel se desprende lentamente de mis extremidades inferiores. No puedo hacer nada para luchar contra ellos, aunque intento ponerme de pie y caminar. Hasta que siento

una patada en mi costado y me desplomo de nuevo, quedando colgada, con un hombre agarrándome de cada brazo.

Cuando el pavimento da paso a la hierba, lloro lágrimas de alivio, solo para que sea peor cuando la hierba se desvanece en grava, y luego un conjunto de escaleras donde cada escalón sacude mi pelvis. Todo en lo que puedo pensar es en el bebé y en lo que esto podría hacerle. No quiero perder al bebé. No quiero estar aquí. Quiero a Finn y quiero irme a casa, y todos esos pensamientos provocan más lágrimas al darme cuenta de que no están de broma. Van a matarme.

Entonces, ¿por qué no lo han hecho ya?

Por fin llega el alivio cuando, en algún lugar dentro de un edificio, me sueltan y dejan que mis brazos se relajen contra mi espalda. Me quedo tumbada sobre mi estómago por un segundo, recuperando el aliento, oliendo el hedor a humo de puro y alcohol. Estoy tumbada sobre una alfombra, aunque no está bien acolchada. Puedo sentirla contra mi pecho donde se abre mi camisa.

La habitación está en silencio por un momento mientras tomo respiraciones entrecortadas, tratando de despejar mis vías respiratorias de mocos y emoción. Me duelen los hombros por haber estado doblados en un ángulo incómodo para arrastrarme hasta aquí, y las rodillas me laten por haber sido arrastrada. Pero me recuerdo a mí misma que sigo viva. Aún no me han matado, así que hay esperanza. Esperanza de que Finn se dé cuenta de que no he vuelto con mi maletín y de que tiene que venir a buscarme.

—Caballeros, esa no es forma de tratar a una dama. ¿Verdad? —La voz del nuevo hombre es burlona, poco amable, pero representa un cambio en mi situación. Un tercer hombre que quizá, con suerte, deshaga lo que estos hombres han hecho. Intento rodar sobre mi espalda, pero siento una bota en mi hombro que me mantiene inmóvil.

Entonces algo sucede y mis manos quedan libres. Me quedo perfectamente quieta, preguntándome qué está pasando cuando mis pies también son liberados, y me arrancan la bolsa de la cabeza, junto con la mordaza.

Parpadeando, pongo mis manos bajo mi pecho y me obligo a incorporarme. La bota en mi hombro se levanta, y miro hacia arriba para ver al hombre que me ha cortado las ataduras. Ahora estamos solos, los otros dos salen por la puerta mientras yo me las arreglo para sentarme en el suelo. Mi cara debe ser un desastre. Uso el dorso de mi brazo para limpiarme el moco del labio y la mejilla.

—Aquí, déjeme ayudarla a levantarse —ofrece el nuevo hombre, extendiéndome su mano.

Echo un vistazo a la habitación desnuda. Solo hay una alfombra marrón de color feo y paredes desnudas. Dos sillas en una mesa metálica que parece estar atornillada al suelo. Me recuerda mucho a una sala de interrogatorios de la comisaría de la Garda, pero creo que esto es un edificio de oficinas de algún tipo, o una casa. Las paredes son de yeso, no de hormigón.

Tragando saliva con dificultad, me permito tomar su mano, y él me ayuda a levantarme. Mis rodillas están muy ensangrentadas. Trozos de piedra y suciedad se adhieren a mi piel. Él chasquea la lengua y me entrega un pañuelo con una gran D cursiva bordada.

—Límpiese, Srta. Gallagher. Tenemos mucho de qué hablar —Un escalofrío me recorre la piel mientras él señala una de las sillas y dice—: Siéntese.

Primero, uso el pañuelo para limpiarme la cara y sonarme la nariz. Luego utilizo un lado limpio para dar toques a la sangre que ya está coagulando. Se van a formar costras sobre esta suciedad y voy a coger una infección. Sacudo la cabeza y le miro fijamente.

—¿Quién es usted? ¿Qué es esto? ¿Por qué estoy aquí? —No tengo donde apoyarme. Esos hombres son lo suficientemente fuertes como

para romperme el cuello si quieren, pero tumbarme y ser su saco de boxeo no es mi estilo.

—Vaya, soy Cormac Doyle —dice con suavidad, pasándose una mano por el pelo—. Me gustaría hablar sobre el asesinato de Aiden Hughes y cómo transcurrirá el juicio. —Hace un gesto de nuevo—. Siéntese.

Se me contrae la garganta. ¿Este es el hombre a cargo de todo el sindicato criminal de los Doyle? Su hijo, el que supuestamente asesinó a Aiden Hughes, será arrestado y juzgado pronto. Un juicio del que no tengo ningún deseo de formar parte. Se me hiela la sangre mientras me siento en la silla y le miro con los ojos muy abiertos, sin importarme ya mi aspecto, ni mis rodillas ensangrentadas, ni siquiera el bebé que llevo dentro, quien por sí solo me da voluntad para vivir.

—Señorita Gallagher, vamos a organizarlo para que usted supervise el juicio de Hagen. Supongo que no tengo que explicarle quién es Hagen, ¿verdad? —Entorna los ojos mirándome, y yo niego con la cabeza. No tengo palabras para este monstruo—. Bien. Ahora, lo que va a ocurrir es que le proporcionaremos pruebas suficientes, algunos expertos que le ayudarán, y vamos a pagarles a todos una suma considerable para asegurar que mi hijo no vaya a prisión. Todo lo que tiene que hacer es seguir el guion. ¿Puede hacer eso?

Pienso en Finn de nuevo, suplicándome que hiciera lo correcto. No me pedía que sacara a Mick porque tuviera algún plan nefasto para burlar el sistema. Sabía que Mick era inocente. Finn me presionaba para que viera la verdad, para hacer lo correcto. Este hombre frente a mí me está pidiendo que mienta, que engañe y que entierre la verdad. Quiere que sea su mensajera oscura para decirle al mundo que él está por encima de la ley, que su hijo es intocable, y no creo que pueda hacer eso.

—Señor, creo que se ha equivocado de mujer. —Las palabras salen ahogadas, titubeantes. Estoy temblando en esta silla, rezando para que no me corte la garganta ahora mismo.

—¿Oh? —Ladea la cabeza y levanta las cejas—. ¿No es usted Siobhan Gallagher? ¿La mujer con la misión de acabar con todos los sindicatos criminales del submundo de Dublín? ¿La mujer cuyo primo fue asesinado a sangre fría después de un trato que salió mal? —Sus ojos se entrecierran al mirarme, y veo la malicia en ellos, el odio, el hambre de algún oscuro plan sin sentido—. ¿Cómo murió Trevor, por cierto? —pregunta, y me estremezco.

No puedo responderle. Claramente lo sabe todo sobre mí. Probablemente haya visto los vídeos de Finn y yo, seguramente entiende mis vínculos con el apellido O'Rourke. Y quizás también sospeche más de mí, que estoy en su nómina, lo que no podría estar más lejos de la verdad. Piensa que puede hacer que me rinda, como se rindió Liam, como se rindió Brendan. No lo haré. Aprieto la mandíbula y fijo mis ojos en él, pero no hablo.

—Bueno, entonces tómese su tiempo para pensarlo. —Se levanta y desliza la mano en su bolsillo. Cuando sale, saca un par de esposas y las balancea frente a mí—. Voy a asegurarme de que se quede aquí un rato, y cuando vuelva, espero que tenga una respuesta para mí.

Intento resistirme, pero consigue engancharme una de las esposas en el brazo y la otra alrededor de la pata de la mesa, que, como suponía correctamente, está atornillada al suelo. La esposa está apretada, pellizcándome el brazo, pero no tan mal como se sentía la bolsa sobre mi cabeza. Le miro fijamente, pero soy lo suficientemente inteligente como para saber que no debo hablar.

—Le sugiero que acepte mi propuesta, señorita Gallagher. No querrá saber qué le ocurrirá si no lo hace. Ese chico de los O'Rourke estará llorando sobre su tumba, y acabará recibiendo un disparo también. Ya sabe... venganza por un amor perdido y esas cosas. —Gesticula con sus manos casualmente mientras pronuncia tan horribles amenazas contra Finn y contra mí, y luego sale diciendo—: Piénselo.

No tengo que pensarlo. La respuesta es no. No le ayudaré a salirse con la suya en un asesinato. Dios sabe qué otros crímenes ha

cometido este bastardo. Pero si tengo que mentirle y decirle que lo haré, solo para tener una oportunidad de estar en contacto con Finn, lo haré. Porque sé que Finn no permitirá que me hagan esto. Solo tengo que jugar bien mis cartas.

FINN

Después de veinte minutos buscando ese maldito coche por esta parte de la ciudad, aparco cerca de una hilera de casas adosadas y espero a Ronan. Estoy tan enfurecido que no puedo pensar con claridad. Ese SUV no fue el único susto que tuve. Dos veces me salté un semáforo en rojo y casi me embisten en un cruce, así que cuando Ro me dijo que "aparcase el culo y le esperase", supe que tenía razón.

Me quedo sentado con el motor en marcha, mirando calle arriba hacia el territorio de los Doyle. La forma en que la agarraron y salieron corriendo me pilló completamente por sorpresa. No lo vi venir. Creo que nadie lo vio, aunque ahora que Mick está a salvo, Ronan se centrará en él y en fortalecer la alianza más que nunca. Dudo que le importe siquiera Siobhan y lo que le pueda estar pasando. Para él, ella solo fue un medio para conseguir un fin, pero para mí lo es todo.

El coche de Ronan se detiene, y él y mi hermano Lochlan salen y caminan hacia mi coche. Ambos tienen expresiones serias y llevan sus armas. Cuando entran y cierran las puertas, estoy tan furioso por todo esto que ni siquiera puedo hablar. Ronan tiene que hablar por mí.

—Ya no es nuestro problema, Finn —su tono es uniforme y bajo. Sé que para él esto no es algo que deba preocuparnos. Está listo para

centrarse de nuevo en lo que es importante y no tiene ni idea de lo que realmente ha ocurrido entre Siobhan y yo.

—Está embarazada —les digo, y miro por la ventanilla del conductor, observando los coches que pasan. Puede que Siobhan no sea una preocupación para él, pero la sangre que corre por las venas de ese bebé es sangre O'Rourke. Está obligado por un juramento a proteger cualquier vida O'Rourke hasta la muerte y lo sabe.

Suspira con fuerza. Oigo a Lochlan moverse en su asiento y miro por el retrovisor para ver que él también me mira con el ceño fruncido. No hice nada que no debiera hacer. Mi trabajo en esto era hacerle ver la luz, y lo hice. Al final, las cosas salieron bien para Mick. Lo que hice para que eso sucediera tiene poca importancia ahora, excepto que resultó en que me enamoré de ella. Incluso si no estuviera embarazada —lo cual creo firmemente que lo está— aun así la rescataría. No dejaré que la escoria de los Doyle le haga daño.

—Por todos los santos, Finn —el tono de Ronan es mordaz, pero sabe que se avecina una guerra de todos modos.

—Mira, atacaron el carácter de Mick. Lo expusieron por algo más que solo el asesinato. Va a perderlo todo de todos modos, aún puede acabar cumpliendo condena por el tráfico de armas, ¿y a ti solo te importa la maldita alianza? —Me vuelvo hacia Lochlan y les fulmino con la mirada a ambos, con el brazo extendido a través del coche hasta la parte posterior del asiento de Ronan, donde mis dedos lo agarran con fuerza—. Está esperando un hijo mío. Ella es una O'Rourke. O estáis conmigo y sois leales a la sangre O'Rourke, o no lo estáis. ¿Qué elegís?

No tengo ningún derecho a hablarle así a mi jefe, pero estoy harto de semánticas y retóricas. O permanecemos unidos como familia o no lo hacemos.

—Tranquilízate, joder, hermano —Ronan saca su pistola, mete una bala en la recámara, comprueba que el seguro esté puesto y luego

la vuelve a poner en su funda—. Estamos contigo. Ahora, ¿cómo era el coche?

La tensión en el coche se rompe y siento alivio mientras me incorporo al tráfico y me dirijo hacia la hilera de tiendas a una manzana más arriba. Les cuento sobre el incidente en el que dos Doyle intentaron atacar a Siobhan en la calle fuera de aquel restaurante, y luego cuando me atacaron a mí en la calle frente a su casa. El coche es el mismo, y estoy en una caza para encontrarlos. Sé que la han traído aquí, a su territorio, y no dejaré de buscar hasta encontrarlos. Si sigue viva, la salvaré. Y si no, los mataré a todos con mis propias manos.

Aparcamos junto a la galería comercial y salimos. Los tres somos muy conscientes de que estamos en pleno territorio Doyle, rompiendo reglas no escritas de esta ciudad que sabemos que significarán muerte. Pero la guerra fue iniciada por Cormac hace meses cuando su hijo asesinó a Aiden. Empeoró cuando continuaron atacándonos al incriminar a Mick. Hoy, se lo estamos devolviendo, aunque no terminará hoy, incluso si recuperamos a Siobhan.

—Comprobaremos cada tienda, preguntaremos a los dueños si saben algo. Encontraremos algo —instruye Ronan, y estoy de acuerdo con su plan. Entramos en el primer lugar, una pequeña tienda de sushi familiar. El hombre detrás del mostrador —un hombre mayor con pelo canoso y cara arrugada— nos mira con miedo en los ojos. Sabe quiénes somos por su aspecto, o al menos a qué nos dedicamos. Es prometedor.

—No puedo ayudarles —dice a la defensiva, levantando las manos en señal de rendición. No le creo, así que me apoyo en el mostrador con un codo, permitiéndole ver dentro de mi camisa donde tengo la pistola enfundada bajo el brazo.

—Parece asustado —digo, y él asiente.

—No puedo ayudarles —repite, esta vez negando con la cabeza. Sus manos siguen en el aire.

—¿Conoce a los Doyle? —Mis ojos examinan sus rasgos temblorosos. Hombres como yo han entrado a este lugar y lo han aterrorizado antes. Es obvio por su reacción.

—Sí, y no puedo ayudarles, así que por favor, váyanse —Ahora está retrocediendo, así que saco mi pistola y le apunto. No me importa que haya varias personas aquí disfrutando de su sushi y fideos. Lo mataré a tiros si no empieza a hablar.

Ronan, por otro lado, tiene más sensatez en este momento. Presiona un dedo contra el cañón de mi pistola y la baja, y el hombre deja de retroceder.

—Señor, estamos buscando a nuestra amiga. Una mujer embarazada, guapa, piernas largas... ¿la ha visto? Creemos que el Sr. Doyle se la ha llevado.

El hombre niega con la cabeza y repite por tercera vez:

—No puedo ayudarles, señor —Sus ojos recorren el comedor y sonríe con una sonrisa muy forzada—. Quizás al lado —Su leve asentimiento, acompañado por la forma en que sus ojos se mueven, me dice que esa es toda la ayuda que obtendremos. "Al lado" debe ser algún código para alguien más en esta galería comercial que sabe algo.

Miro a Ro y él hace una mueca, pero nos retiramos. Si ese hombre está preocupado por lo que podríamos hacer, me imagino que está aterrorizado por lo que Doyle haría. Probablemente ya está llamando a los hombres de Doyle para advertirles que vamos, lo que significa que el tiempo corre ahora.

—¿De qué demonios iba todo eso? —pregunta Lochlan, y Ronan se frota la nuca mientras caminamos.

—Doyle tiene a estas personas cagadas de miedo. —Ronan nos guía hacia la siguiente tienda, una vieja tienda de electrónica usada donde todo está cubierto de polvo.

Camino entre las filas de viejas consolas de juegos, cafeteras rotas y dispositivos portátiles hasta el mostrador donde un hombre viejo y rechoncho, sin pelo y con un puro colgando de la boca, está sentado leyendo una revista. Ni siquiera nos mira cuando nos acercamos. No hasta que le apunto con mi arma. He terminado de hacerme el tipo amable. Necesito respuestas.

—Escucha, colega, ya he pagado. Dile a Cormac que se vaya a la mierda. —Sus ojos apenas se alzan para encontrarse con los míos brevemente antes de volver a su revista para ignorarme.

—No estoy aquí por Cormac. Estoy aquí para obtener respuestas. ¿Dónde está Cormac? ¿Tiene un escondite? ¿Un lugar donde hace negocios? —La tensión en mi pecho es como una cuerda de piano demasiado tensa a punto de romperse. No puedo soportar mucho más de esto. Ha pasado casi una hora desde que se la llevaron y no hay forma de saber qué infierno está pasando.

El hombre cierra su revista y me mira con desprecio mientras se quita el puro de la boca y señala hacia la puerta. —Bueno, yo no te respondo a ti. Tengo un trato con Doyle, y si lo estás buscando, no eres mi amigo. Así que largo de aquí.

Ronan no puede moverse lo suficientemente rápido. Uso la culata de mi pistola para golpear al hombre en la cabeza, y él deja caer su puro al suelo, retorciéndose y cubriendo el bulto rojo que comienza a hincharse.

—Dime dónde demonios encontrarlo —ordeno, y Ronan me empuja hacia atrás. Luego apaga el puro en el suelo y agarra la corbata del hombre.

—Te juro, colega, que no puedo ayudarte. Si te digo dónde vive ese cabrón, vendrá a matar a mi familia. —El hombre es un idiota balbuceante, que ha pasado de ser un tipo duro a un cobarde, y Ronan lo tiene por el cuello.

—¿Así que sabes dónde vive? —pregunta Ro, y el hombre niega con la cabeza—. Si estás mintiendo y lo descubro, vendré a matarte yo mismo. —Saca su propia arma y la mete directamente en la boca del hombre, introduciéndola tan profundo que ni siquiera puede hablar, aunque lo intenta.

—¿Qué dice? —pregunto, y siento que Lochlan me agarra del hombro y me tira hacia atrás.

—Ronan —advierte Loch. No necesitamos montar una escena aquí para alertar a los Doyle de lo que viene hacia ellos. Lo que necesitamos es conseguir la información y salir de aquí. Pero eso no me impide querer partirle el culo a este hombre.

—Dime dónde está, ahora, y te dejaré vivir —dice Ronan, quitándole la pistola de la boca, y el hombre empieza a cantar como un canario.

—En la calle Downing. Una gran casa azul en una esquina con un jardín de rocas en la entrada. Por favor, señor, solo estoy intentando hacer mi trabajo aquí. —Antes de que pueda terminar lo que está diciendo, le golpeo en la cabeza otra vez. Esta vez, el golpe es lo suficientemente fuerte como para dejarlo inconsciente. Se desploma en el suelo bajo su propio peso y se queda allí como un trozo de carbón.

Ahora que sabemos adónde ir, no perdemos tiempo. Corro de vuelta al coche, y Ronan y Lochlan me siguen los talones. Sin saber en qué nos estamos metiendo, esto podría ser arriesgado, así que Loch llama para pedir refuerzos. Declan, Connor y una docena de otros hombres se reunirán con nosotros allí, y esta guerra está a punto de volverse muy violenta. Ya puedo saborear la sangre en el aire.

SIOBHAN

Ha pasado mucho tiempo, quizás horas. Mi muñeca está cada vez más irritada por la fricción que causa la esposa al rozar mi piel. Está oscureciendo fuera, el sol se pone sobre la ciudad mientras me consumo en esta apestosa habitación encadenada a la mesa. Si Doyle piensa que esto va a intimidarme para hacer lo que quiere, está equivocado.

De vez en cuando oigo ruido fuera de la casa, risas de niños, gritos de padres llamándoles para que entren. Intenté gritar, pero me gané un fuerte golpe y otra amenaza, así que ahora me siento en silencio esperando lo inevitable. O bien Finn viene a salvarme o estos idiotas vuelven para amenazarme más, posiblemente matarme.

Muchas cosas pasan por mi mente, pero sobre todo, pienso en cuántas advertencias tuve de que esta situación sería mortal, empezando por Trevor. ¿Por qué pensé alguna vez que podría enfrentarme a las diferentes facciones de la mafia irlandesa y vivir para contarlo? Trevor era fuerte, mucho más fuerte que yo, y lo asesinaron a sangre fría. ¿Por qué no a mí también? ¿Y por qué no escuché las advertencias de Liam?

Debería haber sabido que ocurriría algo horrible. Si el miedo que había estado atormentándome durante semanas antes de que comenzara el juicio no era una señal de alarma lo suficientemente grande, debería haberme recusado en el instante en que supe que

Callahan estaba corrupto. Debería haberme apartado cuando tuve la oportunidad, y ahora estoy aquí, rezando a Dios para no morir.

El ruido del tráfico del barrio se interrumpe por el chirrido de neumáticos y gritos de hombres enfadados. No sé qué está pasando, pero en mi mente imagino a Hagen Doyle descubriendo que su padre me tiene cautiva aquí. Ha venido a silenciarme, probablemente a obligarme a entregar pruebas que no tengo. McVeigh las tiene todas. De hecho, probablemente será él quien lleve el caso cuando vaya a juicio. He terminado con esta vida. No puedo perseguir a esta gente. Me dan miedo.

Pero entonces, oigo algo familiar. El calor de un barítono que reconozco. No es Hagen Doyle en absoluto. Es Finn. Está con alguien más, y hay gritos. Conozco el tono de su voz, aunque solo lo he oído así de enfadado una o dos veces.

Escucho atentamente durante un segundo, esperando oír lo que se dice entre todos los gritos, pero entonces estallan los disparos y estoy aterrorizada.

—¡Finn! ¡Aquí dentro! —grito una y otra vez. El ruido es tan fuerte que ni siquiera puedo oír mis propios pensamientos. Los disparos me sacuden, cada uno haciendo que dé un respingo. Empujo la silla hacia atrás y me agacho bajo la mesa, rezando para que ninguna de las balas atraviese las paredes y llegue hasta aquí.

Las lágrimas se acumulan y estoy temblando mientras continúa el tiroteo. Ahora están más cerca, dentro de la casa. Tiene que haber una docena de ellos, y todos están disparando a la vez. Doyle debe haber sido tomado por sorpresa. Sé que no esperaba esto.

El fuego continúa desgarrando el aire, pero ahora está más cerca. El suelo tiembla con cada disparo, haciendo temblar las paredes y mis huesos. Estoy temblando, agachada bajo la mesa, con las manos aún encadenadas a ella. Mi pulso es tan fuerte que apenas puedo oír los gritos de fuera, pero sé que Finn está ahí. Sé que viene. El sonido de su voz corta el caos como un faro.

—¡Siobhan! ¡Agáchate!

Apenas logro tragarme el grito que se está formando en mi garganta. Quiero gritar, quiero correr hacia él, pero mis piernas se sienten como plomo, y las esposas son un cruel recordatorio de mi impotencia. Me agarro al borde de la mesa, con el corazón acelerado. El sonido de botas pesadas se acerca, la puerta tiembla en su marco, y entonces... *¡crash!*.

Finn irrumpe en la habitación, y no puedo contener el sollozo de alivio que se me escapa. Está aquí. Sus ojos se fijan en los míos, y su rostro es una mezcla de furia y determinación. No pierde ni un segundo. Sin decir palabra, da una patada a la pata de la mesa, y esta se rompe bajo la fuerza. Mi brazo se sacude hacia un lado, pero rápidamente deslizo la esposa de la pata de la mesa y me libero.

—Te tengo —dice Finn, poniéndome de pie.

Tropiezo, pero las manos de Finn están firmes sobre mis hombros, guiándome. Sus hermanos están justo detrás de él, Declan y Ronan, con las armas levantadas, escaneando la habitación. Suenan disparos desde el pasillo y me sobresalto, pero Finn ni siquiera vacila.

—¡Muévete! —gruñe Finn, y no necesito que me lo digan dos veces.

El aire está cargado de disparos, pero Finn me mantiene cerca, su cuerpo protegiendo el mío. Apenas puedo mantener el equilibrio, pero él me empuja hacia la puerta, sin darme la oportunidad de respirar. Declan y Ronan nos cubren, sus armas ladrando, y el sonido de neumáticos chirriando llena el aire.

El coche está cerca, y puedo oírlo, el motor poniéndose en marcha. Finn no reduce la velocidad. Me empuja hacia la puerta trasera, su agarre firme alrededor de mi muñeca.

—¡Entra! —exige.

Me lanzo sin pensar, Finn justo detrás de mí, y en un instante, el mundo es un borrón mientras el coche ruge en movimiento, alejándose de la locura. Mi respiración se corta en mi garganta mientras miro hacia atrás, hacia la casa, pero el brazo de Finn ya está a mi alrededor, acercándome, su voz baja y urgente.

—Todavía no hemos salido de esta, Siobhan. Quédate conmigo.

Asiento con la cabeza, agarrándome a él como si mi vida dependiera de ello, porque así es.

El coche acelera por las calles, los neumáticos chirriando mientras el conductor navega con pericia por las curvas cerradas, impulsando el coche cada vez más rápido. Sigo mirando hacia atrás, pero no hay señal de que nadie nos persiga, todavía. Mi corazón palpita en mi pecho, el peso de la noche alcanzándome. Finn se sienta a mi lado, tenso, sus ojos escaneando la carretera por delante, su mandíbula apretada.

—Casi estamos —murmura.

Me aferro a su costado, el shock de todo amenazando con abrumarme. El brazo de Finn me rodea, atrayéndome cerca, ofreciendo el único consuelo que puede. Su voz es suave, pero firme. —Estás a salvo ahora, Siobhan. Te tengo.

El coche gira por una carretera estrecha y bordeada de árboles, y me doy cuenta de que estamos entrando en un camino de entrada, uno que nunca he visto antes. La casa se alza ante nosotros, grande y silenciosa, un fuerte contraste con el caos que acabamos de dejar atrás.

Finn exhala, sus hombros relajándose por primera vez en toda la noche. —Hemos llegado.

Al principio no me muevo, todavía asimilando el peso de todo lo ocurrido. Pero Finn aprieta suavemente mi mano, y asiento. Sigo temblando. Todo ha sucedido tan rápido que ni siquiera sé dónde

estamos. Pero Finn está tranquilo, con los hombros aún tensos pero el rostro sereno.

—¿Dónde? —pregunto, mirando alrededor. Está muy oscuro ahora. No puedo ver nada excepto las luces que se filtran desde las ventanas de una gran casa frente a la que estamos aparcados.

—En casa —me dice, y mientras lo dice, abre la puerta. Su casa es enorme, una extensa construcción de ladrillo que se alza imponente sobre nosotros. Salgo del coche pero nunca pierdo el contacto con él. Es mi refugio, la seguridad que he necesitado sentir durante todo el día.

Me guía al interior, dejando la puerta de su coche abierta. Le oigo hablar por teléfono, diciéndole a sus hermanos que estamos a salvo, que estamos en su casa ahora. Todo es confuso, como si mi vida hubiera pasado ante mis ojos y ahora no estuviera segura de qué pensar.

Finn me cuida, llevándome directamente a su dormitorio y al cuarto de baño donde abre el agua para una ducha caliente. —Desnúdate. Déjame que te limpie —dice, y sus manos ya están trabajando para desvestirme. Siento como si las cosas se movieran a cámara lenta ahora.

La cara cicatrizada de Cormac Doyle me atormenta. Cada vez que cierro los ojos, lo veo cerniéndose sobre mí, amenazándome. Debo estar en estado de shock. Me muevo como en piloto automático, luchando por darle sentido a todo.

Hasta que el agua caliente golpea mi piel y me despierta. Finn entra en la ducha conmigo, rodeándome con sus brazos mientras empiezo a llorar suavemente.

—Viniste a por mí —murmuro contra su pecho, y él besa la parte superior de mi hombro mientras inclina mi cabeza hacia atrás bajo el agua para humedecerla.

—Por supuesto que lo hice. Te quiero. —Sus palabras comienzan a calar mientras me enjabona el pelo y lo aclara. Sus manos son suaves, tocando las costras ensangrentadas de mis rodillas mientras se arrodilla y lava la suciedad. —Dios mío, esos animales —gruñe, pero agarro su mano y le ayudo a levantarse de nuevo. Necesito sus brazos a mi alrededor ahora.

—Gracias —le digo, atrayéndole hacia mí para besarle.

—Cariño, no tienes que darme las gracias. Es lo que hacemos, ¿vale? Ahora estás a salvo. Nunca más te tocarán. —Su cuerpo duro contra el mío es reconfortante, calmando mi sistema nervioso para permitirme pensar con más claridad.

—Quieren que lleve el caso de Hagen Doyle. —Estoy negando con la cabeza, con las manos temblorosas.

—No, no vas a hacer eso. McVeigh puede encontrar a otra persona. —Coge mis manos entre las suyas y me calma, y dejo escapar más lágrimas, aunque se mezclan con el agua de la ducha y se van más rápido de lo que puedo llorarlas.

—Me matarán —susurro.

—Los cazaré uno a uno y les cortaré los huevos. —Besa mi mejilla, susurra en mi oído—: Nunca permitiré que te hagan daño de nuevo. ¿Lo entiendes? Me perteneces.

Sus labios reclaman los míos posesivamente, y se lo permito. El dolor de la desesperación —por vivir y ser amada— ha estado arañando mi mente todo el día. Ahora, en sus brazos, lo único en lo que puedo pensar es en cuánto quiero estar viva, con él.

Las manos de Finn vagan, redescubriendo mi cuerpo, y las mías no son una excepción. Me aprieto contra él, buscando consuelo en cada músculo, en cada pequeña ondulación que promete seguridad. Su excitación se endurece entre nosotros, y no la rehúye, sino que me guía para que envuelva mis piernas alrededor de él.

—Te necesito —le digo antes de que su boca tome la mía de nuevo —. Necesito esto.

Gime dentro del beso y me levanta, presionando su longitud contra mí mientras me aplasta contra la pared de la ducha y me clava contra ella, penetrándome bruscamente. —Dios, he echado de menos tu coño —gruñe, y arqueo mis caderas para encontrarme con él.

Ha pasado demasiado tiempo desde que estuvimos juntos así —aunque solo han sido unos días— y el calor de él dentro de mí es todo lo que he anhelado desde nuestra última vez juntos.

—Finn —suspiro, arañando su espalda con mis uñas, y él gime, acelerando el ritmo. El agua golpea mi piel, mezclándose con nuestro sudor mientras Finn se mueve más rápido y más fuerte contra mí, el único sonido nuestras respiraciones agitadas y el golpeteo de nuestros cuerpos al unirse.

—Joder, mierda —gruñe, presionando más fuerte contra mí, y grito, sintiéndole bombear rítmicamente. Sus bíceps están duros como rocas, los músculos flexionados mientras me sostiene. Presiono mis codos en sus hombros mientras le beso con más fuerza. Me muerde el labio. Mis manos agarran su cabeza, los dedos enredándose en su pelo.

—Mierda —jadeo, mi orgasmo construyéndose. Mis muslos arden por el esfuerzo. Me agarro a él con más fuerza, me apoyo en la pared mientras las primeras olas comienzan a subir desde mi centro hacia mi vientre.

—Eso es, córrete para mí —gruñe, acelerando el ritmo hasta que estoy gritando en su boca, todo mi cuerpo temblando a su alrededor. Me pierdo, jadeando y gimiendo, arqueándome contra su pecho mientras muerde uno de mis pezones. Su agarre en mis caderas deja moratones, pero no me importa. No cuando sus gemidos llenan el baño, rebotando en los azulejos. Lo único en lo que puedo pensar es en lo increíble que se siente estar viva, estar con él.

—Siobhan —jadea, pulsando dentro de mí mientras se estremece, y me contraigo a su alrededor, sintiendo su clímax en mi centro. Sus labios encuentran los míos una y otra vez mientras ambos lo prolongamos, jadeando por aire mientras nuestras mentes alcanzan a nuestros pechos agitados.

—Te quiero —dice después de unos minutos, y solo puedo asentir en señal de acuerdo.

Mi cuerpo está agotado y dolorido de la mejor manera posible. Después del día que he tenido, este era el único final posible. Finn me sostiene como si no pesara nada, besándome como si fuera lo más preciado que posee, y quizás lo sea.

—Yo también te quiero —murmuro cuando me da la oportunidad de respirar. Me baja, pero permanece cerca, todavía presionándome contra los fríos azulejos.

—Y nunca voy a dejarte ir.

—No soñaría con irme —le digo, y rodeo sus hombros con mis brazos de forma suelta. Porque justo aquí es donde quiero estar, que se jodan las consecuencias. No sé cómo será mi futuro, pero le veo en él. Es la única forma en que lo quiero.

EPÍLOGO: FINN

Siobhan se acurruca a mi lado mientras yo paso el brazo por detrás del banco. Han pasado meses desde el final del juicio de Mick. Las cosas han ido progresando positivamente desde que pusimos a Doyle en su sitio. Se escapó de aquel tiroteo en su casa franca, pero Hagen fue arrestado ese día, encontrado con una cantidad de cocaína que la Garda se negó a pasar por alto. Incluso aquellos que estaban en su nómina ahora tienen más miedo que antes.

Hoy es el día de los alegatos finales en su juicio, y Siobhan, aunque temerosa de lo que Cormac pueda hacerle, insistió en que estuviéramos aquí para apoyar al señor McVeigh por su amabilidad al ayudarla a derribar al juez y a los oficiales corruptos de la Garda responsables de permitir que Doyle obtuviera tal control sobre el sistema judicial de la ciudad.

McVeigh está de pie detrás de su mesa, esperando a que el juez se dirija a él. Todo el juicio ha sido muy público. Toda la ciudad parece haber sintonizado las noticias y redes sociales para descubrir si el sistema judicial tendrá la valentía de condenar al hijo de uno de los hombres más poderosos de Dublín. El propio Cormac está aquí, ataviado con el traje más caro que pudo encontrar y rodeado de miembros de su familia que esperan el final de este lío. Estoy seguro de que ha sobornado a varios oficiales judiciales y agentes de la

Garda más, pero este juez es honesto. Y esta vez no hay jurado que manipular.

—¿Señor McVeigh? —dice el juez, haciéndole un gesto con la cabeza.

—Gracias, Señoría. —McVeigh se abrocha la chaqueta del traje y rodea su mesa. Solo tiene que dirigirse al público y al juez, así que se enfrenta a la única persona en esta sala que puede enviar a Hagen Doyle tras las rejas donde pertenece.

Ronan estaba dispuesto a devastar a la familia Doyle y su negocio, cortar sus intercambios y matarlos uno por uno, pero Siobhan insistió en que hiciéramos las cosas correctamente. No la culpo. Ella tiene mucho en juego, y es personal. Descubrimos que Hagen Doyle es el responsable de matar a su primo, y el juez que desestimó los cargos antes de que el asesino de Trevor siquiera viera la parte trasera de un coche patrulla no era otro que Brendan Callahan, que será juzgado el próximo mes.

—Señoría, ha escuchado cómo el testigo presencial Sean McCarty vio a Hagen Doyle matar a Aiden Hughes a sangre fría. Ha revisado las grabaciones de vídeo del crimen, grabadas por una persona anónima que también presenció el asesinato y que también vio al señor McCarty allí en la escena. Con las pruebas del juicio O'Connor siendo desestimadas, este es un caso claro. No necesitamos seguir desperdiciando el valioso tiempo del tribunal con esto.

»Hagen Doyle es culpable del asesinato de Aiden Hughes. Las pruebas lo demuestran empíricamente. No puede haber duda en su mente de que el señor Doyle apretó ese gatillo. No tiene coartada, y tenía el motivo y la oportunidad. El medio le fue proporcionado cuando robó un arma de la guantera del coche del señor Mick O'Connor, estacionado a solo unas cuadras de la escena del crimen, también captado en vídeo. —McVeigh se gira y mira fijamente a Hagen, quien tiene una sonrisa arrogante en su rostro.

Siobhan se acurruca más contra mi costado. Está tensa. Sabe que si este hombre sale libre, no solo seguirá robando y asesinando a gente, sino que su familia tomará represalias contra la mía por protegerla. La atraigo más hacia mí y le susurro al oído—: Estás a salvo, cariño.

Luego pongo mi mano sobre su vientre creciente, casi treinta semanas ya, y mi hijo vendrá pronto. No puedo olvidarlo porque nada más en esta vida significa algo sin ellos. Hace un año, te habría dicho que nunca sería padre. La familia era mi vida. Mi trabajo era mi mundo.

Ahora Siobhan lo es todo, y este niño es mi mundo. Y estoy haciendo de este mundo un lugar más seguro asegurándome de que hombres como Doyle y su padre caigan. Cuando Siobhan se enteró de que Hagen era responsable de la muerte de Trevor, incluso ella quiso matarlo, algo que tampoco permitiré. Ella no hará eso. No se lo permitiré.

Siobhan tiene un lado vengativo, pero tiene un corazón puro, y quiere lo que es bueno, justo y puro. Dejó de trabajar para McVeigh y ha elegido convertirse en la asesora legal de la familia O'Rourke. Dice que incluso los criminales más duros merecen una buena defensa, y estoy de acuerdo con ella.

Escuchamos al abogado de Hagen dar sus alegatos finales, y el juez no tarda nada en ofrecer su veredicto. Hagen es culpable de asesinato, por lo que será sentenciado la próxima semana pendiente de una revisión del caso por el tribunal superior. Después de que se expusiera tal corrupción, todos los casos están siendo revisados hasta nuevo aviso.

Cuando el martillo golpea, cada miembro de mi familia presente, incluidos Ronan y Mick, se levanta y aplaude. Cormac nos mira fijamente mientras él y su séquito se van, rodeados por sus guardaespaldas y los hombres que lo apoyan a él y a su hijo asesino, pero yo atraigo a Siobhan a mis brazos y la beso como si no la hubiera visto en siglos.

—Se acabó —susurro contra su mejilla, y ella me aprieta con fuerza. Su vientre está empezando a interponerse ahora, pero aún disfruto de cada centímetro de su cuerpo.

—Estoy tan aliviada —responde mientras sus brazos me rodean más fuertemente.

Ronan me da una palmada en la espalda y me aprieta el hombro—. Vamos a cenar. ¿Os unís? —Su invitación no es solo para mí. Su vacilación inicial para aceptar a Siobhan en mi vida ha desaparecido. Sabe qué valor tiene ella para mí y cómo me siento respecto a ella. Ahora es parte de esta familia.

—Por supuesto que iremos —le dice ella a mi hermano mayor, nuestro Jefe.

—Esta mujer va a ser mi esposa, Ro. —Sonrío mientras la atraigo más contra mi cuerpo, y ella me da un golpecito juguetón en el hombro.

—Si aprendes a proponer matrimonio correctamente —murmura, agitando esas pestañas tan sexys.

—Pido disculpas por mi hermano. Es un poco brusco. —Ronan se ríe mientras se aleja y comienza el éxodo de nuestra familia fuera de la sala del tribunal.

Bajo la voz a un susurro en su oído—: Siobhan O'Rourke. Suena realmente jodidamente sexy. ¿Qué te parece?

Siobhan coloca las manos en sus caderas y finge pensarlo. —No estoy segura sobre la parte de O'Rourke —bromea, y yo finjo una mueca juguetona antes de bajar mis labios a los suyos en un beso lento y prolongado que la deja sin aliento y sonrojada—. Pero podría acostumbrarme —susurra contra mi boca después de apartarme.

—Bien —gruño contra sus labios—. Ahora vamos a celebrar el final de este juicio, y a mi hijo. —Tomo su mano y sigo a Ronan fuera de la sala de audiencias hacia el pasillo. No voy a dejarla fuera de mi

vista ni un solo segundo a partir de ahora. Simplemente venir aquí tuvo que ser difícil, pero este es un final tan feliz como podríamos haber imaginado. El futuro ahora es brillante, y no puedo esperar a lo que viene después.